Noa Sparks

PERFECTA IMMENTE PERFECTOS



PERFECTA IMMENTE PERFECTOS

Título: *IMperfectamente perfectos*
© 2025, Noa Sparks
De la edición y maquetación: 2025, RM Madera
Del diseño de la cubierta: 2025, Calice Design
Corrección: 2025, RM Madera (Servicios editoriales RM)
Primera edición: 2025, marzo.
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Un encuentro mal avenido
Un cuaderno misterioso
Y un reto de fotografía
¿Qué más se puede pedir?

Para todos los que, siendo diferentes, hemos encontrado nuestro lugar.

Y para los que no lo han hecho aún: siempre hay uno. Búscalo.

Para todos los que ven la vida con humor, sea del tipo que sea.

Para todos los que han olvidado que no somos «raros», somos originales.

Y, por supuesto, para que no olvides que cada uno es único tal y como es. No cambies nunca por nada ni por nadie.

Si el primer libro IMperfecto para mí se lo dediqué a alguien que se fue y que siempre me hacía sonreír. Este va dedicado a alguien que llegó para hacer lo mismo: mi pequeño, el que me ha hecho aprender tanto que sería imposible hacer una lista.

Para ese chiquitín que llegó como un torbellino inquieto, curioso y demasiado atento a todo.

Eimar es su nombre y significa «rápido». Antes de nacer, tu nombre ya te caracterizaba.

Sigue tal y como eres, mi rey.

No dejes que el mundo te cambie porque no te entiende. Tú, simplemente, naciste para romper el molde y demostrar que ser uno mismo es lo mejor que nos puede pasar.

Te quiero, mi niño.



NOA SPARKS es el pseudónimo de **Roseline Moyle**, autora de romance en varios subgéneros. Si te gusta lo que vas a leer, recuerda que puedes seguir conociendo a la autora en cualquiera de sus otras novelas: romance histórico, contemporáneo, fantasía y paranormal. Puedes encontrarla en redes sociales por Roseline Moyle. Búscala en Amazon para descubrir sus historias.

ÍNDICE

PRÓLOGO
1. Plan improvisado
2. Donde duermen dos, duermen tres
3. Reunión de bordes
4. Cena no incluida
5. Un palacio de 40 metros
6. Guerra civil en casa
7. Adiós, *Queen* drama
8. Propuesta ¿inoportuna?
9. Bienvenida a mi mundo
10. El cuaderno misterioso
11. Aventureros por decreto
12. En el punto de mira
13. Retos y revelaciones
14. El inicio de algo
15. Primera no cita
16. Un viaje y dos misterios
17. Juntos pero no revueltos
18. Cruzando la línea
19. Las comparaciones son odiosas
20. Objetivo compartido
21. Al desnudo
22. Mala decisión
23. Un Karaoke, las estrellas y un cuaderno desvelado
24. Momentos robados
25. Confesiones
26. Consejo doble
27. Tormenta
28. Las malas ideas mueven el mundo
29. Nuevo comienzo
30. Barbie busca a Ken
31. La pregunta del millón
32. Página en blanco
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora

Otras novelas de

PRÓLOGO

Resoplo. No sé cuántas veces lo he hecho ya, pero a este ritmo me voy a deshinchar como un flotador de playa. Mientras intento concentrarme en la carretera, oigo a Mirella en el asiento del copiloto, que sigue lanzando quejas como si fueran confeti en una boda. ¡Ironía total! Estamos aquí por ella, ¿y ahora es cuando se queja? Yo estaba perfectamente en Chicago, con una vida estable y un trabajo decente. Pero no, claro, a la señorita le pareció buena idea dejarlo todo para «explorar nuevas oportunidades».

—¿Podrías dejar de mirarme de ese modo? —me pregunta de repente, de un modo despectivo.

—¿Qué modo? —respondo haciéndome el tonto.

No tengo ninguna intención de discutir, sobre todo, porque yo no he tenido la culpa de que esto se haya desmoronado igual que una torre de cartas mal colocadas.

—Ni que la culpa fuese mía —replica.

¡Exacto! La culpa es suya.

Cuento hasta diez. Inspiro tan profundo que me sorprende no haber aspirado el volante. Si no me calmo, voy a detener el coche en el arcén y a empezar a gritar, antes de que lo que me estoy guardando explote y me haga estallar en mil pedazos. Podría recordarle que su pequeño espectáculo de diva en Francia ha sido lo que nos ha llevado a este punto. Ella llegó exigiendo más cláusulas que una estrella de cine, mientras yo lo dejaba todo para seguirla. Y ahora, ¿así es cómo me trata?

—He hablado con Eduardo —le digo, desesperado por cambiar de tema y evitar una catástrofe.

—¿Con el padre de Saúl? —cuestiona, mirándome de reojo, pero sin quitar la vista de la ventanilla.

—Sí, he pensado que podríamos pasar una temporada allí —añado, esperando algún tipo de reacción positiva.

—¿Y qué se supone que voy a hacer yo allí? —pregunta con un sarcasmo tan afilado que podría cortar cristal.

—Pues… ¿trabajar? —respondo, medio en broma—. Tiene una empresa de publicidad. Podrías ser la cara de sus anuncios.

La verdad es que no he hablado con él ni sé si le puede dar trabajo, pero quiero comprobar si, al menos de ese modo, Mirella deja un ratito de tener el carácter más agriado que un limón podrido.

—¿Disculpa?

Ahora sí que me mira, como si acabara de sugerir que probáramos a vivir en una cueva rodeados de serpientes.

Veo una salida hacia una gasolinera y, sabiendo que esta conversación va a empeorar antes de mejorar, decido girar hacia allí. Si vamos a gritar, que sea de cara.

—¿Qué haces? —pregunta molesta—. Acabamos de repostar. Este coche es una mierda.

Resoplo otra vez. Este coche no será un Ferrari, pero no se queja tanto como ella. Aparco a un lado de la gasolinera y me giro hacia Mirella, esforzándome por no perder la calma.

—Mirella, cariño, no quiero ni podemos volver a Chicago ahora mismo. Alquilamos el piso por seis meses —trato de decirlo sin sonar resentido, pese a que ella fue la que decidió firmar ese contrato, no yo—. ¿Por qué no nos tomamos esto como unas vacaciones? Podemos relajarnos,

visitar a mi madre, hacer cosas juntos… ¿cierto?

Asiente, pero con una expresión que grita: «Qué bien, otra de tus ideas brillantes».

—Además —continúo, a punto de alcanzar mi límite—, fue tu decisión rescindir el contrato con Yaston. Lo de Francia no salió bien, así que, ¿por qué no probar en otro sitio?

Y ahí está, el resoplido gigante.

—¿España? ¿De verdad crees que este es el mejor lugar para relanzar mi carrera? —dice, cargada de desdén—. Esta es, sin duda, la peor idea que has tenido en años, Diego.

Antes de que mi cabeza erupcione como un volcán, abro la puerta del coche y me bajo, caminando hacia la gasolinera.

—¡¿A dónde vas?! —grita ella.

Ni que la estuviese abandonando.

—A por un café. O una tila… doble —murmuro, más para mí que para ella.

La veo hacer una mueca de enfado mientras me alejo. La rabia me hierve por dentro.

Apenas he dado un par de pasos cuando choco con alguien.

—Disculpa —le digo, aunque mis maneras no son las más amable del mundo.

—Sí, claro. La lías y luego te disculpas. Todos sois iguales —responde la chica con la que me he tropezado sin querer.

¿En serio? ¡Menuda borde! Y encima me habla en español. ¡Perfecto!

Estoy a punto de replicar cuando la veo agacharse para recoger lo que se le ha caído de una bolsa. Suspiro y, a pesar de que preferiría estar en cualquier otro lugar, me agacho para ayudarla.

—Lo siento —repito, esta vez en español, para que quede claro.

Ella alza la cabeza y me mira, pero no veo sus ojos porque lleva unas gafas de sol enormes. Sin embargo, no está sorprendida por mi cambio de idioma. Aun así, sigo recogiendo cosas del suelo y metiéndolas en su bolsa, sin prestar demasiada atención.

De repente, me arranca de las manos una libreta con hojas de colores que ni había notado que sostenía.

—Gracias por nada. Ya podía yo sola —me suelta, antes de girarse y subirse a un coche rojo.

Me quedo mirándola mientras se aleja.

—Menudo carácter tiene la pequeñaja —murmuro, en voz baja—. Chiquitita pero matona... ¡Joder!

Capítulo 1

Plan improvisado

Miro a Saúl mientras él se asoma por la puerta de la cocina, parece un espía novato que cree que nadie lo ve, y vuelve a entrar con cara de pocos amigos. Con la mirada me lo está diciendo todo, pero yo me hago el tonto y actúo como si no supiera lo que piensa ni lo que me va a soltar.

—No… —niega, rotundo.

¡Mierda!

—Por favor. Solo unos días —le digo con cara de «soy tu hermano, me necesitas en tu vida y, por favor, no me dejes tirado».

No puedo culparlo. Lo cierto es que lo entiendo. Y mucho.

—Diego, Mirella y yo somos incompatibles. ¿Quieres que te recuerde lo que pasó la última vez que conviví con ella más de... diez minutos? Ni aunque me pagues dejo a esa mujer en mi casa.

—Saúl... —Saco mi mejor imitación de perrillo apaleado. Me sale regular, pero bueno, el esfuerzo cuenta, ¿no?

—Tú puedes quedarte el tiempo que sea, pero ella...

El silencio se hace en la cocina cuando Sofía entra. Nos lanza una mirada reprobatoria, primero a mí y luego a Saúl.

—Saúl, Mirella es su novia, te guste o no. Ponte en sus zapatos. ¿Qué pensarías tú si te diesen hospedaje a ti y a mí me dejasen fuera?

Observo a Sofía mientras habla. Cada palabra parece un martillazo en la cabeza de Saúl, cuya cara pasa del «esto no es problema mío» al «esto va a costarme caro». Sabía que esta chica valía oro y que le haría bien al zopenco cabezota de mi hermanastro. Al menos, uno de los dos ha tenido suerte.

—Pero...

—Podemos irnos unos días con Nacho e Idaira —sugiere Sofía inocente; sin embargo, todos sabemos que no hay nada inocente en esa propuesta. Su cara la delata. Saúl, por su parte, pone cara de terror.

—¿Con ese par? Nooo. Antes soporto a Mirella —suelta. Yo paseo la mirada entre los dos, porque ni idea de quiénes son esos, más allá de que he oído sus nombres alguna vez—. No me mires así, Diego. Son un par de mamuts en celo. —Eso me despierta una curiosidad malsana—. Ni de coña me meto en su piso. ¿O acaso no recuerdas que te mudaste harta de escucharlos *celebrar la vida* cada noche?

Al escucharlo, Sofía sonríe y le pasa la mano por la cintura. Mientras, no deja de mirarme.

—Diego, a pesar de que tu chica no es santa de mi devoción, por mi parte podéis quedaros en la habitación libre. Eso sí, sin soniditos, por favor.

—Tranquila, eso no es problema —respondo con una sonrisa que espero que sea agradecida y no resignada—. Tienes una novia que no te mereces, capullo —añado, mirando a Saúl riendo.

—Ya, eso lo sé —contesta, seco. La idea de convivir con Mirella le gusta tan poco como le gustará a mi novia compartir piso con él.

—Mañana a primera hora me pongo a buscar un apartamento y... —comienzo a decir, pero Sofía abre los ojos de par en par y empieza a chasquear los dedos como si hubiera tenido una epifanía divina.

—El de abajo, el de la izquierda —dice con entusiasmo, dirigiéndose a Saúl—. Sí, hombre, el del pelo largo con trenzas.

Saúl niega con la cabeza, perdido.

—Que sí, el de la novia con el pelo azul muy corto.

Sofía lo mira, incapaz de creer su falta de memoria. Saúl, al final, cae en la cuenta y asiente despacio.

—Pues se muda. Se le acaba el contrato en unos días y lo ha dejado con la novia en cuestión. ¿Podrías preguntarle por el número del casero? Así estáis juntos, pero no revueltos —añade, señalándonos a Saúl y a mí, como si esto fuese un programa de televisión.

—Perfecto —digo con una sonrisa de alivio—. Eres un genio, Sofía.

—Eso ya lo sé —me contesta con aire triunfal, copiando descaradamente la respuesta anterior de Saúl—. Ah, dos calles más atrás también hay un piso en alquiler, aunque ese es mucho más pequeño. Me lo comentó la vecina ayer.

—¡Gracias!

Estoy a punto de salir de la cocina para contarle la noticia a Mirella cuando escucho a Saúl:

—Y tú, ¿desde cuándo socializas tanto para saber lo que le ocurre al de abajo?

La pregunta suena genuina, como si Sofía acabara de confesar que habla con extraterrestres.

—Yo socializo, Saúl, es increíble que aún no me conozcas. —Hace una pausa teatral, y yo estoy a punto de girarme para ver la escena. Sofía sigue hablando con aire de superioridad—. Lo único que pasa es que lo hago con otros de mi especie y no con los «unga unga» de la tuya.

Salgo de la cocina con una sonrisa y ganas de reírme en alto. Ahora viene lo difícil: decirle a Mirella que esta noche dormimos en casa de Saúl en vez de en un hotel como ella quería. Pero, bueno, después de un viaje en coche de quince horas, buscar un hotel no es un plan brillante, y el presupuesto tampoco da para caprichos.



—¿Seguro que no va a comer? —pregunta Sofía de nuevo.

—No. Mirella casi nunca cena, salvo que salgamos —respondo, queriendo sonar despreocupado—. Además, dice que está cansada. —Mantengo una sonrisa neutral, aunque Sofía, que ya se huele la situación, me lanza una mirada de comprensión.

—Mejor, así no le vemos su hermosa cara —interviene Saúl, cargado de sarcasmo.

—Tengamos la cena en paz, por favor —le corta Sofía, con ese temple que las parejas desarrollan para contener al otro, sobre todo, si se trata de un cavernícola como mi hermano. La mirada reprobatoria que le lanza es tan afilada que casi espero ver a Saúl desinflarse. Él, por su parte, frunce los labios y asiente con una desgana monumental—. Eso está mejor —concluye Sofía, satisfecha de domar al tigre.

Acabamos de colocar las cosas para la cena cuando suena el timbre de la puerta. Saúl mira a Sofía, extrañado, y se levanta con un suspiro pesado. Cualquiera diría que abrir la puerta fuera un sacrificio personal. Lo veo tomar el auricular del telefonillo.

—¿Sí? —pregunta, con esa voz seca que se reserva para los vendedores de enciclopedias o lo que sea que vendan ahora por las puertas. Acto seguido, pulsa el botón y cuelga.

—Sofía... —Su forma de llamarla no augura nada bueno—. Creo que a esto lo llamáis Idaira y

tú… ¿código azul? ¿O era verde?

—¡¿Cómo?! —Sofía sale corriendo hacia la puerta. Por un momento pienso que son los Reyes Magos quienes vienen, porque no entiendo ese ímpetu—. ¿Quién era? ¿Idaira? —Saúl niega con la cabeza, más intrigado que antes—. ¿Entonces?

Me acerco al recibidor, atraído por la tensión como un insecto a la luz. Justo cuando me coloco detrás de la parejita, el ascensor se abre. Lo que sale de él me deja atónito: una chica, arrastrando una maleta roja gigante decorada con un Mickey Mouse tamaño XXL.

—¡¿Valeria?! —exclama Sofía, con una mezcla de alegría y sorpresa que me deja aún más descolocado.

Yo no sé quién cojones es Valeria, pero sí sé que es la borde con la que me tropecé esta mañana en la gasolinera. ¡¿Puede ser más pequeño el mundo?! ¡Menuda coincidencia! Este día, que ya iba cuesta abajo, ha decidido despeñarse del todo.

Valeria no dice nada. En lugar de presentarse, se lanza a los brazos de Sofía con un entusiasmo que me deja claro que mi percepción inicial de ella —antipatía en estado puro— quizá esté algo equivocado. Mientras Sofía la abraza, yo busco respuestas en la cara de Saúl. Él se encoge de hombros.

—¿Quién es? —pregunto, en un susurro digno de un conspirador, sin querer interrumpir la escena.

—La mejor amiga de Sofía —contesta Saúl mientras sigue observando el espectáculo.

—¿Y qué hace aquí? —cuestiono intrigado.

Saúl vuelve a encogerse de hombros. Está igual de desconcertado que yo.

—Pues la hemos liado... —murmuro, sin poder evitarlo.

Saúl frunce el ceño y me mira como si acabara de revelar un secreto de estado. Ahora está tan intrigado por mi comentario como por la llegada de la borde de turno.

Capítulo 2

Donde duermen dos, duermen tres

—O sea, que esa se queda en la habitación libre y nosotros en el sofá. ¡Me parece increíble! ¿Cómo lo toleras? —Mirella no para con su cantaleta, igual de constante que el ruido de un grifo mal cerrado.

Cierro los ojos y hago el esfuerzo sobrehumano de desconectarme mentalmente. Juro que si suelta algo más, me levanto del sofá y me largo. O mejor, la echo yo mismo. Sin embargo, no tiene la más remota idea de lo que estoy pensando, así que ella sigue, sigue y sigue, cual parlante con batería infinita.

Aunque habla en inglés, aquí todos son bilingües, políglotas, y, por cómo se las gastan, lo más probable es que tengan un máster en cotilleo. De modo, que estoy seguro de que están disfrutando de lo lindo de este drama en directo. Echo un vistazo hacia los dormitorios y rezo para que nadie se esté asomando con palomitas.

—Es amiga de Sofía, viene sola, es una chica y la cama es pequeña para dos. ¿No es suficiente? —le digo, conteniendo las ganas de replicarle lo de que de verdad se me pasa por la cabeza.

—No. Yo también soy una chica y me hacen dormir en el sofá. No veo la diferencia —replica tajante, jamás dará su brazo a torcer. ¡Si la conoceré yo!

Suspiro y me masajeo las sienes. Estoy al borde del colapso. Mirella busca que me harte, que, a las tres de la mañana, compre dos billetes a Chicago y nos larguemos. Pero eso no va a pasar. Este es mi país, donde vive mi madre, a la que hace más de un año que no veo, sin olvidarnos de que aquí se come jamón, el de verdad. El que venden en Chicago es una auténtica mierda. Así que, por mi madre y por los cerdos ibéricos españoles, no, no pienso ceder. No voy a cambiar nada.

Bueno, pensándolo bien, en este momento la idea de cambiar de novia no es tan descabellada…

—La diferencia está en que eres un grano en el culo para Saúl y yo, al menos, le caigo bien.

Esa respuesta, en un perfecto inglés, viene desde la puerta de la cocina.

¿En serio ha dicho…? ¡No me lo puedo creer!

Giro el rostro con la sutileza de quien teme encontrarse a un fantasma. Es Valeria, con un vaso de agua en la mano y una mirada que podría matar mosquitos por telepatía. Mirella la está mirando también, pero ella está roja como un tomate maduro, observándola con incredulidad e ira.

Por mi parte, me esfuerzo por mantener la compostura, pero, vamos a ser sinceros: casi me ahogo aguantando la risa. Valeria acaba de decir justo lo que estaba pasando por mi mente, solo que con ese desparpajo extraño que tiene y que yo jamás usaría con nadie, menos aún, con Mirella.

La amiga de Sofía pasa por nuestro lado y Mirella, ni corta ni perezosa, se levanta del sofá como si la hubiesen impulsado con un resorte. Le saca dos cabezas, fácil; aun así, Valeria ni se inmuta por eso. Yo decido quedarme sentado. No quiero que piensen que tengo alguna intención heroica.

—Buenas noches, tortolitos. Espero que descanséis bien… en el sofá. ¡Hasta mañana!

Valeria suelta eso con una sonrisa que es mitad ángel, mitad demonio, y se larga por el

pasillo.

La cara de Mirella es, mínimo, un poema renacentista. Oscila entre la indignación, la sorpresa y un poco de ese «no estoy acostumbrada a que me ignoren». Y es que… Valeria ha hecho pleno en apenas dos minutos: verdad, desaire y cero miedo.

—Y tú, ¿de qué te ríes? —me increpa mi novia, al notar que estoy sonriendo por primera vez desde que dejamos Francia.

La miro unos segundos, me encojo de hombros y me dejo caer en el sofá. Mejor no avivar el incendio que no está la manguera para apagar fuegos.

Mirella gruñe por lo bajo, pero no voy a darle el gusto de seguir discutiendo un tema que no va a cambiar.

—Estoy agotado. Buenas noches —le digo.

Ella resopla y yo, que me había girado para darle un beso, inspiro y me acuesto. Pese a que Mirella no para de protestar por lo bajini, yo finjo dormir, así me deja tranquilo. Y, además, acompaño el teatro con un par de respiraciones profundas y muy sonoras, por si le queda duda de que no la estoy oyendo.

En un momento dado, la oigo resoplar y, acto seguido, se coloca a mi lado en el sofá, dándome la espalda con un dramatismo digno de un culebrón. Y yo, por si acaso, sigo con mi respiración teatral, hasta que, sin querer, el cansancio me vence de verdad.

Diario de Valeria:

La observación es una parte esencial de mi trabajo. Analizo palabras, contexto, matices… personas. Y Diego es una persona, un sujeto de observación. Mi conclusión es que parece tener un talento natural para encajar en cualquier sitio. Incluido el lugar donde me voy a hospedar.
Nota mental: No debería haberme sorprendido verlo charlando con Sofía como si se conocieran de toda la vida.
Nota mental 2: Parezco idiota: es su cuñada…
Nota mental 3: No sé si creerme que es tan interesante y divertido como quiere hacernos creer.
Apunte del día: no sé cómo tomarme esa pequeña punzada en el estómago. No son celos, evidentemente. Sería ridículo. Es… curiosidad profesional. Algo así como estudiar un fenómeno sociológico en tiempo real.

Capítulo 3

Reunión de bordes

Miro a Saúl mientras apura el café con esa cara de zombi funcional que tiene antes de irse a trabajar. Sofía, por el contrario, revolotea por la casa cual hada desquiciada, buscando las llaves que «jura» haber dejado en algún sitio lógico. Mientras lo hace, le va explicando a su amiga el recorrido que hizo con ellas para que la otra, que no parece estar muy despierta a estas horas, la ayude a encontrarlas.

Mirella, en cambio, es un volcán dormido. Bueno, dormido era hasta que la han despertado. Ahora, con el mismo, o peor, humor de anoche, se ha encerrado en el baño a tomar su sagrada ducha matutina, no sin antes soltar un sermón sobre lo injusto que es tener que esperar a que «todo el mundo y sus problemas de vejiga» pasen por allí primero.

—Son tal para cual —comento en voz baja, observando a Sofía y su peculiar amiga en plena misión CSI.

Saúl se ríe y su cara de bobalicón enamorado se amplifica al mirar hacia el salón. Es tan evidente que me siento obligado a añadir:

—Anda, estás *encoñao perdío*. ¿Lo sabías? Mira qué cara de gilipollas se te pone.

—¿Y?

—Nada, nada. —Alzo las manos en señal de rendición. No quiero más guerra, por Dios—. Me alegro por ti. Es solo que… me hace gracia verte así —sonrío jocoso.

—Claro… pero ¿qué vas a saber tú si duermes con Barbie Frialdad? —me suelta, lanzando un vistazo cargado de intención hacia el sonido lejano de la ducha.

Se acabó. Me callo. Decido no entrar en su juego, porque ¿qué le voy a decir? Tiene razón. Mirella no es la más cariñosa ni la más graciosa. Tampoco es que su atención sea legendaria y hace tiempo que dejó de ser esa diosa ardiente con la que empecé a salir en Chicago. Quizás ha sido la rutina, los tres años juntos o el hecho de que Francia nos ha acabado de rematar.

Lo que sea, da igual el motivo. Lo único que importa es que llevo días planteándome por qué seguimos juntos. Aunque no voy a contárselo a Saúl, porque sé cómo terminaría: él alentándome a que la deje y yo aún sin saber si quiero hacerlo.

«Es una mala racha», me repito por enésima vez.

Una piedra en el camino.

Vale, una piedra bien gorda, pero piedra, al fin y al cabo.

—¿La conocías? —pregunto, señalando con la barbilla hacia Valeria.

—Estuvo aquí el primer verano que pasé con Sofía y, después, en Navidad nos hizo una breve visita. Venía con su novio. Un tipo raro de cojones.

Eso último me pica más de lo que debería. ¿Por qué me molesta que esta borde tenga novio? Probablemente, será por mi relación en decadencia o mi envidia crónica de ver a parejas que no parecen estar al borde de un desastre.

—Ah, ¿sí? —respondo, queriendo sonar casual, pese a que la curiosidad me traiciona.

—Sí. Un personajillo de estos que creen que el sol gira a su alrededor. Vamos, un Mirella con pantalones.

La comparación me hace soltar una carcajada antes de que pueda evitarlo. Saúl termina el café y deja la taza en el fregadero justo cuando Sofía irrumpe en la cocina.

—¡Saúl, mis llaves! Me estoy volviendo loca, ¿las has visto? Las necesito. Hoy salgo un poco

más tarde y tú tienes que ir con tu padre a…

No puedo terminar, porque Saúl mete la mano en el bolsillo, despreocupado y como si no la estuviese escuchando. Y… sí, saca las llaves. Las alza en el aire con una sonrisa triunfal.

—Te las dejaste en…

No termina la frase porque Sofía le da un golpe en el pecho y le arranca el manojo de las manos.

—¡Serás troglodita! —le grita, sonriendo.

Mi hermano, muy ufano, agarra la mano de Sofía y tira de ella, pegándola contra su pecho. Cuando veo que se inclina para besarla, aparto la mirada, sintiéndome el mayor pringado del universo.

Con Mirella, eso sería imposible. Lo más probable es que me respondiera con un sermón sobre la importancia de no hacerle perder su valioso tiempo, seguido de un toque de atención por su manicura recién hecha y, por supuesto, un «no es no, Diego», porque, claro, no es que yo la fuerce, es que ella nunca está dispuesta a que le dé ni un pico de buenas noches. Siempre me suelta algo como que le voy a quitar el maquillaje, que ya se ha hecho el *skincare* de los cojones o cualquier mierda de esas. Ya ni recuerdo cuándo fue la última vez que fui yo quien la besó primero.

—Buenoooo… —la voz de Valeria resuena desde la puerta de la cocina—. Nos hemos levantado calentitos hoy, ¿no, parejita?

Me giro hacia ella, preparado para dispararle una mirada cargada de ironía, pero no lo hago, porque… esa ligera sonrisa que asoma en su cara me dice que nada es lo que parece. Es borde, sí, pero su comentario tiene un deje de humor que me descoloca un poco.

De verdad, sigo sin entender por qué Saúl tolera a esta loca sin filtro y no a Mirella, que también está medio loca y el filtro se lo dejó en Chicago.

Bueno, está bien, quizás lo entiendo demasiado bien, pese a ello, no quiero reconocerlo.



Después de la marcha de los anfitriones, me quedo mirando a Valeria lo mismo que si estuviera estudiando una obra de arte moderna: no entiendo nada, pero hay algo que me intriga. Me planteo romper el hielo, decir alguna tontería que evite que estemos aquí en un silencio incómodo mirándonos como dos robots que acaban de colisionar. Sin embargo, el sonido de la puerta del baño interrumpe mis cavilaciones.

La voz de Mirella resuena por toda la casa, tan poderosa que podría ser un sistema de megafonía.

—¡Menos mal que ya se han largado! No veía la hora de salir —dice, apareciendo por la puerta que conecta el pasillo con el salón, secándose el pelo con una toalla cual diva en un anuncio de champú. Luego se detiene en seco al ver a Valeria anclada a la puerta de la cocina—. Oh, tú sigues por aquí.

Valeria, en lugar de incomodarse, levanta una ceja. Me viene a la mente la imagen de una reina a punto de hacer una declaración importante. Y mientras yo busco similitudes más que idiotas, ella va y suelta:

—De verdad, no sé cómo la soportas. Tendrías que hacerte un favor a ti mismo y mandarla de

vuelta al mundo de Barbie del que nunca debió salir.

Tengo que contener las ganas de reír. No está bien lo que ha dicho, lo sé. Pero ¿por qué me suena tan gracioso? Quizá sea el contraste entre el tono serio de Valeria y el contenido absolutamente ridículo del comentario. O tal vez sea la cara de Mirella al no entender nada, porque claro, Valeria ha hablado en español, idioma que mi novia domina tanto como yo el mandarín.

Soy consciente de que debería defenderla. Soy su novio, para algo estoy, ¿no? Pese a eso, también soy humano. Y después de horas escuchándola quejarse del sofá, del baño y de los anfitriones, creo que merezco este momento de respiro. Mirella tiene su encanto cuando quiere, el problema es que lleva demasiado tiempo sin querer. Está acostumbrada al «yo ordeno, tú obedeces», y en esta casa esa fórmula no le está funcionando.

—¿Qué cuchicheas? —le espeta Mirella, poniéndose detrás de Valeria con los brazos cruzados y esa mirada que solo le he visto poner a villanos de las telenovelas que siempre veía mi madre.

Valeria se gira con una calma tan absoluta que me da miedo que esté tramando una de las suyas. Se mantienen la mirada y yo, desde mi posición de espectador, me pregunto si debería intervenir antes de que esto acabe aquella escena de *Mujeres al borde de un ataque de nervios*.

Por ahora, Valeria gana 1-0 por su comentario de anoche. Repito: por ahora.

—Que eres una desagradecida y, además, insoportable. Deberías hacértelo mirar.

Le habla en un perfecto inglés, claro. Porque la pequeñaja sin pelos en la lengua no solo es directa, sino que se asegura de que el golpe llegue limpio y claro.

Valeria se da la vuelta y sigue su camino. Mirella se pone más que roja, granate diría yo.

Va a estallar a la de 3, 2, 1…

—¡Tú sí que deberías hacértelo mirar! —le grita, aunque no tengo claro a qué se refiere con eso.

¿Es un insulto? ¿Un consejo médico?

Valeria, en lugar de continuar la discusión, se detiene en seco a unos pasos de Mirella. Su perfil es casi cinematográfico: desafiante, elegante… y un poco inquietante. Mi novia sonríe triunfal, pensando que ha ganado. Pero cuando Valeria se gira, tiene una sonrisa real, tranquila y segura.

—Ya lo hice. Por suerte, lo mío tiene explicación, bonita.

Y se larga.

¿Perdón? ¿Que ya lo hizo? ¿Qué tiene explicación?

Mi cerebro entra en cortocircuito intentando desentrañar el significado oculto de esas palabras. Nada tiene sentido. «Nada» en mayúsculas, cursiva y subrayado. La única certeza que tengo es que esta situación es insostenible. Alguien tiene que abandonar esta casa, y no soy yo.

Mientras Mirella sigue lanzando improperios al aire, me doy cuenta de una cosa con total claridad: si hay una batalla campal por delante, sé de qué lado no quiero estar.

Capítulo 4

Cena no incluida

Cuelgo el teléfono y sonrío, satisfecho. Todo ha salido a la perfección. Saboreo mi pequeño triunfo sin pensar demasiado en lo que dirá Mirella, quien, como de costumbre, tenía una opinión radicalmente opuesta a que hiciese esto. Su idea era mudarnos a un hotel, uno de esos que parecen diseñados para futbolistas multimillonarios en lugar de simples mortales con presupuestos modestos. Por supuesto, desde que lo mencionó, mi cerebro archivó la idea en la carpeta de «cosas imposibles».

Y, como si acabase de invocar al demonio diciendo su nombre tres veces, aparece por la puerta con el rostro brillante de sudor de haber salido a correr. Eso sí, ni un saludo me da cuando entra. Y ya de un beso ni hablamos.

—¿Con quién charlabas? —me pregunta mientras se quita los auriculares y deja la botella de agua sobre la mesa.

—Eh… no lo sé…

—¿Cómo que no lo sabes? —replica, arqueando una ceja. Me encojo de hombros. No estoy seguro de querer contárselo aún—. ¿Está la petarda en casa?

¡Boom! Segunda pregunta explosiva en menos de un minuto.

Valeria parece tener un talento especial para ganarse ese título en boca de Mirella.

—No tengo ni idea. He salido un rato —contesto, haciendo un mohín con la boca—. Fui a ver a mi madre.

—¿Disculpa?

—Es que dijiste que no te apetecía ir, así que he ido solo.

Su expresión cambia en un milisegundo.

—Diego… —suspira como si estuviera a punto de leerme la cartilla o fuese un niño de preescolar al que quiere enseñar a hacer una raíz cuadrada—. Podríamos haber ido los dos juntos otro día. ¿Qué va a pensar tu madre de mí viendo que has ido solo?

Ah, el maravilloso mundo de las apariencias. En su cabeza, mi madre probablemente esté sentada en el sofá, juzgándola como si fuera parte de ese *reality* tan horroroso que veía cuando vivíamos en Chicago. Claro, lo que Mirella no sabe es que mi madre ni se ha acordado de ella, ni para bien ni para mal. Pero ¿cómo decírselo sin empezar una guerra?

—Le dije que tenías un compromiso laboral y que otro día iríamos juntos. No te preocupes —improviso, con una sonrisa conciliadora.

Sus ojos ruedan. Me doy cuenta de que no soy tan convincente como creía. Pero sé que al final tendrá que ir a verla, porque, como le dije cuando llegamos, quiero quedarme en España unos meses.

—Ahora no —replica al ver que hago amago de levantarme del sofá para darle un beso—. Estoy sudada y voy a por un poco más de agua.

Y, con ese último comentario, pasa por delante de mí camino a la cocina, dejando una estela de autoridad. Me dejo caer de nuevo en el sofá, observándola. ¿Cómo hemos llegado a este punto?



Estoy sentado en el sofá, dándole vueltas al móvil en la mano mientras miro el techo. Sofía sale de la cocina con un par de carpetas y una sonrisa de esas que desarman.

—Diego, vamos a salir Valeria, Saúl y yo a cenar al restaurante nuevo del centro. ¿Te apuntas?

Antes de que pueda responder, una voz familiar, cargada de dramatismo, interrumpe desde el otro extremo de la sala.

—¿Cenar? ¿A dónde? —pregunta Mirella, que está sentada en el otro sofá con una manta cubriéndole las piernas y el gesto digno de alguien que ha pasado la peor noche de su vida.

Sofía se detiene a medio camino y suelta un suspiro casi imperceptible antes de responder:

—A uno en el centro. Un lugar bonito. Nada ostentoso. Comida casera y buen ambiente.

—Paso —declara Mirella, agitando una mano en el aire como si el simple hecho de que lo hubieran sugerido fuese una ofensa personal—. No me apetece cenar con… ellos.

—Entendido —responde Sofía, sin perder la compostura, aun así, sé leer entre líneas y en su sonrisa dice «ni nosotros contigo». Luego, me mira directamente—. Y tú, ¿vienes?

Vacilo, porque sé que cualquier respuesta tendrá consecuencias. Mirella me observa con la ceja levantada y yo siento que me está retando.

—No sé… —empiezo, rascándome la nuca—. No quiero dejar a Mirella sola.

—Tranquilo, no estoy inválida. Puedo sobrevivir sin ti una noche.

Pese a sus palabras, el comentario está cargado de sarcasmo; sin embargo, lo dejo pasar. Decido ignorarlo. Sofía me sonríe con un brillo cómplice en los ojos y regresa a la cocina, dándome tiempo para pensar.

En cuanto estamos solos, Mirella no tarda en lanzarse.

—Si vas, no te creas que te voy a esperar despierta.

—No he dicho que vaya a ir.

—Te lo estás pensando. Se te nota en la cara. Te conozco. —Suelta un bufido y remueve la manta sobre sus piernas—. De verdad, no sé qué te pasa últimamente, Diego.

—No me pasa nada. Solo… pienso que estaría bien salir un rato. Despejarme un poco.

—Claro, porque estar aquí contigo es lo más estresante del mundo, ¿no?

—No he dicho eso.

—No hace falta que lo digas.

Me levanto del sofá con las manos en los bolsillos, tratando de mantener la calma.

—Mirella, no es eso. Solo quiero…

—¿Qué? ¿Salir con ellos? ¿Divertirte? Perfecto. Hazlo. —Cruza los brazos y me lanza una mirada que podría atravesar acero.

Me quedo callado, porque diga lo que diga avivará el fuego.

Justo entonces, Saúl entra en casa y pregunta por Sofía.

Cuando ambos salen de la estancia, Valeria se une a ellos en el salón. La cara de Mirella es de cabreo supremo y yo me planteo: «¿de verdad quiero aguantar su actitud toda la noche?».

Definitivamente, no. De modo que, después de unos segundos, cojo la chaqueta y me la echo al hombro.

—Volveré pronto.

—Haz lo que quieras, Diego. Como siempre.

Me detengo un momento antes de salir, esperando quizá que diga algo más. Pero solo vuelve a cruzar los brazos y fija la mirada en el televisor apagado.

Saúl me incita a cerrar la puerta y lo hago, pese a que me siento un maldito desertor.

Diario de Valeria:

Nota mental: jamás volver a subestimar la capacidad de la vida para reírse en mi cara.
Si había alguna mínima posibilidad de que Diego no fuese una distracción peligrosa, hoy ha quedado oficialmente descartada.
¿Me importa? No.
¿Me molesta? Tampoco.
¿Entonces por qué llevo media hora intentando convencerme de ambas cosas?
Nota mental 2: Por primera vez en mucho tiempo, no encuentro las palabras exactas para explicar algo.
Y si hay algo que odio más que las complicaciones es no encontrar la definición precisa de lo que me está pasando.
Nota mental 3: Necesito un nuevo plan y Diego no debe entrar en él como una variable.
Nota mental 4: Debo analizar mejor la **Nota mental 3.**

Capítulo 5

Un palacio de 40 metros

Estoy en la cocina, improvisando un café con una cafetera que debería estar en el museo de las excentricidades, además, yo soy más de instantáneo, cuando Mirella entra envuelta en un aura de exasperación. La rutina no le sienta bien y aún menos si esa rutina pasa por dormir en un sofá.

—Diego, no aguanto más esta situación. Necesitamos una solución ¡ya! —me dice, con el ceño tan fruncido que temo que no vuelva a relajarlo jamás.

—Por eso hoy iremos a ver el piso que te comenté ayer —le recuerdo, mientras remuevo mi café y trato de ponerle un poco de azúcar a la conversación.

Mirella resopla como un toro que va a embestir, pero no dice nada más. Quizá, porque sabe que tengo razón o quizá porque, simplemente, se ha cansado de protestar, ya que no le hago caso.



El piso no está mal. Bueno, no está mal si se tiene en cuenta que es un alquiler temporal y que en la cocina cabemos Mirella, yo y con suerte un tenedor, si no abrimos mucho los brazos. Sin embargo, es limpio, luminoso y, lo más importante, está vacío de opiniones ajenas y sarcasmos gratuitos.

—No es perfecto, pero creo que puede servirnos para empezar de cero —le digo a Mirella mientras recorremos el pequeño salón.

—Para empezar de cero necesitaríamos algo más grande, más… moderno. Esto está sacado de un catálogo de los noventa —replica, examinando un enchufe con cara de asco.

A pesar de su falta de entusiasmo, decido dar el paso. Hablamos, o hablo más bien, con el casero, firmamos el precontrato, y antes de darme cuenta, estamos de vuelta en casa de Saúl, listos para comunicar la gran noticia.

En cuanto abrimos la puerta, Valeria está sentada en el salón, con un cuaderno en las manos y su expresión neutral de siempre. Saúl y Sofía no están, aun así, lo digo, pese a que no creo que a Valeria le importe demasiado.

—¡Ya lo tenemos! —anuncio, tratando de sonar más emocionado de lo que realmente estoy.

Valeria levanta la vista y arquea una ceja.

—¿El qué? ¿Otro drama de pareja?

Mirella rueda los ojos y muerde el anzuelo.

—No, una casa. Aunque lo sentirás como un drama seguro.

¡Guau! Mirella usando el sarcasmo. ¿En serio? ¿Qué será la próximo? ¿Una noche loca de sexo de las de antes?

—Es que lo será. Estarás a dos calles y eso es demasiado cerca —le contesta Valeria con su ya tan habitual tono mordaz, y esboza una ligera sonrisa que no sé si se debe a su broma o a que sabe que ha irritado a Mirella.

—Mira, Diego —comienza mi novia, ignorándola—, aquí nadie nos valora. Me parece

perfecto que te lo tomes todo a broma, pero yo estoy hablando en serio —me regaña al ver que yo estoy sonriendo, porque sigo recreándome en el pensamiento de esa supuesta noche loca que, con toda probabilidad, no tendré.

—Yo también hablo en serio, Mirella. Necesitamos esto —replico, poniéndome serio y, sobre todo, tratando de parecerlo.

—¿Y por qué necesitas que sea tan cerca? ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de irte demasiado lejos de tu hermanito y su fiel escudera? —Mirella lanza una mirada cargada de veneno hacia Valeria, imagino que porque no está el blanco de sus acusaciones.

Valeria se cruza de brazos y me mira directamente.

—Creo que deberías agradecer que Diego haya encontrado algo rápido y barato, porque con todo lo que te quejas, no eres, precisamente, la que se está deslomando por salir de aquí.

La cara de Mirella sube dos tonos el color y Valeria agacha la cabeza y continúa con lo que sea que esté haciendo en él. Sin embargo, eso no impide que el intercambio suba de nivel. Mirella echa por tierra mis decisiones y, con ellas, el piso que hemos alquilado, y defiende sus expectativas de lujo; eso, sin olvidar hacer especial hincapié en su incomodidad general con España, mientras Valeria, que apenas necesita palabras para destrozar sus argumentos, sugiere que quizás lo que le sucede es que no quiere estar en ningún lugar donde no pueda mandar.

Finalmente, al ver que ninguna cede y la discusión no va a ningún sitio, decido intervenir.

—¡Basta ya! —exclamo, alzando las manos—. Mirella, ya está decidido. Nos mudamos. No es perfecto, pero es nuestro.

Ella me mira con rabia y decepción, antes de darse la vuelta y encerrarse en el baño.

Valeria permanece en silencio durante un segundo.

—Suerte.

—Gracias —le contesto, dejándome caer a su lado.

Valeria cierra el cuaderno de inmediato.

—Ten en cuenta que si el enchufe no combina con su energía cursi y rosa del mundo de Barbie, te va a tocar cambiarlo… o, mejor aún, puedes cambiar de novia. La decisión está en tus manos.

No puedo evitar reírme. Ella también se ríe un poco, lo que no estoy seguro es de si lo hace conmigo o de mí.



Horas después estoy en el sofá, mirando el techo. Mirella continúa enfurruñada y yo sigo preguntándome si he tomado la decisión correcta. En mi cabeza resuena la voz de Valeria, su sarcasmo punzante, y me pregunto si de verdad entiende la situación o tan solo disfruta provocando discordia entre nosotros.

De repente, se abre la puerta del baño. Mirella rompe el silencio y, al volverme para encararla, me está mirando con frialdad.

—Espero que estés preparado para asumir las consecuencias de tus decisiones, Diego.

Y mientras la veo ir a la cocina, me doy cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, creo que sí lo estoy.

Diario de Valeria:

Diego y Mirella se han mudado. Fin de la noticia.
Apunte del día: Hay algo extraño en la forma en la que el piso se siente ahora. Más espacio, menos ruido… y no tengo claro si eso es una mejora o un inconveniente.
Nota mental: No me importa. No tiene por qué importarme.

Capítulo 6

Guerra civil en casa

El piso no es perfecto, pero para mí tiene su encanto. El sol entra a través de las persianas medio rotas y deja rayos desiguales en las paredes. Lo miro con satisfacción: después de días limpiando, pintando y colocando muebles, ya es menos una cueva y más un refugio improvisado.

—No entiendo por qué te hace tanta ilusión vivir aquí, Diego. Es… es deprimente. —Mirella lanza un suspiro mientras revisa su móvil desde el sofá cama que aún seguimos sin saber montar bien, ya que la única cama que tiene el piso es una individual en una de las dos habitaciones.

—¡Es acogedor! Además, es nuestro —respondo con entusiasmo, alisando el mantel de flores que acabo de extender sobre la mesa—. Nuestro —reitero. Creo que en los últimos días es la palabra que más he dicho.

—¿Nuestro? Ni que fuera el ático de *Friends*. Esto es una caja de zapatos.

—Pues te recuerdo que dijiste que te daba igual dónde vivir mientras no siguiéramos durmiendo en casa de Saúl. En su sofá para ser más concretos.

Levanto la vista de la mesa que estoy preparando y le sonrío. No quiero que se lo tome como un ataque, sino más bien como un recordatorio de por qué estamos aquí. Mirella gruñe por lo bajo y eso me hace que me detenga y la mire.

—No es un desastre, es… modesto —añado, con un toque de ternura, a ver si consigo ablandarla un poco, soooloooo un poquitooo…

Mirella arquea una ceja.

—Modesto es una forma elegante de decir deprimente. Ahora en serio, Diego, ¿de verdad sigue en pie eso de invitar a alguien aquí?

—Claro, es una cena de inauguración. Vamos a celebrarlo.

Mirella deja el móvil a un lado y me mira igual que si acabase de anunciar que vamos a adoptar una cabra.

—Pero es que… ¡No quiero a nadie aquí! ¡Diego, mira a tu alrededor! Las paredes tienen grietas, no hay espacio ni siquiera para nosotros dos, y eso —señala el sofá cama con asco— es un chiste de mal gusto.

Me encojo de hombros.

—Es *nuestro* chiste de mal gusto. Además, mis padres no se van a burlar de nosotros. Y Sofía y Saúl tampoco… Son mi familia.

—Saúl no cuenta como familia. No sois hermanos de sangre. Y Sofía… bueno, ya sabes que me saca de quicio.

—¿Y Valeria? —pregunto, sabiendo la respuesta, porque sí, la pequeñaja borde de carácter sarcástico y sincero también viene. No puede negarme cuando Sofía me llamó y me preguntó si su amiga podía venir, «así no está sola tanto tiempo», me dijo, y yo, que soy medio pelele, acepté a la primera.

Mirella suelta un bufido.

—No me hagas hablar de esa petarda.

Sonrío para mis adentros, ya que es lo único que puedo hacer. Sé que la cena no va a ser fácil, pero, de alguna forma, la idea de reunirnos todos en este piso me hace especial ilusión. Y, a pesar de que a Mirella no le agrade ni un poquito, el barco ya está en marcha.



El timbre suena justo cuando termino de colocar los vasos sobre la mesa. Me limpio las manos en un trapo y abro la puerta con mi mejor cara.

—¡Diego! —Mi madre me saluda con entusiasmo, cargando una fuente envuelta en un paño —. Traigo croquetas. De jamón. Tus favoritas.

—No podían faltar —respondo con una sonrisa, dándole un abrazo a mi madre.

—Me encanta que vuelvas a estar tan cerquita —me dice ella en el oído.

Le doy un beso en la mejilla y la hago pasar.

—Ah, hola, Mirella —la saluda mi madre—. ¡Qué de tiempo sin verte!

Volteo los ojos y me voy a la cocina. Mejor no quiero estar presente. Apariencia versus sinceridad de madre. No, mejor me quito de en medio.

Ni dos minutos tarda en volver a sonar el timbre. Esta vez es mi padre quien está detrás de la puerta.

—Traigo vino. —me suelta después de un breve abrazo—. Uno bueno, no como los que compras tú —añade, guiñándome un ojo mientras entra—, que ya sabemos que tu chica es… exquisita de paladar.

—Gracias por la sutileza, papá.

Tras él, llegan Saúl y Sofía, con una caja de pasteles para el postre y un par de bolsas que no sé qué contienen. Detrás de ellos, está Valeria, llevando lo que creo que es una ensalada de quinoa.

—Esto es para equilibrar el colesterol —dice, entrando como si fuera la dueña del piso.

—Vaya, veo que estás cómoda aquí… demasiado cómoda —murmura Mirella desde el fondo del salón. Ha salido de detrás del biombo que usamos de separador improvisado para esta noche.

Se ha cambiado de ropa y está impecable, pero su cara es puro desagrado.

—¿Qué tal, Mirella? —pregunta Valeria con una sonrisa amplia.

—Estaba mejor antes de que llegases.

La tensión flota en el aire junto al aroma de las croquetas. Mi madre, experta en desactivar bombas, desvía la conversación, aunque la pobre no sabe qué es lo que han dicho, porque han hablado en inglés, sin embargo, con la mirada que se lanzan estas dos, no hace falta ser un lince para entenderlas.

—¡Qué bonito os ha quedado el piso! Muy… acogedor, Diego.

Le traduzco a Mirella lo que dice, porque mamá, pese a que la he ayudado por activa y por pasiva, de inglés sabe más bien poco. Papá sí que lo habla por su trabajo. Bueno, menos da una piedra, ¿no? Por suerte, aquí todos hablan inglés a la perfección, de manera que traductores no le van a faltar.

—Sí, acogedor es una buena forma de definirlo —añade Valeria en inglés, mirando a su alrededor con curiosidad. Está claro que le está contestando a mi novia y no a mi madre—. A mí me gusta.

—Al menos no es tan frío como tu personalidad —murmura Mirella en voz baja, pero no lo suficiente para que no la escuchen.

Valeria se gira despacio y le dedica una sonrisa que no llega a sus ojos.

—Prefiero eso a ser parte de la decoración

—¿Disculpa? ¿Qué quieres decir?

¡Madre mía! Empezamos bien la noche.

Me propongo mediar entre ambas, anunció el menú, pero Valeria, ni corta ni perezosa, me ignora y le contesta a Mirella.

—Pues que, con esa cara y ese carácter, Diego podría cambiarte por un perchero. Al menos, los percheros no se quejan todo el rato.

Sofía interviene rápidamente, mirándome con desesperación.

—Diego, ¿qué tal va la comida? ¿Necesitas ayuda para traerla?

—¡Todo bajo control! —respondo con un entusiasmo forzado, sirviendo el vino.

Pero el fuego no se apaga ni un poquito. Durante la cena, las miradas entre Mirella y Valeria no es que sean amistosas que digamos. La conversación está llena de comentarios cruzados y de mi madre pidiendo a todo el mundo que le traduzca las indirectas, directas, que se lanzan estas dos.

—Es admirable cómo habéis hecho tanto con tan poco. Este mantel tiene… personalidad —dice Valeria en un momento dado.

—Claro, porque en tu mundo todo es perfecto, ¿no? —Mirella le responde con una sonrisa falsa—. Qué envidia tener tanto tiempo libre para criticar a los demás.

Valeria inclina la cabeza, fingiendo sorpresa.

—No es tiempo libre, es intelecto. Pero entiendo que no puedas identificarlo. Y no, no criticaba, solo opinaba, algo que, seguramente, tampoco distingas.

La tensión es asfixiante y Sofía, consciente del desastre que se avecina, puesto que el ambiente se va caldeando cada vez más, mira a Saúl y le hace un gesto con la cabeza. Mi hermano mueve los labios y distingo que le dice: «es tu amiga».

Vamos, que él se lava las manos. De todas formas, estoy seguro de que está disfrutando del espectáculo.

Carraspeo, intento hablar, cambiar el tema de conversación mil y una veces, pero… al final, ambas vuelven a enzarzarse en una batalla verbal.

—Diego, pregúntale a Mirella cómo se siente viviendo aquí —me indica mi madre con un tono inocente que no engaña a nadie. Todos sabemos que quiere cambiar el tema.

Antes de que pueda hacerlo, Valeria se adelanta. Mi chica la mira con desdén, pero le sonríe a mi madre de manera educada antes de contestar.

—Bien, considerando que esto es un cambio radical —responde lo más dulce que puede, eso sí, mirando a mi madre e ignorando a la otra.

—Sí, y pequeño, ¿verdad? —apostilla Valeria.

—Tú de pequeño sabes mucho, ¿no? —le replica Mirella mirándola de arriba abajo, dejando claro que hace alusión a su altura.

—Sí, pequeña pero con alma. No sé si sabes lo que significa.

¡Boom!

Mirella se tensa.

—Bueno, haya paz, ¿no os parece, chicas? —interviene mi padre—. La comida está riquísima y el sitio es perfecto.

—¿Alguien me traduce? —pide mamá.

Antes de que eso pase, Sofía, cansada de hablar sin palabras con Saúl, se pone en pie, visiblemente incómoda.

—Creo que ya hemos abusado bastante de la hospitalidad. Valeria, ¿me ayudas a recoger las

cosas? —Por respeto a mi madre, habla en español, por lo que Mirella la mira frunciendo el ceño.

—Pero si aún no he probado las croquetas de la madre de Diego —protesta Valeria.

—Val… recogemos y nos vamos —explica Sofía—. Ahora.

Me sorprende ver que ambas se miran, diría que hasta retándose, hasta que Sofía gana la partida, pese a que Valeria no se levanta. Miro a mi hermano, quien contiene la risa.

—No te preocupes por recoger, seguro que Mirella sabe hacerlo sin romperse una uña —responde Valeria.

Al oír su nombre, mi novia levanta la cabeza.

—¿Qué estás diciendo de mí?

—Sí, creo que es mejor que nos vayamos —corta Sofía de inmediato—. Valeria, vamos.

—Y ¡aún me queda el postre también! —replica como si fuese una niña pequeña.

—Valeria, *ven*.

Al ver la cara de Sofía, cede y se incorpora con un suspiro teatral.

—De acuerdo, lo capto. Nos vamos.

Saúl ríe, ahora ya sin disimular. No puedo culparlo, sé que todo lo que sea incomodar a mi chica le encanta. Y la verdad, viendo cómo ha ido la cena y lo poco colaboradora que ha estado, es más que comprensible la actitud del resto hacia ella.

Mi hermano se despide de todos, mientras que las chicas toman el bolso y se salen. Puedo escuchar a Sofía decirle un par de cosas a Valeria sobre sus comentarios nada más pisar el pasillo.

—Que te sea leve el resto de la noche —me dice al oído Saúl cuando me da un abrazo antes de marcharse—. Mañana te llamo y me cuentas.

Cuando la puerta se cierra, Mirella lanza una servilleta sobre la mesa y se cruza de brazos.

—Te lo dije, Diego. Esto ha sido una catástrofe. ¿Por qué me haces pasar por estas cosas? —Habla igual que si mis padres no estuviesen delante. Aunque también es cierto que mi madre no se entera de nada.

—Porque son mi familia. Y porque creo que, en el fondo, te vendría bien relajarte un poco.

Ella me lanza una mirada fulminante y, gruñendo, se marcha hacia el baño. Mi madre me da una palmadita en el hombro.

—Esa Valeria me cae bien. ¿Por qué no te buscas a una como ella? —suelta sin venir a cuento.

No respondo, porque tengo la ligera impresión de que esta frase me va a meter en más problemas de los que ya tengo.

—Diego, hijo, yo que tú me plantearía algunas cosas —añade mi padre, como si no fuese suficiente con lo anterior.

La miro, pero antes de que pueda responder, mi padre abre otra botella de vino.

—No sé qué piensas tú —le dice a mamá—, pero yo me voy a quedar un rato más.

Y así, la noche continúa, sin embargo, no puedo evitar pensar que esta inauguración ha sido un adelanto de lo que será esta etapa de mi vida: una locura sin ton ni son.

Diario de Valeria:

Cena de inauguración del piso de Diego y Mirella ✔
Intercambio diplomático de pullas con Mirella ✔
😯😯😯Diego jugando a la Suiza neutral en mitad del campo de batalla: inesperado. No tengo icono para esta palabra
Apunte del día: No es que esperara que me defendiera. Pero tampoco lo hizo con ella.
Nota mental: Ha sido curioso. **MUY CURIOSO.**

Capítulo 7

Adiós, *Queen* drama

Dos semanas después.

El primer rayo de sol entra por la ventana y me despierta antes de lo que suele ser habitual. Parpadeo un par de veces, desorientado, con esa sensación molesta de no saber dónde estás ni qué hora es. Me giro para buscar a Mirella, pero el sofá cama está vacío. Frunzo el ceño y me siento, frotándome los ojos.

—¿Mirella? —la llamo, todavía con la voz ronca por el sueño.

No hay respuesta. En el silencio matutino, solo se escucha el tictac del reloj de pared que conseguimos por tres euros en el mercadillo. Miro alrededor. Sus zapatillas no están junto al sofá y el bolso que deja tirado en la silla tampoco se encuentra ahí. La preocupación empieza a instalarse en mi pecho.

—¿Mirella? —repito, esta vez más fuerte, mientras me levanto de un salto y voy hacia el baño. La puerta está abierta y el interior, vacío.

Las estanterías se hallan despejadas. Ni un bote de crema, de mascarilla… No hay ni rastro de sus cosas.

El mal presentimiento se confirma al abrir el armario. Donde antes estaban sus vestidos y chaquetas, ahora hay un vacío insultante. Solo queda mi ropa, colgada de forma desordenada como si también supiera que se ha quedado sola.

Vuelvo al salón y me siento en la cama, la misma que iba a ser provisional. Mi móvil vibra sobre la mesa y lo agarro con la esperanza de encontrar un mensaje de ella, alguna explicación, no sé, lo que sea. Pero no. Es una notificación del banco. Mirella acaba de hacer una transferencia internacional.

Se ha ido.

La certeza me da en la cara como una bofetada que repiquetea en mis mejillas una y otra vez.

—No puede ser… —murmuro, pasando una mano por mi pelo.

La rabia y la incredulidad se unen en una guerra campal mientras intento procesar lo que está pasando. ¿Se ha largado sin decir nada? ¿Sin una nota, un mensaje, un maldito «adiós»? Llevaba días que no se quejaba del piso, la comida, los vecinos… ¡Nada! Pensé que se estaba acostumbrando a esto y que hasta podría llegar a gustarle. ¡Hija de…! Me estaba engañando mientras planeaba su huida. ¿Cómo ha podido jugármela así?

Dejo el móvil sobre la mesa y me desplomo en el sofá cama, sintiendo que el mundo se tambalea y se derrumba a mi alrededor.

Capítulo 8

Propuesta ¿inoportuna?

Dos semanas después.

Despertar solo no es lo que tenía en mente cuando pensé en «una nueva etapa de mi vida». Por no hablar de que la almohada parece un ladrillo y las sábanas se han enrollado tanto a mi alrededor que creo que quieren asfixiarme. Me niego a irme al dormitorio, este sofá, donde dormí con Mirella, es lo único que me ata a mi pasado.

«Es lo que hay, Diego», me digo. «Deberías plantearte ir a la cama y dejar de acostarte con los recuerdos».

Llevo días repitiéndome lo mismo, aun así, no funciona, porque nunca lo hago.
Y mientras intento convencerme de que todo está bien una vez más, oigo el sonido inconfundible de alguien aporreando el portón.

—¡Diego, abre! —es la voz de Saúl, con su típico tono autoritario. Nada, que no se entera que el hermano mayor soy yo.

—¡Joder!

Me arrastro hasta la puerta, todavía en pijama, y me encuentro con Saúl, vestido con un chándal que cuesta más que mi nevera. Tiene esa mirada de «vengo a resolverte la vida, pero, de paso, a arruinarte el día».

—¿Es necesario gritar a estas horas? —cuestiono al abrir.

—Son las diez de la mañana. Normal que sigas en la ruina si no sabes lo que es madrugar.

Su tono bromista me arranca un gruñido No estoy yo para que me toquen mucho los cojones. Le dejo entrar con un movimiento bastante desganado y cierro. Como cada vez que viene, hace un rápido barrido visual al desastre que llamo hogar, frunciendo el ceño al ver una taza olvidada en la mesa.

—Si lo dejas un día más, con suerte, tendrás compañía —me espeta con sorna.

Decido ignorarlo, porque así no vamos a llegar a nada, al menos, a nada interesante.

—¿Café? —le pregunto, aunque sé que la respuesta será negativa.

—No, gracias. He venido a hablar de cosas serias, no a perder el tiempo.

—Perfecto, porque justo estaba deseando una charla motivacional.

Me lanza una mirada que podría perforar el acero. En ocasiones, Saúl no entiende de sarcasmos, ni de matices. Es más directo que un tren de mercancías. Y esta pinta ser una de esas veces.

—Escucha, no puedes seguir así. Puedo hablar con mi padre. Seguro que encontramos alguna cosa para ti y…

—Te lo agradezco, pero tengo el orgullo ya demasiado pisoteado para, encima, ser un enchufado. Quiero conseguir un trabajo por mí mismo.

Saúl resopla y pone los ojos en blanco. Sé que él no lo entiende, pero quiero demostrarme, y sobre todo demostrarle a Mirella, pese a que ya no esté, que no soy un caso perdido y que puedo salir adelante, sin ayuda y, por supuesto, sin ella.

—¿Y ya sabes lo que vas a hacer?

—¿Sobre qué?

—Sobre todo —respondo, haciendo un gesto amplio como si abarcara mi vida entera—. Tu vida es un desastre, Diego. Tu situación económica da pena, Mirella se ha dado a la fuga, que, a

ver, no es me queje por no verla, pero me jode ver cómo te ha tratado, y, por si fuese poco, estás perdiendo el tiempo cuando tienes facturas que pagar mientras Valeria ocupa mi casa; quien, por cierto, tiene una buena situación económica, porque ¿sabes?, trabaja y su padre es no sé qué en Alemania. Vamos, un pez gordo, por lo que me he enterado por ahí —dice eso último como si a mí me importase lo más mínimo.

Espera, espera… No estará diciendo que… Nooo. Pero ¿Qué mierda quiere que haga yo con esa pequeñaja gruñona? ¿Que la pasee un rato por la calle, para dejarles a ellos tiempo libre? Suficientes problemas tengo ya como para hacerme cargo de una loca, borde y sin filtro.

Ni de coña. Tener a Valeria a aquí sería el combo perfecto de reproches envuelto en una crítica a mi existencia.

—Mira, no te preocupes, estoy buscando trabajo. Dame tiempo —replico, sabiendo que la frase suena igual de convincente que «mañana empiezo la dieta» e ignorando la parte que me ha parecido leer entre líneas, esa que implica a cierta pequeñaja de mal carácter.

—¿Tiempo? —Saúl se ríe, pero no de forma amable—. Diego, tiempo es lo que no tienes. Sobre todo, porque tu querida exnovia se largó con lo que la inmensa mayoría de lo que quedaba de vuestra cuenta en común.

—No te preocupes —le repito—. Ya me las apañaré.

Mi hermano suspira, debe sentirme algo así a un santo lidiando con un pecador sin remedio. Se deja caer en el único taburete de la cocina, mirándome como si estuviera a punto de soltar una bomba.

—Te tengo una propuesta.

—Eso suena peligroso. —Intento contrarrestar el tono serio de Saúl.

—Relájate. Es simple. Necesitas a alguien que te ayude con los gastos, ¿verdad?

—No necesito... —protesto, porque ya me ha dejado claro antes por dónde va su propuesta o, mejor dicho, por quién.

—Déjame terminar. Necesitas a alguien que comparta los gastos del piso porque, por muy barato que seas, estás casi en números rojos. Y yo necesito recuperar mi salón porque Valeria llegó para dos días y lleva semanas acampada en la habitación de invitados. ¿Ves por dónde voy?

Le miro fijamente, percatándome que de verdad está diciendo lo que yo pensaba.

—Quieres que viva con Valeria —afirmo; no pregunto, porque para mí es una obviedad lo que busca.

—Exacto.

La *sugerencia* me cae encima cual jarro de agua fría. Valeria, esa chica que apenas habla conmigo, que siempre lleva un cuaderno misterioso pegado en las manos y con esa habilidad para soltar frases afiladas... ¿de verdad lo está diciendo en serio?

A este, desde que se ha enamorado, se le está yendo la pinza más de lo que debería.

—¿Y cómo se supone que voy a proponerle eso sin que me tome por un desesperado? Hemos intercambiado cuatro frases y no precisamente agradables.

Saúl se encoge de hombros, me temo que ese no es su problema.

—No lo sé. Sé encantador. O sincero, si es que sabes cómo.

—Gracias por el voto de confianza.

—De nada. Oye, lo digo por tu bien. Esta situación es insostenible, Diego. Y lo sabes. No tienes nada. Es más, por no tener, no tienes ni un plan para salir del hoyo. Lo único que posees es este piso. Así que úsalo.

Me cruzo de brazos, dudando.

Mierda, ¿en serio me lo estoy planteando?

—¿Y si dice que no?

Mi hermano me mira con una media sonrisa.

—Entonces seguirás igual, pero yo me sentiré, al menos, satisfecho por saber que he hecho mi parte.

—¿Y si dice que sí?

—Pues entonces dejáis de ser mi problema y paso a ser el santo que recuperó su casa y, sobre todo, su vida privada.

Sus palabras me dejan pensando. Sé que tiene razón, aunque no quiera admitirlo. El piso es barato, pero sin ingresos no voy a durar mucho. Y Valeria... bueno, tiene como pagarlo. O eso dice el cabeza hueca este. En fin, esa pequeñaja es un misterio. ¿Quién sabe? Quizá, solo quizá, la convivencia con ella no sea tan terrible.

—Vale, lo pensaré.

—No pienses mucho. No es tu punto fuerte.

Lo miro con un gesto que no necesita palabras. Saúl se ríe, se levanta y me da una palmada en la espalda antes de marcharse.

Me quedo solo, mirando el desorden del piso y pensando en lo que acaba de pasar. La idea de compartir mi espacio con Valeria me sigue pareciendo surrealista, pero ¿qué otra opción tengo?

«Al menos no es Mirella», pienso. Y con esa idea, y sintiéndome mal por haberlo pensado, me preparo mentalmente para lo que está por venir.

Capítulo 9

Bienvenida a mi mundo

El caos llega en forma de una maleta roja enorme y cajas, bolsas y una mochila que Valeria insiste en cargar ella misma, a pesar de que Saúl y yo ya nos hemos ofrecido a ayudarla unas treinta veces. ¿Dónde traía tantas cosas? El día que llegó solo le vi la maleta de Mickey. Saúl me ha hecho el lío, no me dijo que esta loca viniese con su vida a cuestas. Ahora mismo, el portal parece una zona de guerra, con sus cosas desperdigadas por el suelo mientras ella organiza cada paquete como si estuviera jugando al Tetris.

Los vecinos me van a matar…

—¿Seguro que necesitas todo esto? —pregunto, levantando una caja que, según ella, solo contiene «libros esenciales».

—¿Seguro que no quieres ser más útil y menos preguntón? —replica sin mirarme, mientras equilibra una caja sobre otra.

Saúl, apoyado contra la pared, se cruza de brazos y se limita a observar con una sonrisa burlona. No sé si está disfrutando de mi sufrimiento o tan solo aliviado de que Valeria esté a punto de convertirse en mi problema a tiempo completo.

—Yo os dejo, que tengo cosas que hacer. —Saúl da un paso atrás, en dirección a la puerta.

—¡Claro que sí! Justo cuando empezamos con lo divertido —gruño, recibiendo un codazo de Valeria al pasar con otra caja—. Auch.

Saúl me guiña un ojo.

—Buena suerte, hermano. La vas a necesitar.

Y desaparece antes de que pueda protestar.

Cuando por fin conseguimos subir todo al piso, Valeria deja caer la mochila en el suelo del salón con un suspiro teatral. Yo, por mi parte, me desplomo en el sofá, jadeando como si acabara de correr una maratón.

—Bueno, bienvenida a tu nuevo hogar. Haz como si estuvieses en tu casa, pero sin olvidarte de que es la mía.

—¿Tuya? —Valeria arquea una ceja mientras saca una botella de agua de su mochila y le da un trago.

—Sí, mía. Bueno, nuestra, pero ya sabes… sobre todo, mía.

—Claro, claro. Entonces, supongo que no te importará si me adueño un poco del baño, ¿no?

—¿Qué?

—Compartimos piso, pero no ritmo de vida. Y dado que tú no tienes trabajo y yo sí, necesito prioridad en el baño.

—¿De qué trabajas?

Valeria se queda quieta un instante, supongo que decidiendo si responderme o ignorarme. Finalmente, sonríe con esa mueca burlona que empieza a resultarme familiar.

—Soy traductora de libros. Ya sabes, los paso de un idioma a otro. Me da unos buenos ingresos y, además, puedo hacerlo desde cualquier parte y en cualquier horario. Es lo bueno que tiene ser políglota.

Me quedo boquiabierto.

—Está bien, está bien. Tú ganas. Tienes prioridad en el baño, pero si te pasas más de veinte minutos dentro, iré a sacarte. Y si hace falta, con grúa.

Ella se ríe y me lanza una de las almohadas del sofá, que esquivo con un movimiento digno de un ninja.

—Tú preocúpate de no dejar tus calcetines por el salón y estaremos en paz —añade, mirando el par que hay en el suelo y que me quité anoche porque me picaban.

—Mis calcetines son los únicos que van a sobrevivir a esta convivencia.

El intercambio dura unos minutos más, entre amenazas de guerra de agua y argumentos absurdos sobre quién va a limpiar la cocina. Pese a que Valeria parece siempre tener la última palabra, noto una cosa que me desconcierta: estoy disfrutando de este tira y afloja tan peculiar. Y, además, me doy cuenta de que no me he acordado de Mirella desde que mi nueva compañera ha llegado. ¡Eso sí que es un milagro!



Cuando Valeria se va a su habitación para «organizar su vida» (según sus palabras), me quedo solo en el salón, escuchando cómo cierra el pestillo y me pregunto si también habrá bloqueado la puerta con algún mueble. Con ella, cualquier cosa me parece posible.

Miro alrededor. Las cajas siguen ahí, un recordatorio de que esta situación es real… ¿o no? No lo sé. Lo único seguro es que ahora, con Mirella fuera del mapa y Valeria dentro, mi vida ha dado un giro inesperado que no sé muy bien cómo manejar.

Entro en la cocina para servirme un vaso de agua y me encuentro con unas letras escritas en la pizarra magnética de la nevera.

«Por favor, no uses mis tazas para tus experimentos culinarios. Gracias. Valeria».

Levanto una ceja, mirando el mensaje. La letra es pequeña, ordenada y un poco inclinada hacia la derecha. ¿Mis experimentos culinarios? Ni que estuviera destilando veneno.

Sonrío y, sin pensarlo demasiado, cojo el rotulador que cuelga de la pizarra y escribo debajo:

«Tranquila, tus tazas están a salvo. Pero no garantizo la supervivencia de las cucharillas. Diego».

Dejo el rotulador en su sitio y me sirvo el agua, todavía riendo para mí. Mientras regreso al salón, me doy cuenta de que este intercambio improvisado en la nevera podría ser el comienzo de algo interesante.

Por primera vez, empiezo a pensar que vivir con Valeria va a ser cualquier cosa menos aburrida.

Y, por extraño que parezca, no estoy seguro de si eso es malo o no.

Diario de Valeria:

Supervivencia, día uno.
Conviviendo con Diego. Sí, con Diego. No sé en qué momento de mi vida tomé esta absurda decisión, pero sospecho que fue bajo los efectos de un lapsus mental grave.
El balance hasta ahora:
No hemos discutido (aún) ✔
No ha invadido mi espacio personal (mucho) ✔
No ha dejado de hacer comentarios ingeniosos que, para mi desgracia, son graciosos de verdad ✔
Apunte del día: la convivencia promete ser un experimento sociológico fascinante… o una catástrofe en proceso.
Continuará…
No lo dudo.

Diego:
¿De verdad necesitas tres sartenes?

Valeria:
Las sartenes son como las opiniones: mejor tener más de una.

Capítulo 10

El cuaderno misterioso

Valeria está en el sofá, piernas cruzadas, con el portátil sobre ellas. Concentrada, sin prestarme atención. O eso quiere que piense.

Yo, en cambio, llevo veinte minutos fingiendo que trabajo en mi currículum mientras vigilo su cuaderno. Lo ha dejado en la mesita de café, a solo unos metros de mí. Tan cerca, tan solo. Es la primera vez que lo deja fuera de su alcance y siento un hormigueo en la nuca, como si estuviera a punto de cometer un delito.

—¿Vas a seguir mirándome como si estuvieras planeando un atraco o vas a decir algo de una vez? —pregunta sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Qué? No. Yo no… —respondo demasiado rápido. Me delato solo.

Ella levanta la vista y me estudia con detenimiento. Luego, con la barbilla, lo señala.

—No lo toques.

—¿Qué te hace pensar que quiero tocarlo? —replico, poniendo cara de inocencia.

—Tu cara de ladrón.

—¡Yo no tengo cara de ladrón!

—Claro que sí. Además, si te atreves a abrirlo, juro que te arrepentirás.

Cruzo los brazos, ofendido, aunque en el fondo me gusta este tira y afloja. Valeria rara vez me presta tanta atención de golpe.

—¿Qué tienes ahí? —pregunto, incapaz de contenerme.

—Cosas.

—Eso no es una respuesta.

—Es suficiente para ti.

Cruza los brazos y se acomoda un poco más en el sofá, con esa expresión de suficiencia que me pone nervioso. Otras personas discutirían, gritarían, gesticularían. Valeria simplemente se inclina hacia atrás y deja que la desesperación haga su trabajo.

—¿Es tu diario? ¿Escribes sobre mí? ¿Sobre lo guapo que soy? —la provoco.

Y entonces se ríe. De verdad. Un sonido breve, espontáneo, sin rastros de ironía. Me quedo viéndola, fascinado, porque no estoy seguro de haberla escuchado reír así antes.

—Por supuesto, Diego. Está lleno de poemas dedicados a tu barba irregular y a las camisetas de grupos que ni tú escuchas.

—¡Ey! Esta camiseta es un clásico —protesto, señalando el logo de Nirvana en mi pecho.

—Sí, como los pantalones de tu abuelo. ¿Algo más?

Intento defender mi dignidad y el tema del cuaderno se diluye en una avalancha de críticas sobre mi ropa, mi desayuno favorito y mi manera de acomodar los cojines del sofá. Ella habla con soltura, con una media sonrisa que se esfuerza en disimular.

Finalmente, cuando el sol empieza a ponerse, cierra el portátil y toma el cuaderno. Lo abraza contra el pecho. Se queda quieta un segundo, dudando, antes de girarse hacia su habitación.

—Buenas noches, ladrón.

No me da tiempo a responder. Me deja ahí, en el salón, intentando descifrar lo que acaba de pasar. ¿Ha sido una victoria para ella o una derrota para mí? Cada día que paso con Valeria, la entiendo menos.

Decido dejar de analizarlo y centrarme en buscar trabajo. Aunque, cuando empiezo a escribir

otra carta de presentación, hay un pensamiento que no puedo ignorar:

Ese cuaderno esconde la clave. Y voy a descubrirla.

Diario de Valeria:

Apunte del día: mi cerebro necesita un control de calidad.
Cometí un error, bajé la guardia. Resultados catastróficos
Diego ha conseguido colarse en mi espacio personal sin que mi instinto de supervivencia saltara a tiempo. Compartimos el sofá como si fuese algo normal.
Nota mental: Sé los grados de temperatura que emana su cuerpo.
Nota mental 2: ¿Desde cuándo los silencios con otra persona pueden sentirse como una manta suave?
Nota mental 3: No puedo permitirme este tipo de distracciones.
Recordatorio: las personas como él y las personas como yo no deberían mezclarse más de la cuenta.
Pero eso ya lo haré mañana…
SÍ, MAÑANA. Porque si soy honesta, no estoy segura de querer olvidarlo todavía.

Valeria:
«Si tu colección de calcetines sigue creciendo en el baño, voy a cobrar entrada para que otros lo visiten».

Diego:
«Perfecto. Podríamos usar las ganancias para comprar un zapatero donde guardar tus chanclas de dudoso gusto».

Capítulo 11

Aventureros por decreto

La luz del sol de media mañana se filtra por las cortinas, bañando el salón con un resplandor dorado. Estoy en el sofá, revisando ofertas de trabajo en mi portátil, rodeado de la calma habitual que hay en casa cuando Valeria no está o está encerrada en su cuarto. Sin embargo, no dura mucho, porque mi compañera llega con su mejor amiga, haciendo escándalo nada más abrir la puerta.

—¡Este viernes nos vamos todos de excursión! —anuncia la novia de mi hermano, dejando caer el bolso en la mesa.

Levanto la vista, desconcertado.

—¿Excursión? ¿Nosotros? ¿Por qué?

—¡Porque lo necesitamos! —responde con tal entusiasmo que empiezo a temerme que se ingerido una planta de café ella sola—. Hemos alquilado una casa en Grazalema para el fin de semana. Saúl y yo tenemos unos días libres. El sábado vamos a hacer la ruta del Pinsapar y el domingo nos volvemos. ¡Es el plan perfecto!

—Perfecto para ti —murmuro, volviendo la mirada a mi pantalla.

Sofía no se inmuta. Se gira hacia Valeria, que ahora está sentada en el rincón del sofá, ignorando a su amiga y con el cuaderno en las manos. Ni siquiera da la impresión de que hayan entrado juntas, porque está tan absorta en lo que sea que escribe que si nos dijera que está elaborando la Constitución de un nuevo país, la creeríamos sin dudarlo.

—Val, no hagas que no sabe de qué va la cosa. Tú también vienes.

—No. —Ni siquiera levanta la vista al responder.

Sofía coloca las manos en las caderas, con esa pose que grita «me importa un pepino lo que digas».

—Vamos, ¿qué vas a hacer? ¿Quedarte aquí encerrada con Diego?

—Podría. —Valeria da una vuelta a la página y continúa escribiendo o garabateando, no lo tengo muy claro, como si Sofía no estuviera.

—No tienes opción. Necesito tu ayuda con las fotos del blog.

La observo mientras lo dice. Me da miedo la sonrisa de Sofía, que parece ser consciente de que acaba de soltar una bomba nuclear.

Valeria cierra el cuaderno con un golpe seco al oírla.

—No soporto tus encuadres.

—Exacto. Por eso te necesito. —Sofía sonríe con esa expresión de victoria que, ya me he dado cuenta, siempre la acompaña.

Antes de que pueda procesar lo que está pasando, mi cuñada se vuelve hacia mí con la misma energía.

—Diego, tú conduces.

Parpadeo, incrédulo.

Antes de contestar, me detengo un momento, calculando en mi cabeza cuántas horas de coche serán.

—Eso está en… ¿Cádiz? ¿Estamos hablando de ocho horas de viaje para ver árboles?

—¡Pinsapos! —corrige Sofía, indignada—. Y no son solo árboles, es un lugar único. Además, será un cambio de aires.

—Me niego a que conduzca ocho horas —replica Valeria—. Le tocó el carné en una tómbola de pueblo.

—Muy graciosa —le digo, entre molesto y riendo—. ¿Y Saúl qué va a hacer? ¿Entretenernos con monólogos?

—Saúl está cansado, ha tenido una semana larga y tú necesitas hacer algo que no sea arreglar tu portátil prehistórico.

—Estoy buscando trabajo, no estoy arreglando…

—Lo que sea: tú conduces —repite.

—Perfecto, soy chófer y ¿qué más? ¿Burro de carga? —Suelto un suspiro mientras Valeria me lanza una mirada rápida, evaluándome con su característico escepticismo y desdén.

Sofía, ajena a mi sarcasmo, sonríe.

—¡Pues todo listo! Este viernes salimos a las seis de la mañana.

Miro a Valeria y asiento con resignación.

—Al menos prométeme que llevaremos comida decente. No sobrevivo a otra semana de tofu seco. Mi época vegana ya pasó.

—No puedo prometerte nada —responde Valeria, levantándose con esa aura de superioridad intelectual inherente a ella—. Pero no conduzcas como si esto fuera una carrera, por favor.

—Ah, claro. Lo dice la copiloto experta que nunca coge el volante. —Sonrío con ironía. Solo hemos salido dos o tres veces a comprar cosas para la casa en el coche de Valeria, quien , por paradójico que parezca, llegó conduciendo aquí, pero dice que la estresa conducir. Si es que… todo en ella es contradictorio.

—Alguien tiene que mantenerse lúcida para señalarte los errores. —Se encoge de hombros y retoma el camino hacia su habitación.

Y con eso, la conversación está zanjada y la decisión está tomada: un fin de semana en Grazalema que, conociendo nuestro variopinto grupo, promete más caos que tranquilidad.



El coche de Saúl es espacioso, pero con cuatro adultos, mochilas y equipo de fotografía, no lo es tanto. Estoy al volante mientras Saúl está reclinado en el asiento de al lado, luciendo sus gafas de sol y su mejor pose de copiloto despreocupado. Sofía está en la parte trasera con Valeria, quien no ha hablado en todo lo que llevamos de trayecto, absorta en su cuadernito.

—¿Siempre escribes tanto? —pregunto, mirando a Valeria por el retrovisor.

—¿Y tú siempre haces preguntas tan obvias? —responde sin levantar la vista.

Saúl suelta una risa.

—Vaya, te tiene calado.

—Tú cállate. Menuda condena conducir con esta mierda de música. Parece sacada de una boda ochentera —replico, mirando a Saúl.

—Es una banda sonora icónica —dice Saúl, ajustando el volumen.

Mientras discutimos sobre la música, Valeria cierra su cuaderno con un golpe seco y se cruza de brazos. Nos mira igual que si fuésemos dos niños pequeños discutiendo por ver quién elige el juego en el recreo.

—Espero que el Pinsapar sea más tranquilo que esto. Necesito paz.

—¿Paz? Contigo, eso suena a desafío —le digo, sonriendo ligeramente.

Ella no responde, pero le veo una pequeña sonrisa asomando a sus labios.



El sábado por la mañana todo es una locura. Entre mapas arrugados, termos que no cierran y una mochila que pesa tanto que dudo que no lleve dentro un saco de cemento, estoy a punto de perder los nervios. Valeria, en cambio, observa todo desde la puerta, con su cuaderno bajo el brazo.

—¿Vas a llevar eso? —le pregunto, señalándolo mientras me ajusto la mochila.

—¿Por qué no? No pasa nada, a diferencia de tu ego y tu falta de orientación —replica, con una media sonrisa.

—*Touché* —murmuro, reprimiendo otra.

El viaje en coche para llegar al Pinsapar es una odisea en sí misma. Entre Sofía y Saúl discutiendo sobre la ruta y mi decisión de confiar en el GPS, que nos lleva por un camino más apto para cabras que para humanos, la tensión alcanza su punto máximo cuando pillamos un bache monumental.

—¿Quién demonios diseña estas carreteras? ¿Un arquitecto con un pésimo sentido del humor? —gruño.

Valeria se ríe por lo bajo.

—O tal vez eres tú quien no sabe esquivar los baches —comenta, sin levantar la vista.

Bufo porque no tiene pinta de que vaya a acabar bien. Ni siquiera está empezando bien.

Cuando por fin llegamos al inicio de la ruta, Valeria y yo nos quedamos rezagados. Ella, por su ritmo pausado, y yo, porque no me apetece una mierda hacer este recorrido.

—¿Qué escribes ahí? —pregunto, señalando con la barbilla el cuaderno que lleva pegado al pecho.

—Nada que te interese.

—Oh, vamos, no puede ser tan secreto. ¿Un diario de aventuras? ¿Una lista de insultos ingeniosos? —intento bromear, pero su mirada me deja claro que he pisado terreno peligroso.

—¿Por qué pierdes el tiempo en hacer preguntas tan inútiles? ¿O perder el tiempo es un talento que has ido desarrollando con los años? —me corta, acelerando el paso.



Cuando llegamos al sendero, el paisaje nos deja boquiabiertos. Los pinsapos se alzan majestuosos y el aire fresco del bosque borran de un plumazo el cansancio del viaje. Mientras Sofía se apresura a elegir el mejor lugar para las fotos.

El aire es fresco y el bosque está lleno de sonidos de aves y ramas crujientes bajo nuestros pies. Al principio, todo va bien, hasta que yo, por supuesto, encuentro la manera de meterme en

problemas.

—¿Qué haces, Diego? —pregunta Valeria, deteniéndose al ver que forcejeo con una rama.

—Intento despejar el camino para que podamos pasar.

—Es un sendero. Ya está despejado.

La rama, consciente de mi torpeza, se suelta de golpe y me golpea en la cara. Valeria contiene una carcajada mientras se cruza de brazos.

—No sabía que estabas estudiando para payaso.

—No lo estoy, pero tengo un don natural —contesto, sobándome la frente.

Continuamos caminando, pero los desastres no terminan ahí. En un intento de acercarme a una roca para tomar una foto, mi pie resbala en el barro y termino de espaldas en el suelo.

—¿Estás bien? —Valeria se acerca para tenderme la mano y ayudarme a levantarme.

—Creo que he descubierto una nueva técnica de fotografía: «ángulo desde el subsuelo enfangado».

Ella niega con la cabeza mientras tira con fuerza hasta que me incorporo por completo.

—Eres un desastre. ¿Siempre has sido así?

—Solo en presencia de un público muy selecto. ¿Sabes? Deberías sentirte halagada.

—Oh, lo estoy. Encantada de ser testigo de tu *arte*.

—¿Vas a escribir sobre esto? —pregunto, acercándome a ella con la cámara al cuello.

—Quizás. O quizás no. No todos necesitamos documentar cada momento —responde, mirándome de reojo.

—*Touché*. Algunos lo hacemos porque es nuestro trabajo. —Levanto la cámara y tomo una foto rápida de ella, capturando su expresión sorpresa antes de que pueda reaccionar.

—¡Oye! —exclama, extendiendo la mano para arrancarme la cámara.

—Tranquila, ha sido un disparo artístico —bromeo, mostrando la foto en la pantalla.

Ella la mira y, para mi sorpresa, no dice nada. En cambio, parece casi… impresionada.

—No está mal —admite—. Pero no creas que voy a posar para ti.

—No necesito que poses. Me vale con que seas tú misma. —Y antes de que pueda detenerme, añado—: Eres interesante, aunque no lo admitas.

Valeria me lanza una mirada cargada de incredulidad y curiosidad. Por primera vez, creo que hemos encontrado un punto en común. Pero claro, siendo fiel a sí misma, no tarda en volver a ponerse en guardia.

—Bueno, fotógrafo profesional, no vuelvas a hacerlo o empezaré a cobrarte derechos de imagen.

Sofía nos llama para que nos demos prisa y el momento se desvanece. Pero mientras caminamos por el bosque, no puedo evitar sentir que algo ha cambiado. Puede que Valeria no sea tan inaccesible como nos hace pensar a todos, y quizás, solo quizás, el Pinsapar nos haya traído algo más que un paisaje bonito.



Un rato después, nos detenemos para descansar cerca de un claro con vistas al río. Mientras todos están ocupados con sus bocadillos, Valeria saca el dichoso cuaderno y empieza a escribir. Me acerco, curioso.

—Ahí está de nuevo. El cuaderno de los secretos.

Ella se detiene, se lo pega al pecho para que no pueda verlo y, después, levanta la vista hacia mí. Me lanza una mirada que podría cortar vidrio.

—¿Qué quieres, Diego?

—Tengo muchísima curiosidad por saber qué tienes ahí. No es un diario, eso seguro —continúo, no sé ni por qué. Fijo que a Valeria le importa lo mismo que saber que está haciendo Mirella en estos momentos. Y, por primera vez desde que hemos llegado al viaje, me acuerdo de ella. ¿Por qué siento que cada día que pasa está menos presente en mi cabeza?

—¿Y eso por qué? —me interrumpe, y diría que noto un matiz de desafío en su pregunta.

—Porque no te veo como alguien que escribe**:** «Querido diario».

Valeria frunce el ceño y lo cierra de un golpetazo.

—No es asunto tuyo.

¿En serio? No hay manera de que suelte prenda.

—Lo prohibido es tentativo.

—¿Y?

—¿Y…? —A veces me pregunto si Valeria entiende el castellano—. ¿Cómo que y? Pues que eso solo consigue que quiera saberlo con más ahínco.

Ella lo guarda en su mochila sin quitarme el ojo de encima. ¿Qué se piensa? ¿Que se lo voy a quitar de un manotazo y salir corriendo para poder leerlo con tranquilidad?

Nos quedamos mirándonos unos segundos, hasta que Valeria suspira y cambia de tema.

—¿No tienes otra cosa que hacer además de fastidiarme mi ratito de paz?

—No, la verdad es que no. Por si no te habías dado cuenta: esa es mi especialidad.

Valeria sonríe justo antes de negar con la cabeza y, para asegurarse de que la deje tranquila, se levanta y va junto a la parejita feliz, que se hacen carantoñas bajo un árbol.

¡Menudo asco el verlos!

Está bien, está bien. Lo sé.

La envidia es muy, pero que muy mala.

El verlos así hace que pregunte: ¿qué estará haciendo Mirella? Seguro que disfrutando de una sesión de spa pagada con el dinero que se llevó sin consultarme.

Ese pensamiento me enfurece, de manera que aquí y ahora, me hago el propósito de no volver a pensar en mi ex bajo ningún concepto. No, no se lo merece. Me abandonó, no le debo el honor de dedicarle ni el más mínimo segundo de mi vida.

¡Se acabó, como que me llamo Diego Ferrer!

Diario de Valeria:

Nota mental: la próxima vez que alguien sugiera «un plan diferente», debo salir corriendo en dirección opuesta.
Dos días en plena naturaleza, lejos de la civilización, rodeada de árboles, aire puro y un preocupante exceso de entusiasmo excursionista. ¿Mi veredicto?
No soy material de senderismo ✔
Apunte del día: No admitir que me divierten las tonterías de Diego. Y tampoco que me gustó perderme en el bosque con él.
Oficialmente, solo sobreviví.
Nota mental 2: La próxima vez que Sofía me proponga planes, verificar dos veces que no haya letra pequeña.

Valeria:
«La nevera está vacía. ¿Te ha dado por experimentar un arte moderno llamado El hambre?».

Diego:
«Es un homenaje a los grandes artistas sufridos. Si tienes tanta hambre, prueba a cocinar tú».

Valeria:
«Desafío aceptado. Espero que tengas seguro de vida».

Capítulo 12

En el punto de mira

Estoy sentado frente al portátil, revisando las fotografías de la excursión del fin de semana, el cual, por cierto, no ha estado nada mal. Para ser un plan organizado por Sofía hasta me ha gustado. Pero eso no lo diré en voz alta o me organizará cada respiro que dé hasta fin de año.

La pantalla muestra una serie de imágenes: el bosque del Pinsapar envuelto en la luz dorada del amanecer, detalles del musgo en las rocas, el contraste entre las ramas desnudas y los verdes profundos de los pinsapos.

—¿De verdad necesitas pasar tanto tiempo mirando un árbol? —pregunta Valeria con esa mezcla de sarcasmo y curiosidad a la que ya empiezo a acostumbrarme.

Alzo la vista y ahí está, de pie junto a la mesa, con su cuaderno bajo el brazo, como siempre. Es posible que tenga otro idéntico escondido en la casa y lo vaya rotando para despistarme.

—No es solo un árbol. Es un pinsapo, una especie en peligro de extinción. Además, no es tiempo perdido, es buscar la perfección —respondo con la solemnidad de un artista incomprendido.

Ella deja escapar una risita burlona.

—¿La perfección? —Se sienta en una silla frente a mí y apoya el codo en la mesa—. No está mal, pero... tus fotos son demasiado impecables. Es como si intentases controlarlo todo.

La miro, confundido. ¿Qué se supone que significa eso? ¿Es un cumplido? ¿Una crítica? ¿Un cumplido disfrazado de crítica?

—¿Qué tiene de malo que sean impecables? —pregunto, alzando una ceja, porque no estoy seguro de querer saber la respuesta.

—Son bonitas, claro, pero… predecibles. —Mueve la mano en el aire, trazando una línea recta—. Siempre sabes lo que vas a obtener, ¿no? Tal vez deberías dejar que algo salga mal.

Hago un esfuerzo titánico por disimular la irritación que me provoca su comentario. Cada toma lleva mi sello personal, esa obsesión por la simetría y los detalles que he perfeccionado con años de práctica y una cantidad obscena de tutoriales de YouTube.

—¿Y tú qué sabrás?

—Lo suficiente para afirmar que las cosas perfectas son aburridas.

Su comentario queda flotando en el aire mientras la luz de la pantalla ilumina su rostro. Observa mis fotos como si fueran ecuaciones por resolver.

—¿Entonces crees que mis fotos son aburridas? —pregunto, cruzándome de brazos.

—No he dicho eso. —Su sonrisa es mínima, pero tiene ese brillo en los ojos que me hace sentir como si acabara de caer en una trampa—. Solo creo que te vendría bien salirte del guion. Ser menos… robot.

—¿Robot? —repito, ofendido.

—Sí, robot. —Toma una servilleta de la mesa y empieza a hacer una especie de origami improvisado—. Todo es demasiado correcto en tus fotos, Diego. La vida no es perfecta. Ni en la naturaleza ni en las personas. Lo bonito está en captarlo.

La observo en silencio, porque... tiene sentido. Más del que me gustaría admitir. Pero como admitirlo no está en mis planes, cambio de táctica.

—¿Acaso crees que podrías hacerlo mejor?

Me mira, entrecerrando los ojos.

—¿Eso es un reto?

Perfecto.

—Un desafío de fotografía. Tú contra mí. Cada uno hace su mejor interpretación de un tema y Sofía y Saúl deciden quién gana.

Valeria suelta una carcajada.

—¿Qué tema?

Miro alrededor hasta que mis ojos se posan en su cuaderno.

—Objetos cotidianos. —Lo señalo con la barbilla—. Transformar lo ordinario en extraordinario.

Ella juega con la servilleta, convirtiendo su origami en otro mientras sopesa la idea.

—Acepto. Pero con una condición: nada de obsesionarte con la simetría o el encuadre perfecto.

—¿Y tú qué? ¿Vas a dejar de analizar cada cosa como si fueras un algoritmo?

Sonríe.

—Trato hecho. —Me tiende la mano y se la estrecho antes de que pueda cambiar de idea.

—¿Plazo?

—Una semana.

Valeria asiente y se aleja hacia su habitación. Me quedo mirando la pantalla con el entusiasmo burbujeando en mi interior. Nadie me había desafiado así en mucho tiempo y, por alguna razón, eso me gusta.

Los días siguientes se llenan de una competencia silenciosa. Yo recorro la ciudad buscando inspiración en lo inesperado: el carrito del heladero en la esquina, la sombra de una bicicleta en un muro, el reflejo distorsionado de un charco en la acera… Valeria, en cambio, apenas sale. Pero cada vez que nos cruzamos, hay una chispa en su mirada.

Una noche, mientras edito mis fotos, me sorprendo pensando en lo que dijo sobre la perfección. Puede que tenga razón. Puede que haya estado demasiado obsesionado con lo correcto, olvidando que lo imperfecto también tiene su belleza.

Sonrío.

Valeria es frustrante. Es exasperante. Pero también es intrigante.

Y aunque jamás lo admitiré en voz alta, creo que me gusta

Diario de Valeria:

Nota mental: nunca subestimar la capacidad de Diego para convertir cualquier situación en un desafío personal.
Porque ¿qué otra cosa podría explicar el absurdo reto fotográfico en el que he acabado metida?
No diré que me ha gustado, ni que me ha picado la curiosidad.
Nota mental 2: Lo cotidiano tiene algo… me gustó la experiencia.
Apunte del día: Digo ha logrado sacarme de mi zona de confort y no me disgustó del todo. Esto último me fastidia un poco.

Valeria:
«Si tu idea de café es ese polvo instantáneo, mejor me apunto a una vida sin cafeína».

Diego:
«Ese polvo instantáneo salvó mi vida durante años en Chicago. Tú solo sabes de lujos».

Valeria:
«Yo sé de café. Hay una diferencia. Aprende y tal vez te conviertas en un ser civilizado».

Capítulo 13

Retos y revelaciones

Una semana después.

El día ha sido largo, aun así, muy satisfactorio. Aunque mi trabajo en el pequeño estudio fotográfico no es el pináculo de mi carrera (sí, encontré trabajo hace tres días), siento que estoy volviendo a encontrarme a mí mismo. Entre sesiones de retratos y ediciones básicas, hay algo reconfortante y, sobre todo, me alegro de volver a tener una rutina.

Salgo del estudio y camino de regreso a casa. La brisa fresca me acaricia el rostro. Mientras camino, saco el teléfono del bolsillo del pantalón y vuelvo a mirarlo. Le echo un vistazo, pese a que sé que es inútil, a nuestro chat. Nada. No hay respuesta a mis mensajes. Y de las llamadas mejor ni hablamos. Para ella, es como si yo ya no existiera. Me ha costado muchas horas en vela, pensamientos destructivos sobre mi forma de ser y de actuar, evaluar cada cosa que hice, pero… Acabo de darme cuenta de que es la primera vez que miro esta conversación en todo el día. Lo cual, ya es un logro en sí. Y es que acabo de percatarme de que hoy, por fin, no he sentido la necesidad de llamarla, por lo que mi propósito de no pensar en Mirella va viento en popa.

Al llegar al piso, meto la llave en la cerradura y escucho una discusión al otro lado de la puerta.

—No, mamá, no es así… —La voz de Valeria, tensa y más alta que de costumbre, me detiene en seco—. No voy a volver. Ni con él ni allí.

Empujo la puerta despacio, sin hacer ruido. La veo de pie en medio del salón, con el móvil pegado a la oreja y las mejillas sonrojadas por la discusión.

—No puede decirme cómo vivir mi vida. No.

Se hace silencio y luego resopla.

—Sí, lo sé. No, papá no sabe nada. Claro. Yo también te quiero.

Su voz tiembla, pero de mantiene firme a la vez. Después de ese «te quiero» cuelga y se queda inmóvil, respirando profundamente. Antes de que pueda decidir si intervengo o no, Valeria echa a caminar y se dirige a su dormitorio. Cuando entra, cierra la puerta con un golpe seco.

Pues sí que el ambiente está caldeado en casa.

¡Ea, decidido! No intervengo.

Ahora me carcome la intriga. Hasta donde sé, que es hasta dónde Saúl me ha contado, los padres de Valeria están separados. Él vive en Alemania con su nueva esposa y la madre de Valeria aquí. Poco más. Todo lo que rodea a mi compañera de piso es una incógnita.

Suspiro, sabiendo que por más que me gustaría no voy a enterarme de nada, y dejo mis cosas procurando no hacer ruido. Ni un minuto tarda la puerta en abrirse de golpe. Valeria sale apresurada, con los ojos rojos y húmedos. Se va derecha hacia el sofá y es entonces cuando nuestras miradas se encuentran.

—Estás aquí… —murmura, sorprendida.

—Lo siento, no quería interrumpir.

Ella parpadea rápidamente, como si quisiera borrar cualquier rastro de vulnerabilidad. Agarra su cuaderno, que estaba a medio abrir sobre el cojín, y se lo lleva al pecho, tal vez, usándolo de escudo.

—No pasa nada. —Su voz suena mucho más baja de lo que es habitual en ella.

Quiero decir cualquier memez que la haga sonreír, pero me he quedado en blanco. Hay algo distinto en este momento, algo que no encaja con la Valeria, que siempre tiene una respuesta lista para lanzar y eso me descoloca.

—¿Estás bien? —pregunto con mucha cautela.

Me mira y, por un segundo, creo que va a responder. Sin embargo y en lugar de eso, asiente y se va de nuevo hacia su habitación; eso sí, esta vez cierra la puerta con un golpe suave.



El viernes llega sin demasiadas novedades, aunque con un aire de expectativa. Sofía y Saúl están emocionados por el desafío fotográfico y pese a que Valeria sigue un poco distante, no ha cancelado el acuerdo. Supongo que eso es porque el enfado no es conmigo.

Hemos montado las fotografías en el salón de casa de mi hermano y a cada una de ellas les hemos puesto un título simple. Eso sí, no hay nombres ni pistas sobre quién hizo cada una. Esa es la parte más divertida del juego.

—Vale, jurado. —Levanto las manos en señal de rendición—. Sed imparciales.

—Eso es fácil. —Sofía sonríe y se coloca frente a la primera foto.

La primera imagen muestra un par de gafas abandonadas en una mesa, iluminadas por un rayo de luz que atraviesa las persianas. Es sencilla, aun así, hay algo demasiado melancólico en la composición.

—Esta tiene... —murmura Sofía, inclinándose hacia adelante, pero no acaba la frase.

La siguiente foto es completamente diferente: una cuchara torcida que refleja una cocina caótica y a la vez llena de vida. Es atrevida, un contraste casi salvaje con la primera.

—Y esta es todo lo contrario. Es... —continúa Sofía.

—Un desorden organizado —termina Saúl por ella. Se coloca a su lado, se cruza de brazos y empieza a pasear la vista de una a otra imagen, evaluándolas.

Seguimos así, recorriendo las fotografías una a una. Cada par es un contraste evidente: orden frente a caos y quietud frente a movimiento.

Cuando llegamos al final, Saúl suspira.

—Esto es imposible. No puedo elegir.

Sofía asiente.

—Es como si se complementaran. La estructura de una necesita el desbarajuste de la otra.

Valeria, que ha permanecido callada todo el tiempo, levanta una ceja.

—¿Empate? ¿Eso es todo?

—Empate. —Sofía sonríe—. Y no lo digo solo para quedar bien —añade, antes de que su amiga pueda replicar.

Miro a Valeria de reojo. Su expresión sigue siendo seria, aun así, hay un leve brillo en sus ojos, me pregunto si se sentirá aliviada con el resultado, porque yo, la verdad, empezaba a temerme perder. ¡Que soy el fotógrafo del grupo!

—Bueno, supongo que eso significa que ambos somos buenos.

Suavizo un poco el resultado, porque, por lo que veo en su cara, me da en la nariz que Valeria no lleva muy bien lo de no ganar.

Sonrío cuando la miro y me doy cuenta de que me está observando con un gesto que dice «no

te emociones demasiado». Sin poder evitarlo, me acerco un poco y le doy un codazo en el brazo.

—Vamos, admite que creías que ibas a machacarme.

Valeria resopla, pero la veo morderse el interior de la mejilla, conteniendo una sonrisa.

—Y lo sigo pensando. Solo ha sido un fallo de cálculo.

Suelto una risa y, en un gesto casi automático, le paso un brazo por los hombros con camaradería.

—Ajá, claro. Y yo solo he ganado por error.

Ella pone los ojos en blanco.

—Exacto, veo que lo vas pillando.

Pese a sus palabras, sonríe. Le doy un pequeño apretón en el hombro y levanto la mano. Ella me da las «gracias». Me descoloca. ¿Por qué? Por evitarle mi contacto. No creo, ¿no?



Dejo caer mi mochila en el sofá y me siento. Valeria, por el contrario, está sentada en la mesa, hojeando su cuaderno.

—¿Te molesta haber empatado? —pregunto, rompiendo el silencio, porque desde que se dio el veredicto ha estado bastante callada.

—No —responde sin mirarme, pero hay un ligero matiz en su voz que sugiere lo contrario.

—¿Entonces?

Levanta la vista, apoyando el codo en la mesa y me mira.

—Es solo que... no estoy acostumbrada a perder.

—¿Y empatar es perder? —Me río.

Ella no responde de inmediato. Me observa durante unos segundos, cierra el cuaderno y se levanta.

—Tal vez. Pero no te acostumbres —me contesta con una media sonrisa sincera.

La observo mientras se dirige a su habitación y, de repente, siento que el desafío no ha sido solo sobre fotografías, sino algo para entendernos el uno al otro. Y lo curioso es que los dos hemos ganado.

Valeria:
«Tus fotos en la exposición no fueron tan malas. No diré más».

Diego:
«Gracias por tu efusividad. Estoy abrumado por la emoción».

Valeria:
«Tranquilo. No volverás a escucharlo».

Capítulo 14

El inicio de algo

Es viernes por la tarde y estoy en casa de Saúl. La tele está encendida con algún programa de cocina que nadie está viendo, mientras nosotros tenemos las cervezas sobre la mesa, ya medio vacías, y charlamos de tonterías. De repente, el chef hace o dice algo, no lo tengo claro, y Sofía sale corriendo de la cocina y se planta delante de la tele. Nosotros nos callamos, porque ella nos chista para que lo hagamos. Toma nota de lo que está haciendo el cocinero y se vuelve a ir.

Me quedo con la vista puesta en la puerta de la cocina, sin entender muy bien qué ha pasado o qué está haciendo mi cuñada.

Saúl se incorpora hacia delante, captando mi atención.

—¿Sigues sin saber nada de Mirella? —pregunta, mirándome con curiosidad y con ese tono de «a ver si ya has espabilado».

—Nada. —Le doy un sorbo a mi cerveza—. Nunca me descolgó el teléfono ni me respondió a un mensaje. Supongo que eso es una respuesta en sí misma. De todos modos, me he hecho el firme propósito de no volver a hablar de ella e incluso, a ser posible, tampoco pensar.

Saúl asiente despacio, aunque no parece creérselo.

—Bueno, pues no seré yo quien mande al traste tu propósito. Me alegro, de verdad. Al menos ya lo has asumido y no estás en modo «voy a salvar esta relación a toda costa».

—No. Ahora estoy en modo «¿cómo pago el alquiler el mes que viene?». —Me río con amargura.

—Hablando de eso... —Saúl se reclina en el sofá y adopta esa expresión que indica que está a punto de soltar algo importante—. Sé que tienes el curro por horas en el estudio, pero mi padre quiere encargarte un proyecto para la empresa.

—¿Y eso? —Levanto una ceja.

—Nuestro fotógrafo está ocupado y este trabajo implica viajar. Es fotografía corporativa para una campaña con un cliente nuevo.

—¿Viajar? —repito, sintiendo un ligero nudo en el estómago. La oportunidad suena bien, pero también significa abandonar la poca estabilidad que tengo aquí.

—No está muy lejos, tan solo un par de días fuera. —Saúl me estudia—. Puedes hacerlo el finde y, de paso, llevarte a Valeria para que te haga compañía.

Me atraganto con la cerveza.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No tiene nada mejor que hacer y su trabajo va donde va ella, sin contar que tú eres el único que logra que no sea completamente insoportable.

—Vaya cumplido. —Sacudo la cabeza, pero no puedo evitar reírme.

En ese momento, el timbre suena y Sofía corre hacia la puerta.

—¿Por qué corre todo el rato? —cuestiono, viendo cómo desaparece por el pasillo.

—No intentes entenderla. Te volverías loco.

En menos de un minuto, Sofía entra con Valeria detrás de ella. Nos saluda, se acerca a la mesa y nos mira a los dos.

—Tengo hambre. ¿Vamos a pedir algo o voy a tener que cocinar? —Directa, como siempre.

—¿Nos estás invitando? —bromeo, y por primera vez en días, ella me lanza una sonrisa pequeña pero genuina.

—Digamos que soy generosa... cuando me interesa —responde, y remata la frase con un guiño rápido.

No es gran cosa. Es un simple gesto, probablemente sin importancia para ella. Pero a mí me pilla tan desprevenido que, por un segundo, me quedo en blanco. Siento que mi cerebro se ha desconectado por completo y tan solo soy consciente de un molesto cosquilleo en el estómago.

Parpadeo, me recompongo y me obligo a soltar aire como si nada.

—Vaya, qué detalle. ¿Y el postre también corre de tu cuenta? —digo, con una media sonrisa.

Valeria entrecierra los ojos. Luego ladea la cabeza y, con una lentitud casi deliberada, deja caer:

—Depende de qué entiendas por postre.

Y ahí está otra vez. Esa maldita sensación en el estómago.

Me aclaro la garganta y levanto las manos en gesto de rendición.

—Tranquila, no quiero abusar de tu buen corazón.

—Bien pensado —responde ella, divertida, antes de girarse con esa sonrisa que, por alguna razón, me deja un poco más inquieto de lo normal.

Suelto una risa de circunstancia y me vuelvo hacia mi hermano, que me observa en silencio y menea la cabeza, reprimiendo la risa.

—¡¿Qué?! —mi pregunta suena a gruñido.

—Nada —espeta.

De acuerdo, dejo el tema. No quiero continuar por ahí. Sin embargo, mientras retomamos la conversación, hay una parte de mí que sigue anclada en el momento del guiño.

¡Maldito guiño!

Diario de Valeria:

Hoy he cometido dos errores: Un gesto automático y una broma común sobre el postre.
Nota mental: Un guiño de mi parte puede lograr que el cerebro de Diego haga cortocircuito.
Nota mental 2: Me da satisfacción ganar a Diego (sea del modo que sea, aunque mi fuerte siempre es verbal).
No era mi intención que sonara con segundas. ¿O sí?
Da igual. Lo importante es que he ganado. Y eso, para mí, ya es un postre en sí mismo.
Apunte del día: Diego debería venir con un manual de instrucciones. O, al menos, con una advertencia clara sobre los efectos secundarios de sus comentarios.
Nota adicional: evitar contacto visual en futuras menciones a postres. **Por precaución.**

Diego:
«He comprado un café que no es polvo instantáneo. ¿Punto para mí? ¿Lo celebramos con una taza?».

Valeria:
«Solo acepto si no hablas durante la primera media hora».

Capítulo 15

Primera no cita

Valeria está en la cocina preparando el café con un nivel de concentración que hasta asusta. Yo la observo desde el sofá, preguntándome en qué momento de locura accedí a llevarla conmigo en este viaje. Saúl y Sofía tienen gran parte de la culpa, eso seguro. Entre los dos me convencieron de que no era buena idea viajar solo a mitad de la nada. Que si «un poco de compañía te vendrá bien», que si «Valeria necesita salir más y ver mundo». Bla, bla, bla. La idea era que ella disfrutara. No sé si lo logrará, pero a mí ya me han fastidiado la paz.

—Espero que no conduzcas igual que trabajas —dice Valeria sin apartar la vista del café que sostiene entre las manos.

Frunzo el ceño.

—Ya sabes cómo conduzco… —Ella me mira con desconfianza—. El Pinsapar… ¿recuerdas?

—Por eso lo digo.

Entrecierro los ojos. Me temo lo peor.

—¿Se puede saber qué insinúas?

—Prestas demasiada atención a los detalles.

—¿Y eso es malo?

—Podría serlo si eso significa que vamos a tardar dos días en hacer un viaje de dos horas.

Le doy un sorbo a mi café instantáneo solo por molestarla, porque sé que lo desprecia. En realidad, el suyo está mejor.

—Tranquila, el trayecto será lo bastante largo para que me critiques todo lo que quieras. Y si no, conduce tú. Es tu coche.

Ella no responde, pero veo cómo se le tensan los labios en una mueca contenida. Perfecto. Punto para mí.



Su coche no es precisamente el epítome del lujo. Ni de la modernidad. Ni siquiera de la comodidad, pero cumple su función. Y, sinceramente, no entiendo por qué sigue con esta chatarra cuando gana lo suficiente para permitirse algo mejor. No me atrevo a preguntarlo porque, dependiendo del día, puedo encontrarme con Dulce Valeria o con Chucky Valeria. Y hoy no sé cuál está conmigo hoy.

Va de copiloto, con las piernas cruzadas y el ceño fruncido, absorta en su famoso cuaderno. Siempre lo lleva encima, como si le hubieran implantado un chip que la obliga a sacarlo en cualquier momento libre. Me mata la curiosidad porque jamás deja que vea lo que escribe. Siempre pone la tapa hacia arriba, bloqueando mi visión.

—¿Sabes que eso es peor que los que leen en el móvil? —comento, señalándolo.

Ella levanta la vista con una ceja arqueada.

—¿Perdón?

—Leer en el coche. Te vas a marear. Y si lo haces, no pienso parar a cada rato.

—Nunca me mareo. Y si lo hiciera, sé gestionarlo como un adulto funcional.

—Claro. Lo que tú digas.

Valeria cierra el cuaderno de golpe. Sé que es su forma de desafiarme.

—¿Por qué lo llevas siempre? —pregunto, incapaz de contenerme.

—¿Por qué eres tan pesado con el tema? —responde, con una chispa en los ojos que me desconcierta.

—Llámalo curiosidad profesional.

—Llámalo cotilleo.

Lo dice sin su tono cortante habitual. Es más sutil, casi... cómplice.

Dejo el tema, pero solo porque el coche empieza a dar señales de necesitar gasolina.

Paro en una gasolinera y, mientras lleno el depósito, Valeria se baja y desaparece en la tienda. Cuando regresa, lleva una bolsa de patatas fritas y una botella de agua.

—¿Es para compartir? —pregunto, abriendo la puerta del conductor.

—No, es para mí. Si quieres algo, aún tienes tiempo de ir a comprarlo.

—Estás empezando a ser un problema, ¿lo sabías?

Ella sonríe con suficiencia antes de darle un trago al agua.

—Es lo que dicen.

El viaje se vuelve una pequeña locura cuando el GPS decide rebelarse contra nosotros y dejar de funcionar en el peor momento posible. Y, por supuesto, Valeria está más interesada en los paisajes rurales que en ayudarme a encontrar el camino.

—¿No puedes, no sé, usar el móvil para algo útil? —digo, irritado.

Ella sigue mirando por la ventana, ensimismada con las ovejas que pastan tranquilamente.

—Estoy observando, Diego. Por si no lo sabías, es lo que hacemos las personas interesantes.

—Pues las personas interesantes también deberían ayudar a no perdernos en mitad del campo.

Después de lo que parece una eternidad, finalmente se digna a buscar la ruta correcta en el móvil y conseguimos llegar al destino, aunque más tarde de lo previsto.

El pueblo es pequeño y encantador, con casas blancas encaramadas en la colina y una luz dorada que lo baña todo con el atardecer. Me sorprende lo inspirado que me siento, pero no pienso decírselo a Valeria.

Ella se baja del coche y observa el entorno con su expresión analítica habitual.

—Bueno, al menos es un sitio bonito —admite.

—Gracias, creo.

El hotel está dos calles más atrás de donde hemos aparcado. Dos calles en cuesta. Dos calles pensadas para atletas olímpicos. Llego a la recepción sintiendo que he envejecido cinco años en el trayecto.

Nos registramos. Dos habitaciones. Una enfrente de la otra.

Nada más entrar en la mía, me dejo caer en la cama. Estoy agotado y mañana será un día largo.

Cierro los ojos, pero un recuerdo inesperado se cuela en mi cabeza. La expresión de Valeria en el coche cuando me miró tras mi comentario sobre su cuaderno.

Es complicada, borde, con un sentido del humor afilado, pero también tiene chispa, es inteligente y… es un misterio.

Y lo peor es que me doy cuenta de que me intriga más de lo que me gustaría admitir.

Diario de Valeria:

Anotación rápida antes de que se me cierren los ojos por el agotamiento:
Razones por las que un viaje con Diego no es precisamente relajante:

1. Habla demasiado. O peor aún, pregunta demasiado.
2. Conduce como si estuviera componiendo una imagen perfecta en cada curva. Al milímetro. Y claro, ¿a quién se le ocurre mencionarlo en voz alta? Exacto. A mí.
3. La combinación de cansancio y café está empezando a afectar a mi percepción y reparo en detalles que… mejor ignorar.

Nota mental: Mañana, evitar contacto visual prolongado. Y esconder mejor el cuaderno.

Capítulo 16

Un viaje y dos misterios

El desayuno del hotel tiene el atractivo de un cartón mojado, aunque a Valeria parece no importarle demasiado. Y eso me extraña. Con lo gruñona que es… No sé, quizá aún no se ha espabilado del todo. Si es así, debería quedarse adormilada todo el viaje.

La observo en silencio. Está sentada frente a mí, sorbiendo café mientras la tostada se enfría en el plato. No deja de revisar su cuaderno, lo sostiene en un ángulo estratégico, lo justo para que no pueda ver nada desde donde estoy. ¿De verdad es tan importante lo que hay ahí como para ignorar un desayuno que ya de por sí es bastante triste?

—Necesito que vengas conmigo —le digo, rompiendo el silencio que nos envuelve desde que nos sentamos. De paso, así deja de mirar sus dichosas paginitas.

Levanta la mirada con expresión escéptica, como si le estuviese pidiendo que escalara el Everest en chanclas y con un mono a cuestas.

—¿Al trabajo? ¿Por qué?

—Tengo que hacer unas fotos para una fábrica. Eduardo dice que el cliente quiere un enfoque… —hago una pausa, buscando la palabra adecuada— artístico.

—Artístico. ¿En una fábrica? —El sarcasmo que destila es casi tan denso como el hormigón que voy a fotografiar.

—Exacto. *Ladrillos con alma* sería un buen título. —Sonrío con suficiencia, pero ella no se ríe.

—¿Y por qué necesitas que vaya?

—Pues… —Buena pregunta—. No sé, podrías ayudarme con el equipo, tomar notas, mirar mal a los trabajadores… Lo básico y normal para ti.

Se inclina hacia atrás, cierra el cuaderno y cruza los brazos con deliberación.

—No soy tu asistente, Diego.

—Ni lo pretendo. Pero puedes considerarlo una excursión educativa. Además, después de viajar dos horas en coche conmigo, ¿qué es una visita a una fábrica?

Su ceja se arquea. Bingo, he captado su atención.

—Tienes diez minutos para estar lista —añado antes de que cambie de opinión.

Suspira con dramatismo, pero el gesto de desaprobación con el que me mira le quita impacto.

—Tú ganas, pero no me pidas que cargue cosas pesadas.

—Jamás. Para eso estoy yo. Soy un burro de carga profesional.



La fábrica es enorme, con chimeneas rojas y paredes de ladrillo que contrastan con el cielo azul. El aire huele a metal caliente y madera recién cortada, una combinación extraña pero curiosamente agradable. Valeria me sigue como una sombra. Escucho sus pasos resonando en el suelo de cemento.

—¿Siempre eliges sitios tan pintorescos para trabajar? —pregunta, echando un vistazo a las enormes máquinas que dominan el espacio. Me sorprende verla interesada en estos armatostes.

—No subestimes el poder visual de un buen engranaje oxidado.

Ella me responde con una mirada divertida y una sonrisa fugaz. Otro punto para mí.

Mientras monto la cámara en el trípode y ajusto la lente, la dejo detrás. Pero sé que me está observando. La sensación de su mirada fija en mi espalda me incomoda.

—¿Qué pasa? —pregunto sin girarme.

—Nada. Es solo que pareces… —hace una pausa, como si buscara la palabra adecuada— diferente cuando trabajas.

—¿Diferente cómo?

—Más concentrado. Más seguro de ti mismo.

Parpadeo. ¿Seguro de mí mismo? Esa no me la esperaba.

—¿Eso es un piropo?

Sonríe de lado.

—No te emociones. Solo me sorprende verte tomarte algo en serio.

—Tengo mis momentos.

Ella asiente y vuelve su atención a las máquinas.

Empiezo a disparar la cámara, captando ángulos, moviéndome por el espacio en busca del encuadre perfecto. Mientras tanto, Valeria curiosea. De vez en cuando, sin que se dé cuenta, mi mirada se desvía hacia ella.

Y entonces me detengo.

Está fuera de la fábrica, observándolo todo con la curiosidad de un gato explorando un territorio nuevo. Se inclina sobre una máquina, toca los engranajes con fascinación.

Dejo lo que estoy haciendo y camino hacia la entrada sin apartar los ojos de ella. El pelo le cae hacia adelante, tapándole parte del rostro. Cuando se lo aparta distraídamente, noto algo que hasta ahora había pasado por alto. Quizá sea la luz, o lo relajada que se ve en este momento, pero hay una suavidad en sus facciones que contrasta con la lengua afilada a la que me tiene acostumbrado.

Frunce el ceño, concentrada. Y descubro, con sorpresa, que ese gesto le queda absurdamente bien.

—¿Qué haces? —pregunto, acercándome un poco más.

—Intento entender cómo funciona esto.

—Gira y aplasta. Más o menos lo mismo que está haciendo mi vida últimamente.

Se ríe. Una carcajada espontánea, auténtica. Y me pilla por sorpresa. Otra vez.

Sonrío sin pensarlo.

Me quedo mirándola un segundo de más. Hay algo en su risa, en cómo se le iluminan los ojos, en la curvita traviesa de su boca, en la arruga que se le forma en la nariz… Joder. ¿Desde cuándo me fijo en esas cosas?

Por primera vez en mucho tiempo, olvido la cámara y la idea de capturar el momento, porque no hay foto que pueda hacerle justicia a lo que acabo de presenciar.

Así es ella. Así es Valeria.

Meneo la cabeza para sacudirme la sensación. Mejor no pensar en esto.

Me doy la vuelta y sigo con lo mío. Mientras tanto, ella sigue explorando a sus anchas.



De regreso al hotel, Valeria se encierra en su habitación casi al instante. Dice que necesita una ducha para quitarse el olor a moho del pelo. Así que quedamos en vernos a la hora de cenar.

Yo, que soy menos exquisito con el aroma capilar, aprovecho para revisar las fotos de la sesión. Mejor dejarlo hecho ahora y así enseñárselas a Eduardo en cuanto lleguemos.

Llevo un buen rato liado con esto, concentrado en el ordenador, cuando escucho la puerta. Me levanto y abro. No sé si sorprenderme o no al verla plantada en el pasillo, aunque lo que sí me sorprende es que no lleve su puñetero cuadernito secreto.

La dejo pasar y vuelvo a mi sitio, sobre el pequeño escritorio frente a la cama.

—¿Qué haces? —pregunta, inclinándose para mirar la pantalla.

Apoya las manos en mis hombros y, de repente, noto un tirón en el pantalón. Un ligero desajuste interno, por llamarlo de algún modo.

No, no. Vamos a cortar esto de raíz. Me obligo a concentrarme en la pantalla.

—Revisando las fotos. Intento ajustarlas y…

—¿Las estás mejorando o empeorando?

—¿Esa es tu manera de preguntarme si me considero bueno en mi trabajo? Creí que en el curro era diferente.

Valeria se encoge de hombros, pero no se mueve. Sigue ahí, de pie junto a mí, observando cada imagen que pasa por la pantalla.

—Tus fotos son buenas —dice de repente, justo cuando me detengo en una en la que la luz del sol entra por una rendija de la ventana—. Pero no transmiten.

Levanto la vista, descolocado. Me giro y, de repente, estamos frente a frente.

No sé qué esperaba; desde luego no esto: su cara tan cerca de la mía, su mirada clavada en la mía. Apenas dura un segundo, pero algo me revuelve el estómago. Una sensación parecida a esa alerta que lanza el cerebro cuando detecta «peligro». Y, aun así, sigues adelante.

Valeria se aparta como si nada y camina hasta la cama, dejándose caer en el filo. Yo salgo del trance en el que me he metido solo.

¿He mencionado ya que acabo de darme cuenta de que sus ojos tienen un matiz verdoso?

—Es difícil con el decorado que tenía, ¿sabes?

Ella niega con la cabeza. Y no porque no esté de acuerdo con mi comentario, sino porque está a años luz de lo que realmente quería decir.

—No, no me refiero a eso. Está claro que el sitio no era para un reportaje de bodas. Hablo de que… no parecen tuyas.

Frunzo el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Son impecables, técnicamente hablando, pero les falta algo. Tu impronta. Eso que haga que, al verlas, se sepa que son tuyas.

Su comentario me descoloca. No puedo evitar reírme.

—¿Y qué sugieres? ¿Un selfie en la esquina?

Valeria sonríe, pero noto que no es una sonrisa del todo sincera. Hay algo más detrás.

—Solo intento decirte que, a veces, lo más interesante es lo que no planeamos.

—¿Como tu cuaderno? —pregunto, cambiando deliberadamente de tema.

Porque una cosa es un comentario sin importancia y otra muy distinta que una aficionada me dé lecciones sobre mi trabajo.

Lo pilla al vuelo. Se tensa en cuanto lo menciono y sé que he dado en el blanco. Siempre ocurre cuando sale a relucir el dichoso cuaderno.

—Eso no es interesante.

—No lo sería si no lo escondieras.

Se queda en silencio y, por un momento, pienso que se va a largar. Pero en lugar de eso, se acomoda en la cama, cruzando las piernas bajo el trasero, estilo buda.

—Es un espacio solo para mí y mis pensamientos.

—¿Solo para ti? ¿Y qué guardas ahí?

—Lo que no se puede decir.

Frunzo el ceño, pero me callo. Porque no sé qué responder a eso.

Nos miramos un instante. Luego, Valeria se deja caer de espaldas en la cama, dando por finalizada la conversación. Así que yo vuelvo al ordenador.

Pero algo en su tono me deja pensando que su cuaderno no es solo un diario. Es algo más. Algo que no está lista para compartir.

Y, aunque me fastidie admitirlo, me muero de curiosidad.

Diario de Valeria:

Hoy he aprendido varias cosas:

1. Si pasas suficiente tiempo rodeada de maquinaria gigante, terminas acostumbrándote a su ruido.
2. Si pasas suficiente tiempo rodeada de Diego, te das cuenta de que también tiene un modo «silencioso». Y es raro.
3. Si pasas suficiente tiempo con él te das cuenta de que se me queda mirando de una forma que no termino de descifrar. Pero no voy a pensar demasiado en eso.

Nota mental: hay algo… inquietante en eso. No sé qué. **Tampoco quiero saberlo.**
Conclusión: los reportajes de publicidad industrial son más interesantes de lo que esperaba. Pero no por las razones correctas.

Valeria:
«¿Crees normal dejar las luces del baño encendidas toda la noche? ¿O vivimos en una central eléctrica y no lo sabía?».

Diego:
«Perdón, es que pensé que era una trampa para mosquitos sofisticada».

Valeria:
«Genial. Lo que no atrapaste fue el sentido común».

Capítulo 17

Juntos pero no revueltos

Es de noche y, por raro que parezca después del día que hemos tenido, los dos estamos en el salón.

Ella en un extremo del sofá, con su cuaderno en el regazo. Yo en el otro, con el portátil.

—¿Qué escribes? —pregunto, rompiendo el silencio, porque empiezo a sospechar que Valeria podría pasarse días sin hablar si se lo propusiera—. ¿Sobre mí?

Contra todo pronóstico, sonríe sin levantar la vista.

—Mira qué eres pesado con el tema. Además, eres demasiado predecible.

—¿Predecible? —repito, fingiendo indignación—. Yo diría que soy un enigma envuelto en un doble halo de misterio.

Elevo las cejas en un gesto cómico, intentando quitarle hierro al asunto. Hoy hemos tenido suficiente tensión como para escribir un libro.

Valeria suelta una risa breve y vuelve a centrarse en sus páginas. Parece más relajada. Bien. Al menos, la convivencia va volviendo a su cauce.

—Deberías intentar ser menos tú a veces, Diego.

—Y tú deberías intentar ser menos tú. Pero aquí estamos. Siendo nosotros.

—Ya.

Lo dice en un tono que no encaja con la conversación. Demasiado melancólico.

—Podría ayudarte.

Levanta la mirada, sin entender a qué me refiero.

Le echo una de reojo al cuaderno.

—Podrías titularlo, por ejemplo: *Diego, el hombre que quemaba las sartenes*.

Su risa es tan inesperada como breve. Lo cierra de golpe.

—¿Sabes qué podrías hacer?

La observo con atención. A ver con qué delicadeza me sorprende ahora.

—Podrías probar a estar calladito. Te sorprendería lo bien que se siente uno en silencio.

—Oh, claro. Silencio absoluto. Ideal para convertirme en un mueble más de esta casa.—Y entonces, sin filtro, sin pensarlo, sin puñetera lógica, añado—: Al final, no vas a ser tan diferente de Mirella.

En cuanto las palabras salen de mi boca, lo sé.

Error.

Valeria me mira, molesta. No, qué digo. Cabreada. Mucho.

Me aprieto el puente de la nariz, arrepintiéndome al instante.

—Vale… —empiezo.

Pero ya es tarde.

Se levanta sin mirarme.

Unos segundos después, la puerta de su habitación se cierra de golpe.

Joder.

¡¿Por qué cojones he dicho eso?!

Diario de Valeria:

Aporte del día: Las palabras no deberían afectarte si vienen de alguien que no te importa.
(¡EL MUY IMBÉCIL ME HA COMPARADO CON SU EX!)
No. No, no, no. No pienso perder el tiempo con esto.
(Pero aquí estás, escribiendo como una desgraciada porque no puedes sacártelo de la cabeza.)
Que le den.
Diego es un bocazas ✔
Un inconsciente ✔
Un idiota sin filtro que dispara estupideces sin ton ni son porque no tiene nada más interesante que hacer en la vida ✔
¡Y yo soy aún más idiota por dejar que me afecte! ✔
Nota mental: No me afecta. Es una comparación absurda.
De todas las cosas que podría haber dicho, de todas las maneras en las que podría haberme tocado las narices, va y elige **ESA.**
¿Cómo se atreve? **¿Cómo se atreve a ponerme en la misma categoría que esa mujer que lo ninguneó y no supo ver lo que tenía?**
Conclusión: ¡QUE LE DEN!
No me importa lo que piense.
No me importa lo que diga.
No me importa Diego.
Sí que me importa.

Diego:
«Perdón por lo del cuaderno. No era mi intención entrometerme».
«Ah, y por lo de Mirella. Fue un golpe bajo y una mentira más grande que esta casa».

Valeria:
«Pues si es como esta casa, creo que empezaré a replantearme el parecido».
«Ahora en serio: aceptadas las disculpas».
«Aun así, todavía no sabes dónde va la sartén grande».

Diego:
«De verdad que necesito saberlo: ¿desde cuándo eres la Reina del Orden? Por cierto, mucho hablar de las sartenes, pero no te veo usarlas».

Valeria:
«Es que prefiero no quemar las cosas, como tú haces con tus tostadas».

Diego:
«Ese es mi estilo. Se llama “carbonizado artístico”».

Capítulo 18

Cruzando la línea

La tarde cae despacio, pintando el salón con tonos cálidos de naranja y dorado. Estoy en el sofá con la cámara en las manos, revisando las fotos del proyecto de Eduardo. Ya lo entregué, pero sigo repasándolas porque, sinceramente, me sorprende haber conseguido algo decente. Incluso logrado y con espíritu, teniendo en cuenta el desafío que fue sacarlas adelante. Sí, estoy satisfecho. Lo cual es raro en mí. Aun así, no lo admito en voz alta.

Al otro lado de la habitación, Valeria está en el sillón junto a la ventana, con su cuaderno en las rodillas. Lleva un buen rato ahí, en silencio, escribiendo o dibujando o planeando el colapso del sistema capitalista. A saber. Ni idea de qué hace con ese cuaderno, pero hay algo en su expresión, en la forma en la que el sol dibuja sombras en su cara, que me resulta... diferente. Demasiado interesante para mi tranquilidad.

—¿Por qué me miras? —pregunta sin levantar la vista.

Parpadeo, sorprendido. No me había dado cuenta de que me había quedado mirándola.

—¿Quién dice que te estoy mirando?

—Simplemente, lo sé —Cierra el cuaderno y lo deja en el brazo del sillón antes de girarse hacia mí—. ¿Es por lo del lavavajillas? Porque ya lo arreglé esta mañana.

Me río, aunque intento que suene casual. Estoy demasiado ocupado procesando el hecho de que la estaba observando con estos ojos.

—No, no es por el lavavajillas.

—Entonces, ¿por qué?

Levanto la cámara y finjo tomarle una foto.

—Solo quería captar la luz.

Me mira, arqueando una ceja.

—¿La luz?

—La luz y esa cara de «sé algo que tú no sabes».

Valeria se acomoda en el sillón, me observa con curiosidad y ese punto de desafío que me descoloca más de lo que debería.

—Sé muchas cosas que tú no sabes —responde con autosuficiencia.

—Ya, claro.

No voy a entrar al trapo. A veces me pregunto si realmente no se da cuenta de que suena petulante o si simplemente le gusta serlo y el resto del mundo le da igual.

—¿Quieres que te diga qué pienso?

—¿Sobre qué? —pregunto, aunque sé que esto es una trampa.

—Sobre ti.

Dejo la cámara en la mesa y me recuesto en el sofá.

—Esto es interesante. Adelante, ilumíname.

—Eres un fotógrafo con mucho talento, pero no te lo crees. —Su tono es directo. Diplomacia cero—. Y para colmo, conviertes todo en una broma cuando te incomoda.

—¿Solo eso?

—No. También eres un desastre organizativo, pero eso ya lo sabías antes de que yo llegase.

—Gracias por el análisis psicológico gratuito, doctora Freud.

Sonríe y se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—De nada.

Minutos después, se levanta, deja el cuaderno en el sillón y se va a la cocina. La sigo con la mirada porque... bueno, la sigo. Punto. Estoy en mi casa y miro adonde me da la gana.

—¿Quieres un té? —pregunta desde allí.

—¿Es tu forma de disculparte por llamarme desastre?

—No. Es mi forma de demostrar que soy mejor persona que tú, que te hiciste un café hace un rato y ni me preguntaste.

Me estiro exageradamente y la sigo hasta la cocina. Mientras busca las tazas, me apoyo en la encimera, observándola en silencio.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta sin mirarme, concentrada en preparar el té.

—Nada. Solo estaba pensando que es muy probable que hagas el peor té del mundo.

Se gira con las manos en las caderas.

—¿Quieres apostar?

—¿Cómo se apuesta en algo así?

—Si digo que hago un té mejor que tú, lo demuestro.

—Y si pierdes…

—No voy a perder —me interrumpe.

Mientras hierve el agua, decido tantear terreno.

—¿Por qué fuiste a vivir con Saúl y Sofía?

Se detiene un segundo. Mi pregunta la ha pillado por sorpresa. Llevo semanas preguntándomelo, pero nunca lo digo en voz alta porque Valeria no habla mucho de sí misma y, si se lo planteo en mal momento, es capaz de mandarme a paseo.

—Por varias razones. Una de ellas es que necesitaba un cambio de escenario.

—¿Y Alemania?

El día que me enteré de que vivía allí, confirmé que estaba más loca de lo que pensaba.

—¿Qué pasa con Alemania?

—A ver, pasar de un país a otro en coche, cruzando media Europa, no es un simple «cambio de escenario». Es un cambio de vida.

—Cada uno tiene su percepción.

—¿Y por qué no viniste en avión?

—No me gustan los aeropuertos —responde, como si eso lo explicase todo.

—Tampoco conducir —le recuerdo.

—Ya, pero es mi coche. No iba a dejarlo allí.

—Así que condujiste todo el camino… sola

Menudo razonamiento de mierda el mío.

Asiente, sin añadir nada más. Siento que hay más en su historia, pero no la voy a presionar. Conociéndola, ya ha hablado más de lo que tenía previsto.

De vuelta en el salón, nos sentamos en el sofá, con apenas un par de centímetros entre nosotros. No lo menciono ni me muevo.

—Entonces, ¿qué opinas? —pregunta, levantando su taza hacia mí.

—No está mal —admito—. Aunque le falta un poco de… no sé…

—Te juro que si dices «le falta amor», tiro esta taza por la ventana.

—Iba a decir azúcar, pero ahora me haces pensar que sí, que le falta amor.

Valeria se ríe y, por un momento, todo parece relajado entre nosotros. Me giro hacia ella y nuestras miradas se cruzan. Algo cambia. No sé cómo describirlo, pero es la misma sensación que me invade cada vez que estamos así, demasiado cerca.

Sin pensarlo mucho, alzo la mano y le aparto el mechón de pelo que siempre se le cae sobre la cara, lo sostiene, juega con él, se desestresa con ese gesto. Lo coloco detrás de su oreja. Podría decir que no es nada, un gesto simple, pero no lo es. El escalofrío que me recorre cuando su piel roza la punta de mis dedos me hace tragar saliva.

—Te vas a quedar calva de tanto tocarte el pelo —murmuro, porque necesito romper la tensión.

Valeria ladea la cabeza y me dedica una sonrisa de esas que nunca sé interpretar.

—Y tú te vas a quedar sin mano si sigues metiéndola donde no debes.

Se gira con fingida indiferencia, pero no se aleja. Y yo tampoco.

Después, deja la taza en la mesa y se recuesta en el sofá, imponiendo distancia.

—¿Qué miras ahora? —pregunta, y lo curioso no es que otra vez sepa que la estoy mirando, sino que no suena tan segura como antes.

—Nada —respondo, aunque es mentira.

Nos quedamos en silencio. Solo hay una cosa rondándome la cabeza, y sé que es una idea terrible. Pero no la descarto.

Justo cuando estoy pensando en acercarme un poco más, Valeria se levanta de golpe.

—Voy a darme una ducha —dice sin mirarme.

—Claro —respondo, fingiendo indiferencia.

La veo desaparecer por el pasillo y me quedo aquí, preguntándome qué demonios acaba de pasar.

Diario de Valeria:

Hoy he hecho té. Nadie ha muerto. Éxito total.
Pero luego Diego ha decidido arruinar mi tranquilidad mirándome demasiado tiempo. Por un momento, pensé que tenía algo en la cara. Pero creo que estaba pensando algo que no deberías querer saber.
Nota mental: Mi cerebro no sabe cómo reaccionar ante el hecho de que me apartara un mechón de pelo.
¿Motivo? Ninguno. Creo.
Resumen:
El té no era veneno ✔
Diego sigue vivo (por ahora) ✔
Yo no he huido. Solo he ejecutado una retirada estratégica ✔
Urge una ducha fría.

Valeria:
«Nota: El lavavajillas no se carga solo. Por si no lo sabías».

Diego:
«Gracias por la aclaración. ¿Sabías que los fantasmas también pueden cargarlo? Pero necesitan instrucciones claras».

Valeria:
«Si encuentras al fantasma, dile que necesitamos ayuda con el horno también».

Capítulo 19

Las comparaciones son odiosas

El mensaje llega temprano, o tarde, dependiendo del lado del charco en el que te encuentres. Estoy terminando mi café cuando la notificación parpadea en mi móvil y, al verla, casi me atraganto y un nudo familiar se me forma en el estómago. ¿Mirella?

«Diego, he estado pensando mucho en nosotros. Siento haberme ido así. Cometí un error. Me gustaría que hablásemos».

Leo el mensaje tres veces, buscando un subtexto que no sé si está ahí. Mirella no es de las que se disculpan. En los tres años que estuvimos juntos, nunca admitió haber cometido un solo error. Quizá por eso este mensaje me descoloca tanto.

Me quedo mirando la pantalla, con el dedo suspendido sobre la opción de responder. Dudo. Una parte de mí quiere hacerlo, pero otra parte de mí quiere borrarlo todo y fingir que nunca lo he recibido. Y, por paradójico que parezca, hay otra parte, la más molesta, por cierto, que no puede evitar preguntarse cómo encaja Valeria en todo esto.

Porque ella está aquí ahora, ajena a lo que pasa por mi cabeza, sentada en el otro extremo del sofá con su ordenador portátil, trabajando porque debe entregar mañana un manuscrito traducido al alemán, y, pese a que no tiene nada que ver con Mirella, no puedo evitar compararlas. Mirella nunca habría podido quedarse tranquila dibujando mientras yo me descomponía mirando el teléfono. Habría exigido saber qué me preocupaba. Habría insistido hasta arrancarme una respuesta y luego habría convertido mi problema en el suyo.

Valeria, en cambio, posee su propio universo paralelo.

—¿Estás bien? —pregunta sin levantar la vista de su cuaderno.

Pues no, no es tan paralelo. A veces pienso que tiene ojos en el cogote.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque llevas casi cinco minutos mirando el móvil con una cara de pánico que parece que fuese una bomba a punto a explotar.

Sonrío a medias y dejo el teléfono sobre la mesa.

—No te preocupes, no es nada que no pueda lidiar.

Asiente, convencida y vuelve la atención a su trabajo. Mirella, sin embargo, habría exigido detalles. Valeria, simplemente, acepta mi respuesta y sigue a lo suyo. Es frustrante y refrescante al mismo tiempo.

Reflexiono en lo que tengo en mente para hacer hoy, porque, entre otras cosas, necesito aire, espacio y algo que me haga dejar de pensar en ese mensaje. Decido que es un buen momento para salir a comprar un par de cosas que hacen falta, si es que a esta hora ya está abierto el súper.

—Ahora vuelvo —le digo.

Su única respuesta es un levantamiento del dedo pulgar.



Mientras reviso en mi portátil las fotos de un proyecto reciente que me han encargado desde el estudio de fotografía en el que trabajo por horas, miro de reojo a Valeria, concentrada en sus propios quehaceres. A pesar de estar en la misma habitación, la sensación de distancia entre ambos es palpable. Pero lo sorprendentes es que es un tipo diferente de distancia. No es la indiferencia cargada que solía sentir con Mirella en los últimos meses, cuando parecía que el océano entre nosotros era más real que figurado. Esto es… otra cosa.

No puedo evitar observarla por el rabillo del ojo a cada rato. Esa manera en que su bolígrafo se desliza sobre el papel, rápida y precisa, sin despegar la mirada de la pantalla del ordenando mientras va anotando vete a saber qué. Con Mirella nunca tuve esa curiosidad de saber qué hacía o pensaba; su vida parecía más pulida, más exhibible. Mi ex era como una revista de diseño expuesta en cada *stand* en lugar de un boceto lleno de tachones y colores fuera de las líneas.

El silencio entre los dos se siente cómodo, pero también pesa, porque me gustaría distraerme y dejar de compararlas y pensar gilipolleces varias. Quizá, por eso me lanzo, sin meditarlo demasiado.

—¿Te interesa unirte a mí mañana? —pregunto, cerrando el portátil de golpe.

Valeria levanta la vista. Al mirarme, sus ojos reflejan sorpresa y eso es algo que no esperaba. Con Mirella, habría anticipado su reacción: un levantamiento de ceja cargado de juicio o una pregunta sobre si valía la pena perder su tiempo por hacer alguna de mis tonterías.

—¿Unirme a qué?

—A una sesión de fotos. Es personal, nada de encargos. Estoy probando un estilo más íntimo, menos estructurado.

Arquea una ceja, dudando, pero con un brillo despuntando en los ojos. Sé que le encanta la idea de que me haya aplicado su «consejo» de ser menos cuadriculado a la hora de enfocar el objetivo.

—¿Íntimo? ¿Esa es una forma sutil de pedirme que pose para ti? Porque, te aviso, tengo un talento especial para arruinar las fotos.

—Tranquila, no tengo intención de que tu cara estropee mi trabajo.

«Más bien todo lo contrario», termino en mi mente. Evidentemente, no se lo voy a decir o es capaz de lanzarme el portátil a la cabeza.

Al oírme, su ceja se alza un poco y su mirada se endurece o eso me parece, porque con Valeria nunca sé cómo acertar. Mirella me habría respondido con frialdad elegante. Valeria, en cambio, es de las que dispara sin filtro.

—Qué motivador, Diego. Ahora quiero ir solo para asegurarme de que «mi cara» no arruine tu arte.

—Perfecto. Entonces, mañana te quiero lista a las nueve.

Capítulo 20

Objetivo compartido

El parque es tranquilo, con árboles enormes y bancos que han visto días mejores. Perfecto para lo que tengo en mente. Mientras preparo la cámara, noto que Valeria lo observa todo con una mezcla de curiosidad y escepticismo, como si estuviera en una especie de experimento social en el que no ha dado su consentimiento. Mirella, en su lugar, habría lanzado preguntas técnicas o alguna de sus «sugerencias», esas que en realidad solo servían para señalarme lo que estaba haciendo mal.

—¿Cuál es el plan, maestro? —pregunta Valeria, cruzándose de brazos y mirándome como quien observa a alguien que está a punto de ofrecerle la estafa del siglo.

—Capturar pequeños detalles, emociones sutiles. Quiero que la gente sienta al mirar estas fotos.

—Ajá. —Frunce los labios y asiente despacio, intentando no reírse en mi cara—. ¿Y crees que un montón de hojas y ramas va a conseguir eso?

—Depende de cómo lo mires.

Avanzo y coloco el trípode donde quiero, cámara en mano. No le he dicho que me siga, pero lo hace de todos modos, aunque con esa actitud de quien ha sido *obligado* a estar aquí. Empiezo a disparar, aun así, me es imposible concentrarme con su mirada clavada en mí, analizándome como si esperara que en cualquier momento hiciera algo absurdo. Mirella también solía observarme, aunque con esa paciencia condescendiente de quien cree que sabe más que tú. Valeria, en cambio… no sé. Es distinto.

—¿Qué? —pregunto sin apartar la vista del visor.

—Nada. Solo me preguntaba si había alguna emoción sutil en ese ceño fruncido.

Me río, porque es imposible no hacerlo. Sé que me está picando, y lo peor es que lo consigue.

—¿Sabes qué? —me giro hacia ella—. Si tanto sabes, toma la cámara.

Valeria se queda boquiabierta un segundo. Luego, suelta una sonrisa lenta, de esas que anuncian problemas.

—¿Estás seguro? Podría, sin querer, mejorar tu gran obra maestra.

—Te reto.

Esa es la clave. Sé que esas dos palabras activan algo en ella, como cuando a Saúl y a mí nos decíamos «no hay cojones». Lo que no esperaba era que aceptara con tanta seriedad. Se acerca, me quita la cámara con una seguridad irritante y empieza a moverse, explorando como si viera el mundo a través de otro filtro.

De repente, se detiene, enfoca y dispara.

Escucho el clic y, por puro reflejo, me acerco a mirar.

Es un contraluz espectacular: un árbol inmenso con hojas caídas al fondo, pero no es solo eso. La forma en que ha capturado la luz y las sombras le da un aire melancólico, como si el árbol estuviera a punto de soltar una cita filosófica sobre la vida.

—No está mal.

—«No está mal» —repite, devolviéndome la cámara. Su sonrisa triunfante me dice que sabe que estoy impresionado.

Diario de Valeria:

He ganado un reto de fotografía sin querer ✔
Diego ha intentado disimular que le ha dolido ✔
Spoiler: no lo ha conseguido.
Nota mental: No comprar una cámara. No es lo mío eso del encuadre con profundidad artística.
Nota mental 2: Si Diego dice «te reto», mi sentido de la competitividad se activa.
Lo mejor ha sido su cara al ver mi foto. Durante un segundo, ha sido como ver a un ordenador colapsando con la pantalla en azul. Luego ha intentado recomponerse con un «no está mal». Ajá, claro. Como si eso no fuera la forma sutil de decir «¿cómo narices lo has hecho?».
En fin. Qué pena no haberle sacado una foto a ese momento.
Apunte del día: recordárselo en cada oportunidad.

Valeria:
«¿Por qué me hiciste una foto con cara de estar buscando mi alma en el horizonte? Acabo de verla. ¿Ese es tu concepto de amistad?».

Diego:
«No, buscaba misterio. Pero, claro, eso depende de si la modelo colabora o pone cara de estar en un examen de matemáticas».

Valeria:
«No es mi culpa si no me avisas cuando vas a disparar. ¿Qué esperabas, una sonrisa de anuncio? Para eso, contrata a una profesional».
«Ah, las matemáticas no eran mi fuerte. Aun así, jamás puse esa cara».

Diego:
«Punto para ti. Yo soy team calculadora».
«Y también soy team de sonrisas no forzadas. Pero hay que admitir que tu cara de "odio este mundo" tiene potencial artístico».

Valeria:
«He pensado en titular tu serie: “Cómo aparentar ser profundo con el foco adecuado”. ¿Te gusta?».

Diego:
«Me encanta. Pensaba llamarla “Retratos de una chica con demasiado sarcasmo y un cuaderno misterioso”.

Valeria:
«Deja en paz mi cuaderno o la próxima sesión será sobre tu cara estrellada contra la pared. Sin sarcasmo».

Diego:
«Relájate, Bruce Lee. Solo digo que alguien debería documentar ese cuaderno antes de que se convierta en material de museo».

Valeria:
«Lo que de verdad me sorprende es que sigas queriendo usarme de modelo. Debes de tener algún tipo de fetiche artístico con la incomodidad».

Diego:
«La incomodidad genera autenticidad. Y tú eres una mina de oro en eso. ¿Otra sesión este fin de semana?».

Valeria:
«Depende. ¿Qué prefieres esta vez: cara de examen o de quiero desaparecer?».

Diego:
«Sorpréndeme. Pero, por favor, sin amenazas ni miradas asesinas».

Valeria:
«Nota: No soy tan complicada como crees. Quizás, la próxima sesión de fotos sea mi momento para verte incómodo. ¿Te apuntas?».

Diego:
«¿Eso es un desafío? Porque si lo es, acepto. Pero prepárate, soy buenísimo escondiendo mi incomodidad».

Valeria:
«Eso habrá que verlo. Dudo que seas tan bueno como dices. Por ahora, me debes un café decente y unas disculpas por lo de "cara de examen"».

Diego:
«Primero, yo no me disculpo por la verdad. Segundo, el café será tu recompensa si logras sacarme alguna foto decente. ¿Trato hecho?».

Valeria:
«Trato hecho. Prepárate para perder. Esto va a ser divertido».

Capítulo 21

Al desnudo

La idea de esta sesión de fotos nació entre bromas en la nevera y ahora ya no hay vuelta atrás. Me río al ver a Valeria mirándome desde el marco de la puerta con una pose que grita a los cuatro vientos «esto no tiene sentido, pero aquí estoy». Cómo no, lleva el cuaderno bajo el brazo y, como siempre, no puedo evitar preguntarme hasta qué punto ese dichoso cuaderno es más importante para ella que cualquier otra cosa en este mundo.

—Está bien —dice, rompiendo el silencio—. ¿Cómo planeas humillarme esta vez? —pregunta, cruzándose de brazos, sin despegar los ojos de mí.

—No vas a tener tanta suerte. Hoy no tengo intención de humillarte, solo de fotografiarte.

—¿Y eso no es lo mismo? —Arquea una ceja y da un paso hacia el improvisado set que he montado en la sala.

La luz natural entra por las ventanas, bañando el espacio con tonos cálidos. Valeria se deja caer en el taburete con tal desidia que cualquiera diría que vamos a hacer la cosa más aburrida del mundo.

—¿Empezamos ya o me vas a dejar aquí criando telarañas? —pregunta, mientras juega con el borde de su camisa, porque sí, se ha quitado el pijama enorme que siempre lleva en casa y se ha puesto unos vaqueros bien pegados y una camisa blanca. Se ha arreglado el pelo, que siempre lleva desgreñado y hasta se ha maquillado. Si es que… por mucho que me diga, sé que la idea le gusta. Solo hay que ver lo guapa que está.

—Empezamos. Empezamos. Claro —respondo en cuanto la palabra «guapa» aparece en mi cabeza, destacando sobre el resto con luces de neón. Para disimular, levanto la cámara y empiezo a ajustarla—. Solo... quédate ahí. Natural.

—¿Natural? ¿Qué significa eso para ti? Porque para mí es mirar el móvil mientras desayuno.

Sonrío con disimulo.

—Significa que no hagas esas caras raras que sueles hacer cada vez que te pongo frente a la cámara.

Frunce los labios de manera exagerada y entrecierra los ojos.

—¿Así?

Disparo una foto en el acto.

—Perfecto. Esto irá directo a mi nueva serie: *Retratos de Gente con Problemas*.

—Qué creativo. Seguro que ganará un premio. —Rueda los ojos, aunque sé que en el fondo se está divirtiendo.

Le pido que cambie de posición y, pese a que lo hace, sigue manteniendo esa expresión de burla. Disparo varias fotos más, pero ninguna es lo que estoy buscando.

—¿Puedes dejar de parecer una caricatura durante dos segundos?

—¿Y perder mi encanto natural? Ni hablar.

Me río, porque es imposible no hacerlo.

—Sujeta tu cuaderno —le pido. No sé de dónde sale esa idea, simplemente, sale, así, sin más.

Por primera vez desde que hemos empezado con esta sesión tan particular, la expresión de Valeria cambia. Lo mira, casi como si fuera una parte de sí misma que no quiere compartir, y después me mira a mí, reacia, pero al final lo toma y lo sostiene contra su pecho.

—¿Así está bien, maestro? —pregunta, eso sí, más suave que antes, que eso ya es un avance.

—Perfecto.

Disparo una foto y luego, otra más desde un ángulo contrario. Y esta vez, todo es diferente. No es la luz ni la composición. Es ella. Tengo la impresión de que se ve más vulnerable, es como si ese cuaderno que sostiene con fuerza fuera un escudo que no puede apartar, pero que tampoco está segura de querer sostener.

Cuando reviso las fotos, siento algo que no puedo explicar. No sé si es por la forma en que agarra el cuaderno o es por la mirada que he conseguido captarle, pero hay algo ahí, en ella, en ese momento que me hace querer saber más.

Levanto la vista y la veo moviendo la cabeza para apartarse el mechón de pelo rebelde que insiste en caerle sobre la cara. Sin pensar demasiado, alargo la mano y se lo coloco con el resto, sujetándolo un segundo entre mis dedos, como si le hiciera una coleta imaginaria.

—¿Qué haces? —pregunta, frunciendo el ceño, aunque sin moverse.

—Te lo recojo. Me agobia verte con tanto pelo en la cara.

—Ajá… —Su mirada me analiza, no entiendo por qué se empeña en descifrar una cosa que empieza a ser tan obvia—. ¿Peinas a todas tus modelos o es un servicio exclusivo para compañeras de piso?

Sonrío y suelto su cabello con un leve tirón juguetón.

—Es solo para las que se quedan quietas y no me muerden si me acerco.

Rueda los ojos, pero el leve rubor en sus mejillas la delata cuando se gira de inmediato para seguir posando.

Levanto la cámara otra vez, pero no disparo de inmediato. Me tomo un segundo más para observarla. Quiero capturar no solo la imagen, sino también lo que hay detrás de ella.

Valeria se mueve incómoda bajo mi mirada. Se remueve en su silla, reajusta la forma en la que sostiene el cuaderno y, por un instante, me pregunto si he ido demasiado lejos. Si he tocado algo que, tal vez, no debería haber rozado siquiera.

—¿Se puede saber cuándo vas a terminar de mirarme como si fueses un crítico de arte? —me interrumpe, volviendo a su tono habitual. ¡Se acabó el momento de paz!

—Estoy procurando entender cómo alguien tan sarcástica como tú puede, a la vez, ser tan interesante de fotografiar.

—Talento natural lo llaman.

Sonrío con su respuesta y ella me responde igual. Después, le pido que se cambie al sofá, y a pesar del resoplido que lanza, lo hace sin protestar demasiado. Se sienta y cruza las piernas.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, disimula, que no se note estás planeando mi muerte.

Valeria suelta una carcajada genuina y pese a que me quedo abstraído mirándola, no pierdo la oportunidad de disparar otra foto.

—Eres imposible, ¿lo sabías?

—Eso me dicen —contesta, bastante pagada de sí misma.

Cuando acabamos, me dejo caer en el sofá junto a ella. Reviso la pantalla de mi cámara y me deleito con las imágenes que tengo delante.

—¿Qué ves en estas fotos? —me pregunta.

—Veo a alguien que esconde mucho más de lo que debería.

Por un segundo, y siendo consciente de la mirada que me ha dedicado, creo que me va a responder de manera mordaz; en lugar de eso, se queda en silencio.

—Y tú, ¿qué ves? —indago, girando la cámara hacia ella, deseando que me conteste y acabe con ese extraño silencio que se ha instaurado entre nosotros.

—A alguien que insiste en descubrirlo —responde, sin apartar los ojos de mí.

Diario de Valeria

Nota mental: No volver a posar para Diego. **Nunca.**
Resumen exprés: órdenes innecesarias, comentarios cuestionables y un mechón de pelo fuera de lugar. Ah, y psicoanálisis gratuito a través de una cámara.
Apunte del día: ¿Quién habla así en la vida real? ¿Nos hemos convertido en los protagonistas de un thriller psicológico sin darnos cuenta?
Conclusión:
—Diego sigue empeñado en ver cosas que no existen.
—Yo sigo sin entender por qué no le dije algo sarcástico y zanjé el tema.
—Y, lo peor, sigo sin saber por qué no quiero zanjarlo.

Valeria:
«¿La próxima sesión incluirá un cheque por mis servicios de modelo? Pregunto por curiosidad profesional».

Diego:
«Ya te pago en sarcasmos, que es tu moneda favorita».

Valeria:
«He decidido cobrar regalías por cada foto que uses. Prepárate para la bancarrota».

Diego:
«Perfecto, espero que aceptes de pago una vida entera de buenos recuerdos».

Valeria:
«Una de las fotos que tomaste me gusta. Esto no es un cumplido. Es una observación objetiva».

Diego:
«Voy a enmarcar tu comentario. Será la obra de arte más rara y cara de mi colección».

Valeria:
«Tu habilidad para capturar "lo oculto" es asombrosa. Aunque mi nariz torcida no estaba en la oferta».

Diego:
«Tu nariz no es el problema. El problema es que te niegas a posar».

Valeria:
«Deberías aprender a fotografiar algo más simple. Como piedras. No se quejan ni hacen preguntas».

Diego:
«Buena idea. Aunque prefiero seguir trabajando con sujetos que, al menos, me miran con ojos expresivos. Hasta las piedras tienen competencia».

Capítulo 22

Mala decisión

Estoy recogiendo la mesa después del desayuno cuando algo me llama la atención desde el sofá. El cuaderno de Valeria.

Solo con verlo, con sus esquinas gastadas y la tapa llena de pequeños arañazos, noto cómo me sube la adrenalina. Es como si ese maldito objeto tuviera un campo magnético, un aura de misterio que me atrae y me susurra que lo coja.

Miro hacia el pasillo. La puerta de su habitación sigue cerrada.

«Está ocupada».

Me acerco un poco más. Escucho ruido de cosas moviéndose dentro.

«Es ahora o nunca».

Camino de puntillas hasta el sofá mientras mi lado perverso me convence de que no estoy haciendo nada malo. Solo voy a echar un vistazo. Rápido. Ni siquiera voy a leer, solo ver qué hay dentro. Si es un diario, lo cierro de inmediato. Lo juro.

Con cuidado, lo abro. Cierro los ojos un segundo por puro instinto, como si eso pudiera absolverme de la invasión de privacidad que estoy a punto de cometer. Luego los entreabro, despacio.

La página que se despliega ante mí está llena de colores y formas irregulares. No es lo que esperaba.

Papeles recortados en formas absurdas que, de algún modo, encajan entre sí. Trazos en lápiz y bolígrafo cruzan los recortes, como si pelearan por el espacio. Líneas negras. Manchas azules. Y, en una esquina, una palabra escrita en letra minúscula.

«Caos».

Trago saliva. La palabra que podría describir a Valeria… pero también a mí.

A mi vida.

A lo que Mirella dejó atrás.

Y ahora está Valeria, con su presencia desconcertante y su sarcasmo afilado, sumándole capas a una confusión que ya de por sí era suficiente.

Paso la vista a la página de al lado. No tiene recortes, solo garabatos. Un remolino de tinta negra en el centro y círculos concéntricos en lápiz expandiéndose hacia los bordes. Algo en esa imagen me resulta familiar, aunque no sé por qué.

—¡¿Qué estás haciendo?!

Su voz corta el aire como un cuchillo.

Doy un respingo y cierro el cuaderno de golpe. El sonido resuena en el silencio de la sala. Me giro con las manos en alto, como si estuviera enfrentándome a un policía.

—Yo… no quería invadir tu privacidad. Estaba recogiendo y lo vi abierto.

Valeria está en la entrada, con los brazos cruzados y una mirada que podría partirme en dos. No es la expresión divertida y desafiante con la que suele mirarme. Es fría. Demasiado fría.

—¿Y te pareció una buena idea mirar lo que no es tuyo?

Su tono no tiene rastro de su habitual sarcasmo.

La he jodido. Pero bien. ¡Puta curiosidad!

—No ha sido intencionado, te lo juro. Solo… estaba ahí y…

Camina hasta el sofá. Sus pasos son lentos, pero firmes. Se agacha, recoge el cuaderno y lo aprieta contra su pecho.

—Esto es mío. Ni tú ni nadie tiene derecho a verlo. Es privado.

—Lo sé. Lo siento, de verdad, Valeria. No quería…

—Déjalo, Diego.

Su voz suena agotada. No está gritando. No está soltando pullas. Ni siquiera está enfadada.

Está decepcionada.

Y eso es peor.

Por un instante, creo ver un brillo en sus ojos antes de que baje la mirada. Luego, sin decir nada más, se da la vuelta y desaparece en su habitación, cerrando la puerta tras ella.



Me quedo en el sofá, procesando la cagada monumental que acabo de cometer.

Sabía que no debía mirar el cuaderno. Y aun así, lo hice.

Y lo que vi… me dejó tocado e intrigado.

Mirella también era un enigma al principio. Una persona que me fascinaba. Pero con el tiempo, su misterio se convirtió en distancia. Y luego, en resentimiento.

¿Estoy repitiendo el mismo patrón?

Me levanto y voy a la cocina a por un vaso de agua. Bebo despacio, con la mirada clavada en la puerta cerrada de Valeria. Apenas he visto una hoja de su cuaderno, pero sigue en mi cabeza. ¿Qué es lo que tanto oculta? ¿Por qué es tan importante para ella?

Y, lo más inquietante: ¿por qué siento que de alguna manera me incumbe?

Pienso en ir a buscarla, en disculparme otra vez. Pero sé que no va a servir de nada.

Me arrepiento.

Enciendo la televisión, aunque no presto atención a lo que están dando. El resto del día transcurre en un silencio incómodo. Valeria no sale de su habitación ni siquiera para comer.

Y yo, por primera vez en mucho tiempo, siento que he cruzado un límite que no debía.



Por la noche, la puerta de su habitación se abre.

Valeria aparece por fin. No me mira al pasar junto a mí camino de la cocina.

—¿Cenamos? —pregunto, queriendo romper esta tensión que me consume.

—No tengo hambre.

No sé si es orgullo, enfado o ambas cosas. Pero me jode.

Me levanto y voy tras ella. En la cocina, se prepara un té sin mirarme.

—Valeria, de verdad que lo siento. No tenía derecho a mirar tu cuaderno.

—No, no lo tenías —responde sin levantar la vista.

—¿Podemos… no sé, volver a estar como antes? No me gusta este silencio.

Se gira hacia mí, con la taza de té entre las manos. Su expresión es más serena, pero sigue

habiendo algo entre nosotros que no estaba ahí antes.

—Diego, hay cosas en mi vida que no comparto. No porque no quiera, sino porque no sé cómo hacerlo —dice, con un susurro que casi no reconozco como suyo—. Y tú has abierto una puerta que siempre ha estado cerrada.

—Lo sé. Lo siento. No tienes que contarme nada.

Ella suspira.

—Es que… no es fácil para mí. Eso es todo.

—Lo entiendo. Y si te sirve de algo, lamento haberme entrometido.

Por un momento, nuestros ojos se encuentran en un silencio que pesa más que cualquier palabra.

Finalmente, Valeria asiente.

—Gracias.

Y se va.

Diario de Valeria

Nota mental: Prender fuego al cuaderno y empezar una nueva vida en la montaña.
Diego lo ha leído. O ha mirado más de la cuenta, que para el caso es lo mismo. No sé qué esperaba encontrar, pero, felicidades, ha cruzado una línea. Una de esas que ni siquiera debería saber que existen.
Se ha disculpado. Muchas veces. Demasiadas. Y lo peor es que sé que lo siente.
Nota mental 2: la confianza no es un grifo que abres y cierras cuando te da la gana. Se rompe en un segundo y arreglarla… bueno, suerte con eso.
Apunte del día: no estoy enfadada. Ojalá lo estuviera. Estar enfadada es fácil. Pero esto… esto es peor.

Diego:
«Siento lo del cuaderno. No fue mi intención. ¿Café mañana? Lo dejo preparado si quieres».

Valeria:
¿Alguna preferencia de cena? Estoy pensando en algo que no incluya no sé... ¿círculos concéntricos?

Diego:
«Nota mental: no tocar el cuaderno».
«Nota práctica: ¿cuándo vuelvo a estar en tu lista de gente tolerable?».

Valeria:
«Me estoy quedando sin ideas para escribir en esta pizarra. ¿Un garabato para variar?».

Diego:
«Vale, oficialmente me doy por vencido. ¿Quieres dibujar una línea en esta guerra fría? Yo puedo poner los círculos alrededor».

Valeria
«No dibujes nada en mi lado de la pizarra».

Diego:
«Gracias por la respuesta. Has hecho que este día sea un 10. Bueno, un 7. Pero algo es algo».

Capítulo 23

Un Karaoke, las estrellas y un cuaderno desvelado

La noche comienza con el lío típico que Saúl y Sofía suelen invocar cada vez que organizan un plan en casa. Idaira, la prima de Valeria, ha llegado arrasando igual que un vendaval junto a su novio Nacho. No sé si es la energía arrolladora de Idaira o el hecho de que Nacho es una versión hiperactiva de Saúl, pero en pocos minutos han convertido el salón en un carnaval de risas, bromas y argumentos inútiles sobre si el vino blanco se sirve frío o no.

Valeria, en cambio, está callada, me aventuraría a decir que daría lo que fuese por ser invisible. Me he dado cuenta de que lleva días esquiva, sus respuestas son demasiado cortas incluso para ella y su mirada es huidiza. Aunque dice que me ha perdonado por lo del cuaderno, no siento que estemos igual que antes; al menos, ella no.

De todos modos, no estoy yo tampoco para pensar demasiado en el estado de humor del resto. Esta tarde he recibido un nuevo mensaje de Mirella. No le respondí al anterior y pensé que había captado la indirecta, al igual que hice yo cuando ella se fue y comenzó a ignorarme. Pero no, por lo visto, solo me estaba dando un margen de tiempo para pensar.

«Perdóname. He estado pensando mucho. ¿Podemos hablar?».

Lo leí, más o menos, unas cinco mil veces, intentando descifrar si lo decía en serio o si, simplemente, no soporta la idea de haber fracasado en algo. No le contesté. No sé qué decirle. ¿Hablar? ¿De qué? ¿De cómo me amargó el plan de futuro que tenía para nosotros? ¿De cómo se largó sin una nota? ¿De cómo se llevó el dinero de nuestra cuenta bancaria? La verdad, no sé si tengo muy claro que quiera hablar con ella.

Mientras lo pienso, miro a Valeria. Siento que ella ocupa un espacio que, hasta el momento, ni siquiera sabía que estaba vacío.

Es raro. Todo es raro.

—Diego, ¿tú qué opinas? —me pregunta Idaira de repente, sacándome de mis pensamientos.

Levanto la mirada de mi servilleta y veo que está sosteniendo una copa de vino como un fuera un trofeo, mientras Nacho y Saúl discuten sobre no sé qué, porque no estaba prestando atención.

—¿Opinar sobre qué exactamente?—respondo, disimulando que, en realidad, me importa poco de lo que están hablando.

—Sobre si las copas grandes hacen que el vino sepa mejor o solo es un truco para venderlas más caras —explica Nacho con tal seriedad que me hace pensar que el destino de la humanidad dependiese de la respuesta.

—Yo solo sé que si bebemos lo suficiente, el vino sabe igual en todas las copas. —Mi comentario arranca risas, excepto de Valeria, que está al margen, sentada en el brazo del sofá.

Después de eso, empieza un coro de ruido y frases que son imposibles de entender. Dirijo toda mi atención hacia ella, que sigue a lo suyo.

—A veces, necesita su espacio. No te preocupes —me dice Sofía, que está sentada a mi lado y se ha percatado de que dirijo toda mi atención a su mejor amiga.

—Lo sé —aseguro—, pero… ahora vuelvo.

Me acerco hasta ella.

—¿Todo bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? —responde sin mirarme. Me crispa los nervios que se comporte así.

—No sé. Llevas días en modo avión.

—Estoy ahorrando batería.

Sonrío, pese a que su respuesta no despeja mi inquietud. Es frustrante no saber qué le pasa, pero me trago las ganas de insistir. Antes de que pueda seguir, Idaira aparece entre nosotros, interrumpiendo con su típica energía.

—¡Vamos a hacer un karaoke! —declara, ni que eso fuese la idea más brillante del mundo.

—¿Karaoke? —pregunto, mirando a Saúl con desesperación. Él levanta las manos en un gesto de rendición.

—Valeria, tú tienes que cantar —dice Idaira, ignorando el evidente rechazo en la cara de su prima.

—Prefiero ser una espectadora.

—¿Y tú, Diego? —Idaira me señala con un dedo acusador.

—Solo canto en bodas, y si estoy borracho.

La sala estalla en risas, excepto Valeria, que apenas sonríe.

La locura que se monta en el salón cuando Sofia saca el micrófono y todos empiezan a berrear cual grupo de *heavy metal* de aficionados. Veo que Valeria se escabulle, tapándose los oídos y no, el modo en el que lo hace no es gracioso. Lo cierto es que se la ve bastante molesta. La pierdo de vista cuando sale a la terraza. Me quedo de pie sin saber qué hacer hasta que, ignorando mis dudas, salgo tras ella.

Está apoyada en la barandilla, mirando al horizonte con una expresión pensativa.

—¿Escapando del espectáculo inhumano que están dando? —le pregunto, acercándome y colocándome a su lado.

—Escapando de todo. —Su respuesta es apenas un susurro.

Me apoyo junto a ella, dejando que el silencio nos envuelva. La noche está fresca y las luces de la ciudad parpadean en la distancia. Es uno de esos momentos en los que no hace falta decir nada… aunque, siendo sinceros, hay mucho que quiero preguntar.

—¿Valeria? —Rompo el silencio con cuidado.

—¿Qué?

—He estado pensando en lo que dijiste antes… sobre ahorrar batería.

Ella gira la cabeza hacia mí, con una ceja levantada.

—¿En serio? De todas las cosas interesantes que digo, ¿te quedas con esa?

—Sí. —Sonrío—. Es que no creo que sea cierto.

—¿Y qué crees?

—Creo que estás evitando algo, o a alguien, y quiero saber qué… o a quién.

Valeria me mira durante un largo rato y tengo la impresión de que está evaluando si merece la pena responderme. Al final, suspira y vuelve a mirar al horizonte.

—No todo debe tener una explicación, Diego.

—¿Ni siquiera lo que pasó con tu cuaderno?

Su postura se tensa al instante y me arrepiento de haber sacado el tema. Si es que aprieto las tuercas más de lo que se puede. Ya me lo decía mi madre, que era demasiado cojonero.

—Diego...

—Lo siento, es que no puedo evitar preguntarme…

—Ese es tu problema, no el mío.

Inspiro hondo y el silencio se vuelve a imponer entre nosotros. No sé ella, pero yo lo siento muy incómodo.

—Valeria, ¿puedo preguntarte algo?

—Puedes intentarlo. —Esta vez me mira al contestarme y, aunque su respuesta no es clara, hay algo en sus ojos que me invita a seguir.

—¿Me dejarías ver una página? —suelto, en un susurro.

—¿No se supone que ya la has visto? ¿O no has tenido suficiente?

—Solo una —insisto e ignoro lo que me ha dicho.

—¿Por qué?

—Porque quiero entenderte.

Valeria me observa por unos segundos. Cuando pienso que se va a dar a media vuelta y se va a unir al grupo que está cantando *La, la, lá* en el salón, me sorprende. Con un movimiento lento, saca el cuaderno que está dentro de su enorme bolso, sobre la silla. Abre una página cualquiera y lo coloca en la barandilla.

—Se mira pero no se toca —me advierte.

Asiento con una sonrisa de satisfacción, que me es imposible de disimular.

Me quedo mirando lo que tengo frente a mí. En la hoja hay una composición de líneas inconexas que parecen chocar entre sí, pero que también convergen en un punto de calma absoluta.

—Hice esto el día que decidí dejarlo todo atrás e irme de Alemania —me explica en un murmullo.

—¿Qué pasó para que tomases una decisión así de drástica?

Al oírme, cierra el cuaderno de golpe.

—No todo el mundo tiene una historia interesante para contar en voz alta.

—¿No me vas a contar entonces por qué te fuiste?

—Porque necesitaba empezar de cero.

Después de eso, se apoya sobre el cuaderno y nos quedamos en silencio, mirando el horizonte.

Respiro despacio, evitando romper el momento. Sin pensarlo demasiado, paso un brazo por sus hombros, un gesto que, últimamente, me sale casi por instinto y con más frecuencia de la que debería. Valeria me mira de reojo, quizá pensando que me va a dar un codazo en las costillas para que me aleje. Ya sé que no es muy dada al contacto (o eso dice), pero yo lo echo de menos.

De repente, gira el rostro y se queda muy cerquita del mío.

Mis ojos se desvían hacia sus labios y…

—¿Sabes? Esto sería mucho más reconfortante si no apestaras a perfume barato.

Vale, no, no me ha dado un codazo…

Sonrío, a pesar de que, por dentro, siento que me desmorono un poco.

—No es barato, es vintage —replico sin perder el toque chistoso que ella espera, aunque sé que la batalla está perdida.

Por un instante, parece dudar. Luego, con una sonrisa un poco traviesa, me dice:

—Bueno, supongo que el vintage también tiene su encanto... al igual que tú.

Su comentario me pilla por sorpresa, ya que no sé si son las palabras o el modo en el que las pronuncia, o quizá esa sonrisa que me lanza… pero algo en mi pecho se afloja. Me asombra aún más cuando noto que se acomoda un poco más bajo mi brazo, apoyando la cabeza en mi hombro. Y lo más sorprendente es que esto se siente lo más natural del mundo.

Nos quedamos así, en silencio, mirando el paisaje, pese a que yo no vea nada, porque solo soy consciente del puñetero nudo que me aprieta el estómago. Esto es tan tranquilo y tan íntimo, que no me atrevo a romperlo con una broma.

Cuando volvemos al salón, Idaira y Nacho están cantando una mezcla de ópera y reguetón. Saúl y Sofía aplauden, entre risas, mientras que yo miro a Valeria de reojo con más preguntas

que respuestas en mi cabeza.

No sé qué siento por ella. Lo único que sé es que me importa más de lo que estoy dispuesto a admitir, incluso, a mí mismo.

Diario de Valeria:

Cosas que no deberían haber pasado esta noche:
—Yo en un karaoke.
—Yo en un karaoke rodeada de gente que canta con más entusiasmo que oído.
—Yo en un karaoke rodeada de gente que canta con más entusiasmo que oído… y sin posibilidad de huida.
Nota mental: Todavía no encuentro razón o motivo para enseñarle a Diego *esa* hoja de mi cuaderno. ¿Quería que me entendiera?
Nota mental 2: **No repetir**. Error de principiante.
Apunte del día: Ocurrió algo que claramente desafía toda lógica y sentido común, he acabado apoyada en su hombro. Y lo peor es que no me ha molestado. Ni un poco.
Nota mental (crítica): Sistema de defensa en mantenimiento. Urge revisión.

Diego:
«Anoche fue muy buena la compañía».

Valeria:
«Espero que no te refieras a Nacho y su voz llena de gallos cantando *We Will Rock You*».

Diego:
«Me refería a ti. Qué borde eres por la mañana».

Valeria:
«Y tú, muy valiente al escribir».

Diego:
«¿Qué le voy a hacer? Me inspiras».

Capítulo 24

Momentos robados

Valeria y yo terminamos en el parque después de un desayuno rápido. Idea suya, claro: un «paseo creativo» para que ambos salgamos de la rutina. Está dibujando en su cuaderno mientras yo ajusto el enfoque de mi cámara, fingiendo que me interesa más la textura de los árboles que ella y lo que está haciendo.

Su perfil me atrapa. La forma en la que inclina la cabeza al pasar de una página a otra, cómo su ceño se frunce ligeramente antes de esbozar lo que sea que esté dibujando. Casi sin darme cuenta, ya he apuntado la cámara hacia ella.

El clic de la obturación rompe el silencio. Valeria alza la vista, sorprendida.

—¿Acabas de… tomarme una foto? —pregunta con incredulidad, cerrando el cuaderno de golpe.

—No he podido evitarlo. Era un buen… ¿momento? —respondo, encogiéndome de hombros.

—Un buen momento habría sido si hubieses pedido permiso antes —replica, y su tono es tan cortante que me hace sentir como un niño pillado robando galletas.

—Lo siento, tienes razón. Pero en mi defensa diré que estabas muy concentrada y… bueno...

Me mira y sé que se debate entre varias opciones, una de ellas, probablemente, lanzarme una piedra a la cabeza. Finalmente, su expresión se suaviza.

—¿Puedo verla?

—Solo si prometes no criticar mi encuadre.

Asiente con una sonrisa fugaz, pero no se mueve, así que me acerco.

Le paso la cámara y observa la foto en silencio. Su expresión es ilegible, sin embargo, hay algo en sus ojos que cambia mientras la mira.

—¿Qué? ¿A que no es tan mala? —bromeo, intentando romper la tensión.

—No. Es buena. Demasiado buena —admite en voz baja, casi para sí misma. Luego me devuelve la cámara—. Pero no vuelvas a hacerlo sin permiso.

Le doy la razón, aunque ya sé que esa foto ya tiene un lugar especial en mi colección.



De vuelta en casa, Valeria está más callada de lo habitual, absorta en sus pensamientos. No sé si es por la foto o por otra cosa, pero decido averiguarlo mientras preparo café.

—¿Te ocurre algo?

Ella levanta la vista, como si se hubiera olvidado de que yo estaba aquí.

—No, nada. Solo… pensaba en algunas cosas.

—¿Por ejemplo? ¡Deléitame!

Cierra el cuaderno en el que dibujaba y lo deja a un lado. Su mirada se cruza con la mía y suspira.

—En Alemania. Y en todo lo que dejé allí.

No digo nada, dándole espacio para continuar. ¡Para una vez que habla de ella! Finalmente, se inclina hacia adelante y apoya los codos en las rodillas.

—Me fui porque sentía que me estaba ahogando. Todo era… demasiado. Las expectativas, los planes que otros tenían para mí… Nunca tuve tiempo para decidir qué quería de verdad.

—¿Y ahora ya lo sabes?

Se encoge de hombros.

—No del todo. Pero creo que estoy más cerca.

Hay algo en su forma de hablar que me recuerda a Mirella. Y eso que se parecen tanto como un huevo a una castaña. Sin embargo, es por ese modo de ver la vida, como si el mundo entero conspirara en su contra y cada decisión fuera una batalla imposible de ganar. Pero no, son diferentes. Porque mientras Mirella siempre buscaba la manera de vencer la guerra, Valeria solo intenta encontrar su lugar en ella.

—¿Y tú? —pregunta de repente—. ¿Qué estás buscando, Diego?

—Buena pregunta —respondo con una risa nerviosa, más automática que sincera—. Creo que aún lo estoy descifrando.

Valeria sonríe, pero ese gesto no llega a sus ojos, los cuales, por cierto, siguen siendo un misterio.

—Bueno, al menos hoy no le has hecho fotos a los árboles. Eso es un avance.

Su comentario me saca una carcajada, y por suerte, la tensión se disipa.

Esa noche, mientras reviso las fotos del día, el mensaje de Mirella vuelve a mi mente. Sus palabras, e incluso la imagen que ha enviado, han sido elegidas para hacerme sentir culpable. Para recordarme lo que perdí. Como si pudiera olvidar que fue ella la que se marchó, la que me perdió a mí.

Justo cuando me planteo responderle, veo la foto de Valeria en mi cámara. Su expresión, esa mezcla de concentración y vulnerabilidad, parece contar una historia diferente. Y entonces dejo el móvil a un lado, porque me doy cuenta de que yo no he perdido nada. Y, por tanto, no necesito recuperarlo.

Diario de Valeria:

Nota mental: Cuando organice un «paseo creativo», especificar en negrita, subrayado y con amenaza implícita que NO incluye fotos sorpresa.
La foto no es mala. Es buena. Demasiado buena. Por eso, solo me he limitado a un «no lo vuelvas a hacer». (Lo volverá a hacer).
Nota mental 2: Me gusta esa cara de «¿yo? ¿haciendo algo indebido? Imposible» que pone a veces (tacharlo después)
Aporte del día: Más tarde, hemos hablado. Sin ironías, sin evasivas, sin ese muro de sarcasmo entre los dos. De Alemania, de lo que dejamos atrás, de lo que todavía no sabemos si queremos encontrar. Y, por primera vez en mucho tiempo, he sentido que alguien me entendía sin necesidad de explicaciones.
Conclusión:
—No tengo claro hacia dónde voy.
—Pero sí sé que no quiero retroceder.
—Y que Diego sigue siendo un peligro con una cámara en las manos.

Diego:

«¿No te dejaste nada en Alemania o es que ya no tienes dinero para el billete de vuelta?».

Valeria:

«Lo único de lo que me olvidé es de mí misma, pero, tranquilo, estoy trabajando en ello».

Diego:

«Un día me explicarás cómo puedes ser un caos y un orden tan claro al mismo tiempo».

Valeria:

«Y tú me explicarás por qué siempre miras más allá de lo evidente».

Capítulo 25

Confesiones

El sol del mediodía entra por la ventana del salón mientras Valeria se pelea con una caja de cartón con el filo de una cuchara. Estoy en la cocina, preparando un café instantáneo, porque sé que eso la irrita un poco, bastante, y lo disfruto más de lo que debería. La miro desde lejos, entre curioso y divertido. Su lucha contra el adhesivo de la caja parece más épica que la batalla final de *El señor de los anillos*.

—¿Te ayudo? —pregunto, apoyándome en el marco de la puerta con la taza en la mano.

—No. Esto es entre la caja y yo —responde con una determinación exagerada, como si fuera la heroína principal de un western de los de antes.

No puedo evitar reírme. Su forma de abordar las cosas más simples me desconcierta y me fascina al mismo tiempo. Tras observarla unos segundos más, decido intervenir. Me acerco y tiro del adhesivo con un movimiento brusco. La caja se abre de inmediato.

—Gracias por robarme la victoria —dice, fulminándome con la mirada—. ¿Qué harás después? ¿Salvar gatitos de los árboles para presumir de héroe?

—Lo siento, *superwoman*.

Ella suelta una risa nasal y comienza a sacar cosas de la caja. Nos quedamos unos segundos en un silencio cómodo mientras va sacando libros. Entre ellos, reconozco un ejemplar de *Rayuela* y una colección de fotografías en blanco y negro.

—¿Te gusta Cortázar? —pregunto.

—Me gusta la idea de que todo sea un desorden que puede leerse de diferentes maneras. Aunque, a veces, prefiero evitar los laberintos y seguir el camino fácil.

Asiento, guardándome la broma que me viene a la mente, y me siento junto a ella. De repente, una de las fotos llama mi atención: un paisaje nevado con un único árbol torcido en el centro.

—Es una buena metáfora de ti —comento, señalándola.

Valeria levanta la vista y arquea una ceja.

—¿Un paisaje frío y un árbol solitario?

—No, un paisaje hermoso que tiene sentido si sabes dónde mirar.

Por un instante, sus ojos se encuentran con los míos. Algo en su expresión cambia y, llámame idiota, pero creo que no sabe qué contestar.

—¿Por qué eres así? —pregunta, tras unos segundos en silencio.

—¿Así cómo?

—No sé... diferente.

Nos quedamos en silencio de nuevo y se me empiezan a agotar los recursos para acabar con estos momentos, que a mí se me antojan incómodos, porque lo único que se me pasa por la cabeza es acariciarle la mejilla, quitarle de la cara ese mechón que se empeña en ocultar parte de sus ojos o… ¡Joder, qué mal estoy!

Valeria sigue con la vista clavada en un punto indefinido y yo, que ya he dicho que no estoy muy bien de la azotea, alzo una mano y le quito una pestaña que tiene sobre el pómulo. Al sentirme, Valeria pestañea, sorprendida. A modo de excusa, le muestro la yema de mi dedo, donde aún reposa la prueba del delito.

—Gracias —contesta, manteniéndome la mirada.

—Tú tampoco eres precisamente común, por si no te habías dado cuenta —digo, con una

media sonrisa e ignorando todo lo demás.

Ella suelta una risita que me suena a resignación y su expresión se vuelve más seria.

¿Acaso es malo lo que he dicho?

—Ya… supongo que no.

Después de eso, se pone a juguetear con un hilo suelto de su jersey, hasta que respira hondo y comienza a hablar.

—¿Sabes? Mi novio…

—¿El alemán? —pregunto, a ver si no va a ser ese y la voy a liar.

—Sí, ese —sonríe—, era un maniático de manual. Al principio, era encantador, por supuesto. Pero luego todo era planificar, control y su frase preferida era: «esto es lo mejor para ti, Valeria, porque tú no sabes lo que quieres» —me cuenta imitando su voz.

Me quedo inmóvil, sorprendido por su confesión. No sé si es mejor hablar o callar.

Y, como es obvio en mí, decido que lo adecuado es hablar, no vaya a ser que se arrepienta y se calle de nuevo.

—¿Por eso viniste a España?

Ella asiente, mordiendo el interior de su mejilla. La noto nerviosa.

—Pensé que estaba embarazada, Diego. Tenía un retraso de días y nunca, nunca me había pasado… Yo… me asusté. No quería comentárselo a nadie sin estar segura, tan solo se lo dije a él. Su primera reacción fue, al contrario que cualquier persona con sangre en las venas, proponerme matrimonio, porque «no quería que se notara».

Tenía pensado un chiste bastante malo para destensar el momento, pero al oír esto último, las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

—Dijo que no era buena idea tener un hijo si no estábamos casados. Después, me insinúo que si yo no quería casarme, lo mejor sería no tenerlo. No podía creerlo.

Valeria se abraza las piernas, apoyando la barbilla en sus rodillas.

—¿Y qué hiciste? Porque… embarazada no estás —digo, comentando lo evidente.

—Resultó ser una falsa alarma, pero me sirvió para decidir que mi vida necesitaba un giro. Así que empaqué mis cosas y salí de allí. Quería espacio para respirar, para ser yo misma.

—Eres muy valiente —Las palabras me salen solas.

Ella suelta una risa amarga.

—No, no lo soy, siempre he sido «la rara» no la valiente. Mi forma de pensar, se sentir o de comprender el mundo no encaja con la mayoría.

—A ver, eres un poco «especial» —hago comillas y me río para quitarle seriedad al asunto—, pero tanto como…

—¿Sabes lo que es una persona de altas capacidades? —me interrumpe.

No sé si contestar, porque, conociéndola, temo que me replique con cualquier cosa borde.

—¿Superdotada? —pregunto, porque no quiero afirmarlo.

Lo cierto es que Saúl me comentó algo en una de nuestras charlas y desde entonces empecé a darme cuenta de que Valeria, efectivamente, era diferente y especial, pero nunca se lo dejé ver.

—Ya estamos con la palabrita —responde molesta.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no es eso? Sois muy inteligentes y…

—Ese es el problema, que nadie ve más allá de un cociente intelectual. Todo el mundo me ha considerado un bicho raro porque me veían como el fenómeno que no soy. Si no cumplía las expectativas me decían «tú puedes hacer algo más que esto»; si un compañero sacaba más notas que yo, se mofaba porque «he superado a la empollona», y siempre cosas así. Nunca tuve gustos afines con nadie. Me interesaba el universo, el origen de la vida, qué hay más allá de la

muerte…, hasta que conocí a Sofía, que, por si no te has dado cuenta, parece sacada de mi costilla. Y lo peor es que todos se reían de mí si hablaba de cualquiera de esos temas. Por eso aprendí a ser borde, sarcástica, al menos, así era la estúpida y no la rara. Tenía una etiqueta, pero, al menos, podía elegir cuál era.

—No, no es así.

—Sí lo es. Siempre lo ha sido. Excepto contigo. Contigo... es… diferente.

El silencio vuelve. Nuestros ojos se encuentran y, por un instante, siento que todo el mundo desaparece.

No sé cómo sucede, pero hemos acortado la distancia y nos encontramos más cerca, tanto, que puedo sentir el calor de su respiración.

Mi mano, casi sin pensarlo, se mueve hacia su mejilla. Ella no se aparta.

De hecho, creo que se inclina apenas un milímetro hacia mí. O quizá solo me lo imagino.

—Valeria… —susurro, y mi voz suena mucho más ronca de lo que debería.

Ella parpadea, su mirada desciende hasta mi boca y, por un segundo, estoy seguro de que vamos a hacerlo. De que va a pasar.

VA. A. PASAR.

Pero entonces, en el último instante, un móvil empieza a sonar como loco.

Mierda. Es el mío.

Mirella.

Valeria retrocede de inmediato y la magia se desvanece.

—¿No vas a contestar? —me pregunta con un tono que no logro descifrar.

Miro la pantalla parpadeante y, por un segundo, considero ignorarla. Pero algo dentro de mí me obliga a contestar.

—Hola, Mirella.

Valeria se levanta y se mete en la cocina mientras yo hablo con mi exnovia. Me sorprende oírla, porque su voz suena suave, casi suplicante. Apenas sigo la conversación, porque sigo mirando hacia la cocina. Mirella me habla de lo mucho que extraña lo que teníamos, de lo difícil que ha sido todo sin mí y quiere que lo intentemos de nuevo. Incapaz de darle una contestación, porque mi mente es un batiburrillo de ideas que van y vienen, le digo que ya hablaremos, que me pilla en un mal momento.

Cuando cuelgo, el corazón se me va a salir del pecho, peor que si me hubiese hinchado a correr sin entrenar. Valeria regresa con una taza de café en las manos, se sienta en el sofá, bastante más lejos que antes y evita mirarme directamente.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras sorbe su café.

—Supongo.

—¿Qué tripa se le ha roto a la modelito abandona novios?

Pues sí, ha visto el nombre en la pantalla.

—Quiere volver.

Me doy cuenta de cómo se tensa al oírme.

—¿Y tú, quieres? —me cuestiona en voz baja, levantándose del sofá y yendo hasta la caja llena de libros que aún no ha terminado de colocar.

No sé qué responder. Me quedo en silencio, observando cómo se aleja para seguir ordenando los libros.

—¿Por qué haces lo que haces? —me pregunta de repente, señalando la cámara que tengo sobre la mesa.

Agradezco el cambio de tema y le cuento cómo en un esfuerzo por «ser productivo» decidí

dedicarme a eso. Era lo único que me gustaba y cuando me marché a Chicago con Saúl enseguida conseguí un empleo en una revista, por lo que nunca tuve que replanteármelo. Allí conocí a Mirella, que me aseguró que era lo mejor a lo que podía dedicarme, pues hacíamos la pareja perfecta: modelo y fotógrafo. A pesar de ello, siempre lo sentí como un trabajo, porque, incluso fuera del estudio, todas mis fotografías tenían un fin laboral. Para Mirella, claro está: *books* de fotos, presentaciones... Y, ahora, después de nuestra ruptura, he redescubierto lo mucho que amo capturar instantes para mí mismo.

—¿Sabes qué es lo mejor de ti, Diego?

La miro intrigado.

—Que tengo un excelente gusto por el café instantáneo —contesto, para evitar que el momento se vuelva intenso otra vez.

Ella suelta una carcajada y, por primera vez en todo el día, el ambiente vuelve a relajarse.

—No, idiota. Lo mejor de ti es que eres... humano.

Sus palabras me dejan sin aliento y, esta vez, no hay interrupciones ni comentarios estúpidos por mi parte. La miro y ella a mí, rodeados de silencio y del sonido de nuestras respiraciones. Creo que ambos sabemos que hay algo que crece entre nosotros, algo que ninguno de los dos está dispuesto a nombrar todavía.

Diario de Valeria:

Hoy en «Valeria toma decisiones cuestionables»: he decidido confiar en un ser humano. No en cualquiera, claro, sino en Diego, que tampoco es que me lo ponga fácil.
Le he contado lo de ser una chica de altas capacidades. Y lo de mi ex. Ese *ser de luz* que convirtió mi cerebro en una partida de ajedrez constante. ¿Y qué ha hecho Diego? Escuchar. Pero no en plan «te pongo cara de interés mientras pienso en otra cosa», sino de verdad. Como si entendiera. Como si no le pareciera demasiado.
Nota mental: averiguar por qué no se asusta como la gente normal.
Nota mental 2: *casi* pasa. Casi me besa. Hubiese sido un beso no planeado. Acabó como en las novelas: con una interrupción de la tercera en discordia. Sí: Mirella
Nota mental 3: urge inventar un detector de momentos inoportunos para móviles. Nombre provisional: «No ahora, maldita sea».
Duda existencial: ¿Debería decirle lo que pienso?: *no tienes nada que recuperar, porque ya lo perdiste hace tiempo*. O seguir con mi estrategia: : indirectas, sarcasmo y un elegante «me da igual» **(no me da igual)**
Conclusión del día:
—Ser vulnerable no es tan horrible… hasta que lo es.
—Diego y yo estamos jugando con fuego.
—Mirella tiene un talento especial para arruinar momentos clave.

Valeria:
«Cuidado, las ex con remordimientos suelen ser como los mosquitos: no dejan dormir y siempre vuelven a picar».

Diego:
«Tranquila, tengo repelente y, por si acaso, una zapatilla tamaño 43».

Capítulo 26

Consejo doble

Cuando toco la puerta del piso de Saúl y Sofía, tengo claro que voy en busca de respuestas. Lo que no tengo tan claro es si estoy listo para escucharlas. Mi cabeza lleva días siendo un lío de los que no tenía hace años. Siento como si alguien hubiera apretado el botón de «mezclar todo» en mi vida y se hubiese olvidado de pararlo. Mirella y su insistencia con la reconciliación. Valeria y su presencia, cada vez más intensa. Y yo, en medio de todo, sin saber qué dirección tomar.

Sofía abre la puerta, con una sonrisa que no puedo evitar devolverle. Tiene ese aire tranquilo que la hace parecer inmune al estrés, como si supiera algo que el resto del mundo no. Recuerdo que, cuando la conocí no era así, así que supongo que le ha sentado bien el amor.

—¿Diego? ¿Qué haces aquí a estas horas? —me pregunta mientras me invita a entrar.

—Busco a Saúl. Necesito hablar con alguien que me diga las cosas como son... y no como me gustaría que fueran.

—Pues ese es mi chico —responde teatrera—. Está en el salón. Pero si es delicado, ten cuidado, tiene la sutileza de una apisonadora.

Me río, porque no podría estar más de acuerdo.

—¿Puedes quedarte también? —le digo, porque ella seguro que me da consejos mejores que los de mi hermano.

Entramos juntos. Saúl está sentado en el sofá, revisando su portátil. Levanta la mirada al verme y frunce el ceño.

—¿Qué pasa ahora? Dime que no tiene que ver con Mirella, por favor.

—Más o menos.

Me dejo caer en el sillón frente a él mientras Sofía se sienta a mi lado, con las piernas cruzadas y una expresión de interés.

—Necesito consejo. De los dos, ya que estamos. —Los miro alternando, como si mi destino dependiera de su sabiduría conjunta.

Saúl cierra el portátil con un clic exagerado y me señala con el dedo.

—¿Sobre Mirella?, ya sabes mi opinión: es pasado. Fin de la historia.

—Saúl… —lo reprende Sofía—. Mira que eres troglodita.

—Sí, bueno... —contesto, antes de que se enzarcen en una de sus no peleas de enamorados—. No es tan sencillo.

—Ah, ¿no? —Sofía arquea una ceja.

Vacilo. ¿Por dónde empiezo? Respiro hondo y suelto las palabras de forma casi atropellada.

—Mirella me mandó un mensaje hace unos días. Me dijo que quiere volver. Está arrepentida. Pero…

—Bueno, menos mal, hay un pero. Casi me da un infarto —me interrumpe Saúl—. Al final, no fue tan mala mi idea, ¿eh?

—¿Qué sucede? —indaga Sofia.

—Venga, dilo ya. Si en el fondo, lo sabemos… —me indica Saúl con una sonrisa de suficiencia—. Es ella.

—¿Ella? ¿Quién es ella? —replica Sofía, intrigada.

Me mira con asombro y yo asiento. Saúl se ríe con triunfo y suelta un «lo sabía» que solo él y yo entendemos, al menos, eso creo por la cara de póker por la que me mira Sofía.

—Es… —dudo, porque no sé cómo explicarlo—. Es… Valeria… —Sofia abre los ojos de par en par.

—¿Valeria?

—Sí, es que… no sé qué está pasando. Cada vez que estoy con ella es como… y… siento cosas que no he sentido en mucho tiempo.

Saúl se ríe por lo bajo, mientras que Sofía me mira con una sonrisa que roza la complicidad.

—¿Y cuál es el problema? —pregunta Saúl.

—El problema es que no sé qué quiero. Mirella y yo teníamos una historia juntos, un plan de futuro. Pero con Valeria...

—Con Valeria, lo que tienes es vida. Mirella te asfixiaba, no te dejaba espacio —me interrumpe Sofía, con una firmeza que me sorprende.

—Vida —repito, incrédulo.

—Sí. Mirella puede ser todo lo que quieras: guapa, organizada, ambiciosa. Pero contigo no compartía nada más que el espacio.

Saúl asiente; no lo ponía en duda, teniendo en cuenta que para él Mirella es algo así como la reencarnación de satanás en la Tierra.

—Sofía tiene razón —añade, por si acaso no me ha quedado claro con su gesto de aprobación —. Y mira que no me gusta meterme en líos románticos, pero te lo debo. —Mira a Sofía y sonríe. Sí, lo capto, te di consejo cuando estabas más perdido que una aguja en un pajar—. Es demasiado obvio, Diego. Mirella quiere volver porque está sola, no porque te quiera. Fíjate el tiempo que ha tardado en dar señales de vida. Ha probado a hacer su vida sola y al comprobar que no es lo que esperaba, o vete a saber qué mierda le pasa, te reclama.

Me quedo en silencio, procesando esas palabras.

—¿Y si me equivoco? ¿Y si Valeria... no siente lo mismo?

Sofía se ríe entre dientes.

—¿De verdad? ¿Es que no has visto cómo te mira? Porque yo sí. Es como si fueras el único humano en un mundo lleno de robots.

Saúl levanta una mano.

—Además, si no lo intentas, nunca lo sabrás. —Me río porque eso mismo fue lo que le dije yo a él cuando no se decidía si dar el paso o no con Sofía—. Y, sinceramente, prefiero verte intentando algo nuevo a verte volver con tu ex y que vuelvas a este sofá en tres meses, lloriqueando porque las cosas no han cambiado.

—Gracias por la sensibilidad, Saúl. Siempre tan delicado.

—De nada.

Sofía me pone una mano en el brazo, atrayendo mi atención.

—Diego, a veces las cosas no tienen sentido lógico. Hay personas que llegan y cambian todo lo que creías saber. Créeme, sé de lo que hablo. Y Valeria es una de esas personas.

Me quedo callado, sintiendo que el peso de sus palabras.

—Supongamos que decido dar un paso... —empiezo, y Sofía asiente con la cabeza antes de que termine.

—Entonces, hazlo con todas las consecuencias. Si vas a abrir esa puerta, no la dejes entreabierta.

Saúl resopla de nuevo.

—Ya basta de metáforas. Diego, solo… haz algo. Lo que sea. Pero hazlo.

Nos quedamos en silencio un momento y luego me levanto, decidido.

—Vale. Lo intentaré.

Saúl me lanza un vistazo irónico.

—Empezamos mal. Eso ya suena a dudas.

—No, no… Bueno, creo.

Salgo de allí con una mezcla de miedo y determinación. No sé cómo acabará esto, pero, al menos, sé por dónde empezar.

Valeria:
«Espero que tus fotos sean menos confusas que tu vida».

Diego:
«Mis fotos confunden porque muestran lo que la gente no quiere ver. Como tú, por ejemplo».

Capítulo 27

Tormenta

Cuando abro los ojos, la luz tenue que se filtra por las cortinas me indica que ya es tarde incluso para mí. Estoy enredado en las sábanas como si hubiera pasado la noche peleando con un pulpo ninja. Y, en cierto modo, lo he hecho. Solo que mi batalla ha sido con mis pensamientos.

La conversación de ayer con Sofía y Saúl sigue en bucle en mi cabeza, como esa canción pegajosa que odias pero que tu cerebro ha decidido que será la banda sonora de tu vida. Y en el centro de todo está Valeria, con su sarcasmo afilado, su capacidad innata para descolocarme y la molesta certeza de que no puedo seguir ignorando lo que siento por ella. Esto último es nuevo y no me gusta. Ni un poco.

Me levanto con la firme intención de hacer algo productivo, aunque mi concepto de «productivo» últimamente se reduce a beber café sin derramarlo. Camino hacia la cocina y me detengo al ver la pizarra de la nevera. Las palabras de Valeria siguen ahí, con su letra rápida y ese tono desafiante que prácticamente me grita «¡¿a que no tienes una respuesta mejor?!».

Obviamente, la tengo.

Sonrío y cojo el rotulador, porque esto de responderle en la pizarra se ha convertido en un ritual silencioso, una especie de guerra fría doméstica en la que ninguno de los dos quiere ser el primero en rendirse.

Con mi café —no instantáneo, no soy un monstruo— me acomodo en el sofá y disfruto de la tranquilidad de la casa. Claro que la tranquilidad me dura poco, porque unos pasos suaves rompen el silencio.

Valeria aparece en el umbral del salón, con el pelo alborotado y una camiseta demasiado grande que, si mi instinto masculino no me falla, en algún momento perteneció a su ex. Genial. Nada como empezar el día con una imagen que no pedí.

Se detiene al verme y noto cierta duda en su expresión.

—Buenos días —murmura, con la voz todavía rasposa por el sueño.

—¿Seguro? Porque tienes más pinta de querer fusionarte con el sofá que de empezar el día.

Me lanza una mirada entre divertida y asesina antes de meterse en la cocina. Minutos después, regresa con su propia taza de café y se sienta en el otro extremo del sofá, analizándome o decidiendo si valgo la pena a estas horas.

—¿Has dormido bien? —pregunto, anticipándome a que sea ella quien me lo pregunte primero. Porque no tengo ni idea de qué contestarle.

—Más o menos. Pero, ya sabes, soy un alma torturada.

Quiero soltar alguna tontería para romper este ambiente raro, pero mi cerebro aún no ha arrancado del todo. Por suerte, o no, ella me interrumpe antes de que pueda decir algo inapropiado.

—Ayer llegaste tarde. ¿Misión secreta o estabas huyendo de mí?

A pesar de su ironía, me lo pone en bandeja.

—Si te dijera que fui a consultar con el comité de sabios sobre ti, ¿me creerías?

Valeria alza una ceja, divertida.

—¿El comité?

Asiento con solemnidad.

—Un grupo selecto de expertos en desorden emocional.

—¿Y qué te dijeron?

—Que estoy en un lío.

Su sonrisa se amplía, pero no dice nada. Solo bebe de su taza y desvía la mirada hacia la ventana.

—Tengo que salir un rato.

—¿A dónde?

—A ningún sitio interesante.

Traducción: No insistas, Diego.

Asiento, respetando el límite no verbal.

—Ten cuidado con las misiones secretas.

Se levanta y desaparece por el pasillo, dejándome solo en el salón con mi café y mi creciente sensación de que esto se me está yendo de las manos.

Sigo sentado un rato más, preguntándome si hoy será el día en el que deje de darle tantas vueltas a todo. Sin embargo, lo único que tengo claro es que la tormenta sigue creciendo y Valeria está justo en el ojo del huracán

Diario de Valeria:

Nota mental: cuando no quieras que alguien se preocupe por dónde estás, asegúrate de no salir con cara de «voy a hacer algo ilegal».
He ido a ver a Sofía. No sé por qué, pero sentí que necesitaba hablar con alguien que no fuera mi propio cerebro (porque, sorpresa, mi cerebro no es objetivo en este tema).
Y entonces va y me suelta la bomba: Diego estuvo ayer en su casa. Hablando con Saúl. Y con ella. Sobre mí. ¡Pensé que era broma lo del comité!
¡¡¡INDIGNACIÓN!!!
Nota mental 2: ¿Desde cuándo soy tema de tertulia? ¿Dónde está mi derecho a la privacidad? ¿Tengo que empezar a usar código cifrado en mi diario? ¿Qué quería saber? ¿Qué esperaba escuchar?
Conclusión: siento un revoltijo en el estómago. Porque si Diego pregunta por mí… es que algo le importa.
Aporte del día: Me gusta más cuando me ignoran. Es más sencillo. Mucho menos confuso. Y no da tanto miedo.

Diego:
«No sé si esto encaja, pero me gusta».

Valeria:
«Si hablas del estante que arreglaste, espera a que se caiga otra vez».

Capítulo 28

Las malas ideas mueven el mundo

La tarde en casa es tranquila, nada común últimamente. Valeria ha pasado todo el día en su habitación, encerrada con su cuaderno, mientras yo me he dedicado a editar unas fotos que necesitaban un último toque.

El silencio de Valeria, esa distancia que a veces es infinita, me tiene más inquieto de lo que quisiera admitir. Por eso, cuando aparece en el marco de la puerta del salón, con el pelo recogido en un moño desordenado y un bol de palomitas en las manos, me sorprende.

—¿Te has cansado de tus garabatos o, simplemente, vienes a invadir mi territorio? —pregunto, levantando una ceja mientras dejo el portátil a un lado.

Se encoge de hombros y se deja caer en el sofá frente a mí, colocando el bol entre los dos.

—Me he cansado de mirar papeles. Pensé que podías necesitar compañía, aunque sea la mía.

Su comentario me hace reír. Cojo un puñado de palomitas.

—¿Qué has estado dibujando hoy? ¿Otra tormenta abstracta o algo más críptico?

Valeria me lanza una mirada de advertencia y distingo un destello divertido en sus ojos.

—Digamos que he estado explorando el concepto de un desorden ordenado. Más o menos como esta casa cuando tú intentas cocinar.

—¿Volvemos a lo mismo? Eso fue un accidente. Además, la culpa fue de la sartén.

—Claro, las sartenes tienen libre albedrío.

Nos reímos y todo es sencillo entre nosotros. No puedo evitar fijarme en que Valeria está mirando mis manos.

—¿Qué pasa? ¿Tengo un moco en la cara?

Sacude la cabeza y no dice nada, ni siquiera se ríe, y eso es lo que me hace cuestionarme la veracidad de su respuesta.

Después de un rato en el que hablamos de todo y nada, se me ocurre una cosa.

—Oye, ¿te apetece hacer un plan diferente?

—Diferente ¿cómo? —pregunta con desconfianza.

—Sal a la terraza conmigo.

—¿Es una invitación romántica o planeas empujarme desde allí? —bromea, pero se levanta con el bol de palomitas en la mano.

Le hago un gesto para que me siga y una vez fuera, enciendo unas luces cálidas que colocamos hace semanas y que apenas usamos. La ciudad se extiende ante nosotros y el aire fresco de la noche tiene un efecto calmante.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta Valeria, apoyándose en la barandilla.

—Quería enseñarte algo.

Entro en casa y, en un par de minutos, regreso. Valeria se tensa al ver que lo he llevo conmigo es la cámara.

—Diego…

—No te preocupes, no es un retrato formal ni nada por el estilo. Solo… quédate ahí.

Levanto la cámara y ajusto el enfoque. Valeria suspira, pero no se aparta. En cambio, cruza los brazos y me mira con resignación.

—Eres imposible, ¿lo sabías?

—Me lo han dicho antes. Ahora, quédate quieta.

La luz de la terraza ilumina su rostro de una manera que me deja sin palabras. Hago un par de fotos y bajo la cámara, simulando que no me afecta lo guapa que sale en las fotos.

—¿Vas a enseñármela o salgo tan mal que ni yo voy a soportar mirarme?

Le paso la cámara y se queda mirándola en silencio.

—No está mal —dice en voz baja, tras unos segundos en silencio.

—¿No está mal? —cuestiono incrédulo.

Ella me devuelve la cámara con una media sonrisa.

—Bueno, tal vez sea mejor de lo que quiero admitir.

Después de un par de fotos *selfie*, en la que salimos con cara de payaso, nos quedamos sentados en la terraza. Uno muy cerca del otro, sobre todo, porque esto es una caja de cerillas. Reímos y hablamos mientras la noche avanza. Le cuento sobre el proyecto de fotos en el que estoy trabajando y ella me sorprende al compartir una anécdota de su infancia: cómo solía dibujar caricaturas de sus profesores para desahogar su frustración en clase.

—¿Así que eras la niña rebelde del aula?

—Digamos que no todos los genios incomprendidos llevan bata de laboratorio.

Ambos nos reímos, pero entonces Valeria se queda callada, mirando al horizonte.

—¿Qué pasa? —pregunto, inclinándome y acercando mi cuerpo un poco más al de ella.

—Pensaba en lo que dijiste el otro día. En cómo creías descubrir el sentido de tu vida.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo?

Ella se gira para mirarme y su expresión que me deja sin aliento.

—No lo sé. Tal vez mucho. O tal vez nada.

Antes de que pueda responder, se levanta y va hacia la puerta de la terraza. No sé por qué, pero me levanto dispuesto a detenerla.

—Valeria —la llamo mientras me acerco.

Al oírme, se gira y quedamos a centímetros de distancia. Como ya he dicho, una caja de cerillas es más grande que nuestra terraza. Puedo notar su respiración acelerada pegada a la mía, sus ojos mirándome con ganas y miedo a la vez, y…

—Esto es una mala idea, Diego —murmura, sin estar convencida de lo que dice.

—Posiblemente.

Mis manos se mueven casi por instinto, rozando las suyas.

Mi rostro baja, buscando el suyo.

Y entonces… un beso. Suave y cargado de emociones sin decir. Voy despacio, esperando su reacción. Valeria se queda quieta. No se aparta, de manera que continúo. Subo una de mis manos hasta su mejilla y la acuno. Acto seguido, las de ella se deslizan por mi pecho y suben hasta mi nuca. Ahí se entrelazan y siento uno de sus dedos jugueteando con el pelo de mi coleta.

Me responde.

Estoy seguro de que esto es lo correcto cuando siento su lengua curiosa.

«¡Sí!», grito en mi cabeza antes de que desconecte mi cerebro y me centre solo en ella y en su boca.

Cuando nos separamos, nos miramos, sin saber qué decir después de esto.

—Sí, definitivamente, es una mala idea —dice Valeria, sonriendo y con las mejillas sonrojadas.

—Tal vez. Pero me gustan las malas ideas.

Abre los ojos de par en par y me lanza una mirada de advertencia, aunque puedo ver la diversión en sus ojos. Ya voy conociéndola. No puede engañarme. Sé que le ha gustado.

—No te acostumbres.

—Demasiado tarde.

Diario de Valeria:

Nota mental: si alguna vez decido hacerme la indiferente de nuevo, que alguien me recuerde que **NO SE ME DA BIEN.**
Diego me ha besado.
Repito: **Diego. Me. Ha. Besado.**
¿Y qué he hecho yo? ¿Apartarme? ¿Montar una escena dramática? ¿Decirle que esto es un error garrafal? No. He seguido el juego. Como si fuera lo más normal del mundo. Como si mi cerebro no estuviera haciendo una fiesta con confeti y música de fondo.
Aporte del día: ha sido una mala idea. Eso le he dicho. Con toda la seriedad del mundo. Muy convincente, la verdad. Lástima que mis labios no hayan recibido la indicación antes de dejarse llevar.
Conclusión:
—Mi autocontrol es un mito.
—Mi capacidad para fingir que no me importa, también.
—Estamos jodidos.

Diego:
«¿Siempre miras a la gente como si fueras a descubrir todos sus secretos? Porque aviso: soy un tipo complicado».

Valeria:
«¿Complicado? Qué interesante... Y yo que pensaba que eras solo un desastre con patas».

Diario de Valeria:

Sigo diciéndome que esto es una mala idea ✔
Sigo sin hacer caso de mi propio consejo ✔
No sé en qué momento hemos pasado del «esto no significa nada» al «quédate un rato más».
Nota mental: No puedo echarle la culpa a Diego, porque la última vez que dijo «si quieres, paro», mi respuesta fue un ruido ininteligible que en cualquier idioma se traduce como «ni se te ocurra».
Conclusión:
—Negar todo si alguien me pregunta qué está pasando.
—Si Diego me pregunta, también.
—Si mi yo racional me pregunta… bueno, digamos que ya no nos hablamos.

Diego:
«¿Esto de robar mis camisas ahora es algo oficial o solo una fase?».

Valeria:
«No sé, ¿esto de mirarme embobado también es oficial o una fase pasajera?».

Capítulo 29

Nuevo comienzo

El día comienza igual que siempre desde que Valeria y yo… ¿Qué somos ahora? ¿Pareja? ¿Amigos con derecho? ¿Compañeros de piso con bastante acercamiento? No tengo claro si debería preguntarle a ella, ya que es la otra parte de la ecuación. Pero temo que si lo hago, me soltará una de las suyas y me dejará más liado de lo que estoy. Y es que… esa es una pregunta que me hago con demasiada frecuencia. Juntos suena correcto y a la vez insuficiente.

La casa ahora no es solo un espacio, es un lugar donde todo cobra vida.

Hoy me despierto antes que ella, rompiendo nuestra rutina. Y, aún más, la que hemos adquirido en estos días. Por norma, es Valeria la que me despierta, de pie junto a la cama, con el pelo revuelto y una taza de café que nunca recuerdo haber pedido.

Me levanto con cuidado y voy a la cocina, dispuesto a escribirle un mensaje de buenos días.

Apenas estoy empezando cuando oigo los pasos inconfundibles de Valeria por el pasillo. La veo aparecer en la puerta de la cocina con el pelo alborotado y esa mirada adormilada que me resulta encantadora.

—¿Qué haces despierto tan temprano? —pregunta, arqueando una ceja mientras se apoya en el marco de la puerta.

—Pensando —contesto sin girarme, escribiendo la última palabra en la pizarra.

—¿Pensando? —replica, con ese tono burlón tan suyo—. Eso suena peligroso.

—Más peligroso sería no hacerlo contigo en esta casa —respondo, volviendo la cabeza hacia donde está.

—¿Y qué has pensado? —pregunta mientras se acerca a la cafetera.

—Que necesitamos otra pizarra.

—No sé si es la pizarra la que se queda pequeña o tú el que escribes demasiado.

—¿Estás insinuando que hablo más de lo que debería?

—No —dice, con ese brillo travieso en los ojos—. Estoy diciendo que podrías aprender a resumir.

Nos quedamos en silencio por un instante. Cuando abro los ojos simulando sorpresa e indignación por su comentario, se ríe.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre después de tanto «pensar»?

—Bueno, también he pensado que probablemente no te merezco, pero parecía demasiado intenso para las ocho de la mañana.

Ella se detiene a mitad de camino de servirse café y me lanza una mirada que no sé descifrar.

—¿Por qué tienes que decir cosas así? —pregunta, sorprendiéndome con un leve rubor en sus mejillas.

—¿Qué cosas?

—Cosas que me hacen querer besarte y matarte al mismo tiempo.

—Solo si prometes que el beso viene primero.

No le doy tiempo a responder. Me acerco a ella y la tomo por la cintura, inclinándome para besarla. Es rápido, apenas un roce, aun así, lo suficiente para que el ambiente de la cocina se caldee.

—Esto no cuenta como un beso de verdad —protesta.

—Tendrás que conformarte por ahora.

—Eres imposible, Diego.

—Lo sé, pero te gusto igual.

—Eso es discutible —responde.

Valeria se sienta con la taza en la mano y comienza a desayunar en silencio. Tamborilea con los dedos sobre la mesa. Tengo la impresión de que está planeando cómo dejar caer la bomba que arrase por completo con lo que tenemos.

—¿Alguna vez te has planteado que esto podría no funcionar? —pregunta por fin, deteniendo el movimiento de su mano.

—¿Esto? ¿El café? No te preocupes, el súper de la esquina tiene cajas y cajas.

Ella me lanza una mirada de advertencia, aun así, hay una leve sonrisa en sus labios.

—Sabes a lo que me refiero. A nosotros.

—Claro que lo he pensado.

—¿Y?

Me acerco a la silla y me inclino hacia ella, apoyando las manos en sus muslos.

—Y he decidido que merece la pena arriesgarse. Y si no, siempre puedo volver con Mirella.

—Eres un idiota —susurra, acercándose a mí y pegando su boca a la mía.

—Y tú estás loca.

—Pues menudo par.

Más tarde, mientras estamos en el sofá viendo una película a la que ninguno de los dos está prestando atención, Valeria se recuesta contra mi hombro. Tiene el cuaderno en el regazo y está garabateando algo con un bolígrafo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, mirando de reojo.

Ya no me oculta el cuaderno, no lo guarda con celo; tampoco, me lo enseña, para qué decir lo contrario. Aun así, no tengo esa curiosidad que me mataba antes. Ahora entiendo que es privado y punto.

—Nada que puedas ver todavía.

—¿Todavía? ¿Eso significa que me lo vas a enseñar?

—Tal vez. Si te portas bien.

Diego:
«¿Te has dado cuenta de que este sitio es menos caótico ahora que de verdad estás aquí?».

Valeria:
«¿Te has dado cuenta de que sin mí este sitio sería un despropósito de casa?».

Diego:
«¿Te has dado cuenta de que terminas reorganizando todo lo que tocas?».

Valeria:
«¿Te has dado cuenta de que si no lo hiciera, todavía estarías buscando el café en el microondas?».

Diego:
«¿Te has dado cuenta de que todo empieza a tener más sentido contigo alrededor?».

Valeria:
«¿Te has dado cuenta de que ya no tengo claro si hablas de la casa o de ti mismo?».

Diego:
«¿De verdad necesitas que te lo explique?».

Valerio:
«No. Además, ya me he cansado de jugar al "¿te has dado cuenta?"».

Capítulo 30

Barbie busca a Ken

Estoy revisando las fotografías que he tomado esta mañana cuando el timbre suena, interrumpiendo mis pensamientos, que tampoco eran muchos. Me levanto con desgana y abro la puerta sin asomarme por la mirilla.

—¿Mirella?

El nombre se me escapa antes de poder contenerme. Ella está ahí, en el umbral, con una maleta pequeña y esa chaqueta roja que siempre asociaré con nuestras primeras citas.

—Hola, Diego.

El tono de su voz es tan familiar que por un segundo mi cerebro no procesa lo extraño de la situación. Mirella, aquí, en España, en mi puerta.

—¿Qué…? ¿Qué haces aquí?

—¿No puedo venir a verte?

—No es eso, pero… —balbuceo, intentando recuperar el control de la situación, algo que, claramente, no consigo—. Pensaba que estarías en Chicago.

Antes de que pueda reaccionar, da un paso al frente, arrastrando la maleta pequeña por el suelo. El perfume que lleva me resulta tan familiar como perturbador.

—¿Mirella? —la voz de Valeria resuena desde el pasillo, cargada de sorpresa, pero también de puro desdén.

Genial. Esto no puede ir peor.

—¿Tú también estás aquí? —Mirella se gira hacia ella con una expresión que grita «¡¿Disculpaaa?!».

—Por supuesto. Vivo aquí —responde Valeria con una sonrisa maliciosa mientras cruza los brazos.

—Diego, ¡¿qué hace ella aquí?! —Mirella se dirige a mí, pero señala a Valeria como si estuviera hablando de una plaga.

—Vivo aquí, ya te lo he dicho —responde la otra, sin cortarse ni un pelo.

—Está… está… ¿en pijama?

—Claro, vivo aquí —repite la otra, haciéndose notar más de lo que a mi ex le gustaría.

—Mirella, cálmate.

—Imposible. Es una histérica de manual. —Le echo una mirada de advertencia a Valeria para que se calle de una vez, así no me ayuda ni un poco—. Vale, vale. —Levanta las manos en señal de rendición.

—Diego…

—Sí, Mirella, Valeria vive aquí.

—¡Exacto! —salta, dándome la razón, como si estuviera en un concurso de preguntas—. Y bastante a gusto, por cierto.

—Esto es ridículo. —Mirella pone los ojos en blanco sin dejar de darle la espalda a Valeria, ignorándola deliberadamente—. ¿Podemos hablar… a solas?

Valeria se ríe al oírla. Un sonido descarado, breve y afilado. Me mira por encima del hombro de Mirella, enarcando una ceja.

—Claro —contesto, sin mucha seguridad.

—Oh, claro, hablad a solas. ¿Queréis que os deje toda la casa?

—¡Valeria! —la reprendo. Quiero sonar firme, pero me quedo a medio camino al ver su mirada burlona. Está claro que no he tenido mucho éxito en mi desastroso intento de hacerme respetar.

—No, no, tranquilo, me voy a mi cuarto. Pero antes me gustaría dejarle claro a esta que las visitas deben avisar antes de venir. —Valeria sonríe, lanzándole una última mirada cargada de sarcasmo a Mirella antes de desaparecer por el pasillo.

Cuando la puerta de su habitación se cierra, me giro hacia Mirella, que ahora parece más enfadada que nunca.

—¡¿Cómo puedes soportarla?!

—No voy a hablar de Valeria ahora —respondo, cansado antes incluso de empezar y porque, de hacerlo, estoy seguro de que se me terminará notando lo que hay entre nosotros.

—Pues deberíamos. No entiendo cómo puedes compartir piso con semejante persona.

Mirella se cruza los brazos y me mira casi espantada, como si vivir con Valeria fuese similar a convertirse en un asesino en serie o yo qué sé.

—Me interesa más saber de ti —le digo, cruzándome yo también de brazos—. No sé, por ejemplo: ¿qué haces aquí?

Mirella suelta un largo suspiro. La expresión de su rostro se suaviza y me sonríe de manera coqueta.

—¿Acaso no es evidente? Estoy aquí porque he estado pensando mucho. En nosotros.

—¿En nosotros? —repito, incrédulo—. Mirella, lo nuestro se terminó hace meses. Muchos meses. Y te recuerdo que fuiste tú quien decidió que fuese así.

—Y ahora estoy aquí para arreglarlo. ¿Tan difícil es de entender?

La forma en la que lo dice, tan fácil y evidente, me enerva. Me paso una mano por el pelo, buscando calmarme, pero se me atasca en la coleta. ¡Mierda! ¡Ni siquiera puedo desquitarme así!

—No entiendo qué esperas que diga. ¿Que me alegra que estés aquí? ¿Que todo puede volver a ser como antes?

—¿Por qué no? —Sube un poco el volumen, tal y como hacía antes cada vez que creía sentirse atacada—. Tuvimos muy buenos momentos, muchos, Diego. Y sé que no fui perfecta, pero tú tampoco lo fuiste.

Antes de que pueda responder, Valeria aparece de nuevo. Esta vez lleva un libro en la mano y su expresión se debate entre la curiosidad, la burla y el malestar.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta con una falsa inocencia que hace que Mirella se ponga rígida.

—Estamos hablando —le espeta, muy irritada.

—Ah, claro. No quería interrumpir. —Valeria se apoya casualmente en el marco de la puerta, ignorando por completo la molestia de Mirella—. Oye, Diego, si vais a gritar, porque tienes cara de querer hacerlo, ¿podríais salir al pasillo? Algunos intentamos leer en paz.

—Valeria, por favor… —empiezo, pero ella me corta con un gesto despreocupado.

—Ya me voy, tranquilo. Pero si necesitas ayuda, da un golpe en la pared. —Su sonrisa es descarada, y su marcha, lenta, asegurándose de que Mirella la sigue con la mirada y que no se olvida de ella.

«Tranquila, que no se olvida», siento deseos de decirle.

Mis ojos la siguen mientras se pierde de nuevo de mi vista y se encierra en el cuarto otra vez. Cuando dirijo mi atención a Mirella está furiosa, puedo verlo. Sin embargo, no dice nada, tan solo se acerca a mí despacio.

—Esto no es normal, Diego. Esa chica no te respeta. No respeta nada —me dice como si eso

le afectase a ella. Habla en voz baja, supongo que para evitar que Valeria salga y tener que volver a soportarla.

—Ella es así con todo el mundo —respondo, sabiendo que eso no es cierto, aunque de este modo zanjo el tema. O lo intento, al menos.

Mirella se queda en silencio, evaluándome con la mirada. Yo no sé qué hacer o decir, por eso, me meto las manos en los bolsillos y miro al techo mientras espero . La tensión es inaguantable.

Esta conversación no va a terminar bien y lo sé.

Capítulo 31

La pregunta del millón

Mirella se aleja de mí un poco y cruza los brazos. Me mira inquisitiva, haciéndome sentir que acabo de traicionarla de la peor manera posible.

—¿Así es tu vida ahora? —pregunta, con un tono cargado de juicio—. Compartiendo piso con esa petarda. ¿O compartís algo más que la casa, Diego?

Reconozco que no me sorprende su hipótesis, mis ojos van por libre cuando Valeria está en la misma habitación. Sin embargo, no quiero hablar de mi posible relación con mi ex. Solo quiero que me diga lo que sea y que se vaya.

«Ojalá fuese tan fácil, Diego», me digo a mí mismo, consciente de que cuando a Mirella se le mete algo entre ceja y ceja…

—No sé si estás en posición de juzgar a nadie —replico, sin ocultar mi irritación.

—¡No me vengas con eso! —exclama, dando un paso hacia mí—. No me hables como si yo fuera el problema aquí. ¡Ella lo es!

Su acusación me deja helado, tanto, que tardo unos segundos en recuperar la compostura.

—Valeria no te ha hecho nada, Mirella. Además, no creo que hayas venido desde Chicago para hablar sobre mi compañera de piso.

—Entonces, ¿lo niegas o no? Porque yo creo que…

—Porque no hay nada que creer, Mirella. Valeria y yo compartimos piso, y eso es todo.

Incluso mientras digo las palabras, noto lo falsas que suenan. Mirella también lo nota.

—¿De verdad? —dice, entrecerrando los ojos—. Porque la forma en que os miráis no parece «nada».

Abro la boca para responder, pero en ese instante, la puerta de la habitación de Valeria se abre de golpe, y ahí está ella de nuevo, apoyada en el marco con los brazos cruzados.

Me da en la nariz que el libro que está leyendo debe ser bastante aburrido.

—¿Sabéis que las paredes no están insonorizadas, verdad? —dice con una sonrisa sarcástica —. Me siento halagada, sobre todo, por el hecho de que hayas recorrido tantos kilómetros para dedicarme tu atención, pero considero que si vais a hablar de mí, al menos, podríais incluirme en la conversación

—Esto no te incumbe —dice Mirella, girándose hacia Valeria con una mirada que podría taladrar acero.

—Oh, claro que me incumbe. —Valeria da un paso al frente, desafiándola—. Porque resulta que vivo aquí. De modo que si tienes algún problema con eso, tal vez deberías volver por donde has venido.

—¡Tú no entiendes nada! —grita Mirella, fuera de sí.

Debería de intervenir, lo sé, pero es que se tiran dardos antes de que yo haya pensado siquiera qué decir para calmar la discusión. Si es que son dos gallos de pelea recién sacados al campo.

—Quizá no —responde Valeria, encogiéndose de hombros con una calma estudiada—. Pero lo que sí entiendo es que a Diego no le ha hecho mucha gracia que estés aquí.

—¡Basta! —intervengo, levantando la voz por encima de ambas—. Esto no es un concurso de quién tiene la razón. Mirella, si has venido para gritar y discutir, no va a funcionar. Y Valeria, por favor, déjame esto a mí.

—Claro, como quieras. —Valeria levanta las manos en señal de rendición, pero no antes de

lanzar una última mirada a Mirella—. Buena suerte con tu drama *queen*, Diego.

Con eso, desaparece por el pasillo, dejando tras de sí un silencio incómodo.

—¿Ves lo que quiero decir? —dice Mirella, señalando hacia la puerta del dormitorio—. Es insoportable.

—Lo que veo, Mirella, es que estás buscando problemas donde no los hay.

—¿Dónde no los hay? —repite, incrédula—. ¿De verdad crees que esto es normal? ¿Que no es raro que vivas con otra mujer después de lo que hemos pasado?

Su voz se quiebra un poco; no tengo claro si es teatro o de verdad le duele.

—Mirella… —empiezo, pero ella me interrumpe.

—No, Diego. No me expliques nada. Solo quiero saber una cosa: ¿aún me amas?

Me quedo en silencio.

Buena pregunta.

O no, según se mire.

Mirella me observa a la espera de mi contestación. Y yo sigo callado, sin saber qué responder.

La pregunta flota en el aire, cargada de algo que no estoy listo para enfrentar. Me paso una mano por el pelo, se me atasca de nuevo y maldigo.

—¿Lo haces? —repite, esta vez con más urgencia.

—Mirella, no es tan simple como…

—No me vengas con excusas, Diego. Solo quiero una respuesta. Sí o no.

La intensidad de su mirada me hace sentir bajo el foco de un interrogatorio en el que se decide mi futuro.

¿Esto quiere decir que soy el villano de la historia?

Respiro hondo, buscando las palabras adecuadas.

—Te quise mucho, Mirella. Eso no lo puedo negar. Pero…

—Pero ya no lo haces —termina la frase por mí, y puedo ver cómo se desmorona un poco.

Me siento como la mierda, porque pensé que era todo actuación; sin embargo, si es así, es para darle un Óscar.

—No es eso —intento arreglar la cosa, suavizar la situación.

Ella niega con la cabeza.

—Sí, lo es. Lo veo en tus ojos, Diego. Ya no soy yo.

Se sienta en el sofá y parece más cansada que enfadada.

—No he venido aquí para esto —dice, con un suspiro pesado—. Lo hice porque pensé que podríamos arreglarlo, que todavía había algo por lo que luchar.

—Mirella, no puedo fingir que todo está bien cuando no lo está. Tú tomaste la decisión de irte, de no contestarme a los mensajes ni las llamadas, ¡te llevaste los ahorros de años y me dejaste en la estocada! Yo tan solo seguí adelante y salí de la mierda en la que me dejaste hundido.

—¿Con ella? —pregunta, mirando hacia el pasillo de nuevo.

Me molesta que solo hable de Valeria y no del motivo por el que me ignoró durante meses.

—Valeria no tiene nada que ver con esto, salvo porque paga el alquiler religiosamente.

—¿De verdad?

—Mirella…

—No importa. —Se pone de pie de repente, decidida—. No voy a quedarme aquí para que me pisotees.

—¿Adónde vas? —pregunto, siguiéndola mientras recoge la maleta.

—A un hotel. —Se detiene en la puerta y me lanza una última mirada—. Tienes suerte de que

aún te ame, Diego.

Y con eso, se marcha, dejándome solo en el salón con más preguntas que respuestas.

Diario de Valeria:

Mirella ha vuelto.
Nota mental: ¿Cómo sería de la vida sin exnovias que aparecen en el peor momento posible?
La he oído con esa vocecita de ratona que tiene y… y he tenido que contenerme para no soltar un bufido en voz alta. Aunque, siendo honesta, lo he soltado igual. **Dos veces**. Y he salido al salón, casualmente, **dos veces** también.
Si le molesta, pues… ¡ajo y agua! Esta es mi casa.
¿Lo mejor? Su cara.
Nota mental 2: (y odio admitir esto) Algo en mí se ha encogido un poco al verla ahí, con su melena perfecta y su aura de inocencia, cual princesita de Disney.-¿Y si Diego decide que el pasado es más seguro que lo que sea esto que tenemos?
Conclusión:
—Diego no es idiota.
—Yo tampoco.
—Pero el amor tiene la mala costumbre de volvernos gilipollas.

Diego:
«No es lo que parece».

Valeria:
«Siempre dicen eso cuando sí lo es».

Diego:
«¿Podemos hablar sin usar cuchillos metafóricos?».

Valeria:
«No me gustan los cuchillos. Prefiero bisturíes: más precisos y cortantes».

Diego:
«Deberías saber que estoy intentando arreglar esto».

Valeria:
«¿El “esto” es contigo, conmigo o con ella?».

Valeria:
«Si quieres ser un mártir romántico, al menos, elige bien tu causa».

Diego:
«No quiero ser mártir. Quiero que seas tú».

Diego:
«¿Por qué siempre te vas antes de que pueda explicarme?».

Valeria:
«Porque las excusas no me interesan. Los hechos sí».

Capítulo 32

Página en blanco

El hotel donde se hospeda Mirella tiene un aire lujoso y bastante intimidante. Me siento fuera de lugar mientras camino por la alfombra roja del vestíbulo, ignorando las miradas de los empleados que probablemente piensan que me he perdido. Encuentro el número de habitación con rapidez; el ascensor tarda más en subir que yo en decidir que esto tiene que terminar de una vez.

Cuando ella abre la puerta, va envuelta en una bata blanca de toalla, con el cabello húmedo y una expresión de sorpresa que de inmediato se convierte en suficiencia.

—Diego, sabía que vendrías. Siempre vuelves. —Su sonrisa es tan segura que casi me hace retroceder. Casi.

—No, Mirella. Esta vez no. —Entro antes de que pueda cerrarme la puerta en la cara y me quedo de pie, frente a ella.

Suspira con dramatismo y se sienta en la cama, cruzando las piernas con la elegancia que la caracteriza.

—Entonces, ¿a qué has venido? —pregunta, con un deje de aburrimiento y sin rastro de ese enfado que tenía hace días en mi casa.

—A decirte que esto se acabó. Que ya no quiero salvar lo que lleva roto mucho tiempo. No quiero que vuelva a haber dudas al respecto.

Sus ojos se estrechan y ahora sí noto el primer destello de rabia.

—¿Por Valeria? —El desdén en su tono es evidente, y me enerva.

—¡Joder con la cantaleta! No es por ella.

—A mí no me engañas. Te llamó la atención desde el primer día. Te conozco, Diego.

Podría decirle que sí, que estoy con Valeria, pero no me da la gana. Mirella se fue, me hizo daño, me trató como si no fuese nadie, me dejó casi en bancarrota ¿y encima debo justificar mi comportamiento? No, de eso nada.

—Es por mí y por lo que quiero tener en mi vida —contesto tajante.

—¿Y qué quieres? ¿Una vida mediocre con alguien que no tiene ni idea de quién eres? —Su comentario me molesta, pero no del modo en el que sé que ella espera. Me molesta, porque vuelve a retomar el tema de Valeria y pasarme por alto a mí, como si yo no fuese capaz de avanzar solo, de tomar mis propias decisiones.

—Quiero a alguien que me acepte por lo que soy, no por lo que cree que debería ser —le suelto, cansado de su actitud.

Mirella se levanta, se para frente a mí y cruza los brazos.

—No sé cuándo te volviste tan patético, Diego. Pero si algún día te das cuenta de tu error, no esperes que yo esté ahí para recoger los pedazos. —Su forma de hablarme es fría, cortante y cargada de rencor.

—No te preocupes. No pensaba hacerlo. —Le doy la espalda antes de que pueda responder y cierro la puerta tras de mí, al igual que doy por cerrado ese episodio de mi vida.

«*Chao*, Mirella».

Mientras camino hacia la salida, siento una mezcla de alivio y tristeza. Aunque muchos, entre ellos Saúl, lo duden, Mirella fue una parte importante de mi vida y romper con ese tipo de cosas es, cuanto menos, complicado.



Cuando llego a casa, Valeria está en el sofá con las piernas cruzadas y un bol de cereales en equilibrio sobre sus rodillas. Levanta la mirada cuando entro y arquea una ceja.

Suspiro mientras cierro la puerta y veo cómo su cara cambia. Sé que aún está molesta por la intromisión de Mirella y porque yo negué en rotundo lo nuestro. Por suerte, no es tan cabezona como todos piensan y, después de tres días, me dejó explicarme.

—¿Todo bien o necesitas algo más fuerte que esto? —pregunta, mientras señala el bol de cereales.

—Todo bien. Creo. —Me dejo caer en el sofá a su lado, sintiéndome más ligero, aunque agotado.

Ella me observa, dejando el bol en la mesa.

—Entonces, ¿la reina Mirella ha abdicado?

No puedo evitar reírme.

—Más bien, ha sido destronada. Con un poco de resistencia, claro.

—¿Qué? —pregunto, mirándola con atención. No puedo descifrar bien su expresión.

—Nada. Es solo que no esperaba que volvieras tan rápido. —Desvía la mirada hacia el bol de cereales.

Eso es… ¿duda?

El máximo exponente de la seguridad está dudando. ¡Guau! Esto sí que es digno de recordar.

—Sabes que siempre vuelvo aquí —le digo, sin pensar demasiado en la cursilada que me ha salido.

Valeria se ríe por lo bajo y me lanza una mirada incrédula.

—Parece el título de una película de bajo presupuesto.

—Tal vez, pero es la verdad. —Inclino la cabeza, acercándome a ella.

Quiero besarla.

Es lo único que me apetece ahora mismo.

De repente, Valeria rompe mis esquemas cuando se pone de pie y se acerca a la mesa principal del salón.

—Ven. Quiero enseñarte una cosa.

Frunzo el ceño, intrigado. Aun así, voy y no digo nada. Nos sentamos en la mesa del comedor y ella coloca su cuaderno entre nosotros. Me mira con seriedad.

—Nunca lo he compartido completo con nadie, así que… sé amable.

Asiento, porque no sé qué otra hacer. La confianza que acaba de depositar en mí me pesa demasiado. Tanto, que me pongo más nervioso que un niño a punto de entrar al parque de atracciones. La miro y me sorprende ver que no duda cuando abre el cuaderno frente a mí y, tras pasar las páginas iniciales, que están en blanco, lo giro y lo pone ante mí.

Pese a las ganas que tenía de ver el contenido del famoso cuaderno que tantas discusiones y bromas nos ha proporcionado, ahora, que por fin puedo hacerlo, me siento mal. Sin embargo, no se lo digo porque veo que ella quiere mostrármelo. Valeria tiene un modo peculiar de entender y vivir las cosas. Y, por lo que puedo apreciar, también de comunicarse con el mundo.

Voy pasando una a una, sin preguntar.

—Esa la hice el día que llegué a España —me dice, al ver que me detengo en una en concreto. En la página hay un dibujo de un coche, con tiques reales pegados en una esquina. Los colores son oscuros, pero hay una luz dorada al final del camino.

—Es impresionante. —Toco los billetes, notando las pequeñas anotaciones que ha escrito en ellos.

—Fue un día horrible. —Pasea los dedos por la tinta negra—. Pero también fue el primero en mucho tiempo en el que sentí que estaba haciendo por mí misma. —Su voz es suave al decir eso, casi nostálgica. Y su uña perfila el contorno dorado que hay al final del supuesto camino.

Paso a la siguiente página. En ella hay un collage de fotografías en blanco y negro, rasgadas y colocadas sin orden aparente, con garabatos rojos entre ellas.

—Esta fue después de una pelea por teléfono con mi ex. Me dijo que no me entendía, que lo tenía todo y buscaba «nada». —Hace comillas en el aire, con una sonrisa amarga.

—Idiota —digo, sin pensarlo.

Ella se ríe sin mucha alegría.

—Sí, lo era.

Sigo pasando páginas, cada cual más colorida y desordenada que la anterior. Hay una con plumas pegadas, simbolizando lo que describe como «un intento de volar lejos» y otra con fragmentos de cartas con cosas que nunca dijo.

Finalmente, llegamos a la última página que ha completado. Es un dibujo de dos figuras, apenas bocetos, están de pie bajo un cielo lleno de estrellas.

—Y esto ¿cuándo lo hiciste? —pregunto, casi en un susurro.

—La noche de la terraza.

—¿So…? —empiezo, y ella asiente antes de que pueda terminar.

—Somos nosotros. Bueno, más o menos. Quería recordar cómo me sentí cuando me besaste por primera vez.

Me quedo en silencio, sin saber qué decir. El hecho de que ese momento esté reflejado aquí es…

—Es increíble, Valeria. Tú eres increíble.

Ella se ríe, diría que hasta con vergüenza, y con un brillo tímido en los ojos.

—No me digas eso o te haré otra página cursi.

—Haz todas las páginas cursis que quieras, mientras yo esté en ellas.

Me golpea con suavidad en el brazo y, al terminar, no retira su mano. Y es ahí cuando confirmo que no hay otro lugar en el mundo en el que prefiera estar.

Diario de Valeria:

Aporte del día: **He hecho algo que juré que nunca haría.**

Le he enseñado mi cuaderno a Diego. Todo. Sin filtros y sin el «esto no significa nada» que suelo añadir cuando significa mucho.

Nota mental: indagar sobre cuándo decidí que era una buena idea.

…

…

….

Ah, sí.

¡Lo tengo!

Justo después de que me dejara claro que Mirella es oficialmente **HISTORIA**. Que no hay segundas oportunidades, ni dudas, ni nada de nada. Cero drama. Cero incertidumbre. Y eso… eso me dio el impulso que necesitaba.

Conclusión: Tuve un ataque temporal de confianza mezclado con la necesidad de demostrarle que hay cosas que no digo en voz alta, pero que existen. Que siento.

Y él es una de ellas.

Epílogo

La casa está en silencio, salvo por el suave tintineo de la lluvia en las ventanas. Valeria está sentada en el suelo del salón, rodeada de hojas, recortes y pequeños fragmentos de papel. Su cuaderno, siempre protagonista, descansa abierto frente a ella. Yo estoy apoyado en el marco de la puerta de la cocina, fingiendo que espero a que se haga el café, aunque en realidad lo único que hago es mirarla.

—Si sigues observándome como si fuera un experimento científico, voy a empezar a cobrarte.

Su voz tiene esa mezcla de ironía y cariño que todavía no sé cómo ha perfeccionado para sonar mordaz y agradable a la vez. Me río mientras me doy la vuelta y preparo dos tazas.

—¿Cuánto cobrarías? —pregunto, acercándome.

Ella me lanza una mirada evaluadora.

—Depende. ¿Piensas seguir con esa cara de fascinado?

Me siento a su lado, en el suelo, dejando las tazas sobre la mesa baja que está detrás de nosotros.

—Definitivamente.

Valeria suelta una risa suave y vuelve a concentrarse en los papeles que tiene delante. Hay algo hipnótico en cómo se mueve, en cómo sus manos encuentran el lugar exacto para cada fragmento. La observo en silencio por un rato, hasta que no puedo evitar hablar.

—¿Qué estás haciendo?

—Un collage. En mi cabeza lo llamo *La catástrofe inevitable de tenerte cerca*.

—¿Eso es algo bueno o malo?

Ella inclina la cabeza, me temo que lo esté considerando de verdad.

—Aún no lo he decidido.

—¿Puedo verlo cuando termines?

Valeria me mira, arqueando una ceja.

—Eso depende. ¿Vas a intentar interpretarlo?

—¿Qué pasa si lo hago?

—Pues que volveré a prohibirte mirar mi cuaderno.

Sonrío, inclinándome hacia adelante para observar mejor lo que está haciendo. Ella no aparta las manos del collage, continúa como si nada, pero noto que su respiración cambia. Estamos tan cerca que podría contar las pequeñas manchas de tinta que tiene en los dedos.

—Valeria.

—¿Qué? —pregunta, sin levantar la vista.

—Me gusta estar contigo.

—Pues estás de suerte. No planeo irme a ninguna parte.

—Bien. Porque no te dejaría.

Sonrío como un idiota.

—Diego…

—Sí.

—Estás pensando en besarme, ¿verdad?

Me río, porque claro que lo hacía.

—¿Y si lo estuviera?

Ella no responde. Simplemente, inclina la cabeza hacia mí, lo justo para que sea mi decisión dar el último paso. Y lo hago. Sin dudarlo. Este es mi pasatiempo preferido.

Cuando nos separamos, ella sonríe.
—Bueno, al menos besas mejor que organizas tu caja vieja de fotos.
—Gracias, creo.
Ella se ríe y ese sonido llena toda la habitación.

Valeria:
«Tu técnica besando es mejor que tus bromas. Pero solo un poco».

Diego:
«Y tu técnica de sarcasmo es mejor que tu cocina. Por bastante».

NOA SPARKS es el pseudónimo de Roseline Moyle, autora de romance en varios subgéneros. Si te gusta lo que vas a leer, recuerda que puedes seguir conociendo a la autora en cualquiera de sus otras novelas: romance histórico, contemporáneo, fantasía y paranormal. Puedes encontrarla en redes sociales por Roseline Moyle. Búscala en Amazon para descubrir sus historias.

Agradecimientos

Hace tiempo que quería escribir algo con una protagonista de estas características, pero no sabía cómo encajar todas las piezas de la historia. Sin embargo, la luz llegó con Sofía, cuya amiga me iba de perlas que fuese como Valeria, y viendo la aceptación que ha tenido Imperfecto para mí, me dije: «Oye, tal vez sea el momento de Valeria».

La gran deseada y olvidada a la vez.

Normalmente, me suelo enrollar más que una persiana en los agradecimientos, así que voy a intentar no hacerlo.

Gracias a mi pequeño bichito, que ha sido mi inspiración total para esta historia. Quizá, no le haya puesto tu nombre a un protagonista, como le sucede a tu hermano, pero esta historia está totalmente inspirada y creada para ti.

Después, por supuesto, es el turno de mis ceros, siempre leales y dispuestas a echar un ojo a cada cosa: Ivonne Vivier y Eva María Florensa. Grandes compañeras, amigas y, por supuesto, autoras. Por último, y no menos importante, a Yoli, mi prima, la más grande en todos los sentidos, mi lectora cero, cero, es decir, la primera de todas (menos con esta novela). Esa que no tiene filtro y que le agradezco como el agua en verano.

Chicas, sin vosotras esto de escribir no sería lo mismo.

Y, aunque no lo dicho, los primeros agradecimientos siempre son para ti. Sí, sí, para ti, para esa personita que ha confiado en mí y acaba de terminar de leer este libro. Sin ti esto no sería posible, este sueño jamás se hubiese cumplido. Tú formas parte del pilar sobre el sustenta mi andadura de escritora y, por supuesto, lo que plasmo lo hago para y por ti, para que disfrutes y pases un buen rato leyendo.

¡GRACIAS!

Sobre la autora

Roseline Moyle (Noa Sparks) nació en 1983 en Cádiz. Licenciada en Historia en el año 2010 y especializada posteriormente en la rama de la educación, es devoradora de libros desde pequeña y amante de los grandes clásicos.

En 2016 se decidió a escribir su primera novela para presentarla a un concurso, tras lo cual, fue publicada en la plataforma de Wattpad; en la que tuvo una gran aceptación desde el momento de su publicación. Después de eso, se lanzó a la autopublicación. Con varias novelas en su haber, decidió hacer un máster de Escritura Creativa y otro de Corrección y Redacción, dedicándose hoy día, además de la escritura, también al ámbito de la corrección editorial.

Hasta el momento tiene publicadas, además de estas novelas de comedia romántica, dos series de romance, una histórica, titulada Amor y Deber, y otra contemporánea, Segundas Oportunidades. Además, ya está completa y publicada su primera historia de novela de fantasía romántica, una trilogía que mezcla un mundo de ángeles, magos y seres humanos, todos enfrentados por cambiar la historia que los atenaza. Además, posee historias autoconclusivas de diferentes subgéneros de la romántica.

Actualmente vive en una localidad cercana a Cádiz junto a su marido, sus dos hijos y sus tres gatos.

Si deseas mantenerte informado de todas las novedades con respecto a sus trabajos, puedes hacerlo a través de su perfil de autora de Facebook o por sus redes sociales.

Facebook de autora:

https://www.facebook.com/roselinemoylewriter

Instagram: @roselinemoyle_autora

Otras novelas de Roseline Moyle

Serie segundas oportunidades

romance contemporáneo con superación.

A tu son

Entre tulipanes y fogones

un pacto a escondidas



Consíguelas aquí: https://relinks.me/B09YS4H1TV

Serie amor y deber.

Ambientada en la Edad Media. Romance histórico.

Iria. El deber de una princesa

Corbin. El destino de un rey

Kala. El secreto de Heldreth



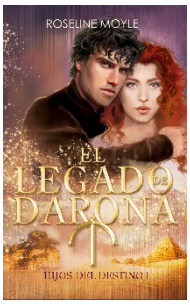
Consíguelo aquí: https://relinks.me/B07DZN4HDQ

TRILOGÍA HIJOS DEL DESTINO. Trilogía romántica de fantasía. Historia completa ya publicada. Los títulos que la componen son:

El legado de Darona

El legado de Uriel

El legado es nuestro







Consíguela aquí: https://www.azonlinks.com/B095J7R1XN

LA VIDA QUE TE DEBÍA.

Autoconclusiva. Romance con un toque paranormal.



Consíguela aquí: https://relinks.me/B08JGPB2ZP

Un compendio de relatos para pasar el rato.

Una recopilación de cuatro relatos cortos de romance para, como bien dice su título, pasar el rato.



Consíguela aquí: https://relinks.me/B08WKGHJ98